



**Universidad Nacional Autónoma de México**  
**PROGRAMA ÚNICO DE ESPECIALIZACIONES EN PSICOLOGÍA**

**ESTUDIO SOBRE ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA Y PSICOSIS INFANTIL**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
ESPECIALISTA EN INTERVENCIÓN CLÍNICA EN NIÑOS Y ADOLESCENTES**

**PRESENTA:**

**JOSÉ MARÍA BAUTISTA BAEZA**

**DIRECTORA:**

**MTRA. GUADALUPE BEATRIZ SANTAELLA HIDALGO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**COMITÉ:**

**MTRO. SOTERO MORENO CAMACHO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**MTRO. JORGE ALVAREZ MARTÍNEZ**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**MTRO. MANUEL ALFONSO GONZÁLEZ OSCOY**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**MTRO. SALVADOR CHAVARRÍA LUNA**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**México D.F.**

**Junio 2015**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice

|  |     |
|--|-----|
| I. Resumen .....   | 3   |
| II. Abstract .....   | 4   |
| III. Introducción .....  | 5   |
| IV. Método .....   | 8   |
| V. Estructuración subjetiva.....   | 11  |
| a. Primer acercamiento al concepto de Estructura y Subjetividad.....   | 11  |
| b. El psicoanálisis como cuerpo explicativo de la Estructuración Subjetiva .....                                 | 19  |
| c. El estadio del espejo como primer momento de la Estructuración Subjetiva.....                                 | 22  |
| d. El Complejo de Edipo como precursor de la Estructuración Subjetiva. La aparición del sujeto deseante .....    | 25  |
| VI. Psicosis .....   | 41  |
| a. Introducción a las Estructuras Clínicas .....   | 41  |
| b. El origen del término “Psicosis”. Esbozo histórico y su lugar en la psiquiatría y la medicina.....            | 48  |
| c. La Psicosis desde el Psicoanálisis. De Freud a Lacan .....  | 58  |
| d. Conclusiones sobre psicosis.....  | 83  |
| VII. Psicosis Infantil.....  | 91  |
| a. Cuestionamiento de la existencia Conceptual y Nosológica de la Psicosis Infantil en la Psiquiatría .....      | 93  |
| b. Cuestionamiento de la existencia de la Psicosis Infantil como estructura desde el Psicoanálisis.....          | 117 |
| i. Cuestionamiento sobre el concepto y la estructura. ....   | 117 |
| ii. Cuestionamiento sobre la fenomenología psicótica.....  | 126 |
| iii. Cuestionamiento sobre sus aspectos existenciales.....   | 134 |
| iv. Conclusiones preliminares. ....  | 136 |
| VIII. Exposición gráfica de los conceptos: Película <i>Spider</i> .....  | 142 |
| a. Introducción y reseña .....   | 142 |
| b. Exposición de la película en relación con la teoría. Sobre estructuración subjetiva y psicosis infantil ..... | 144 |
| IX. Discusión, conclusiones y limitaciones.....  | 173 |
| X. Referencias .....   | 182 |

## I. Resumen

El presente trabajo se conforma del análisis y revisión documental sobre tres temas en particular. El capítulo uno trata sobre la estructuración subjetiva, en donde se aborda el concepto de estructura y su relación con el lenguaje. A partir de la estructura del lenguaje se determina la estructura del sujeto psíquico, la cual pasa por dos momentos de constitución subjetiva, el estadio del espejo y el complejo de Edipo. La psicosis, que corresponde al segundo capítulo, es una de las posibles estructuras que tendrá ese sujeto, lo que hace de la psicosis una forma de existencia en el mundo del lenguaje caracterizada por el mecanismo llamado forclusión. La psicosis infantil es cuestionada en el tercer capítulo a partir de los capítulos anteriores, para argumentar su posible inexistencia como concepto, nosología y como estructura definida en la infancia. En el último capítulo, a partir del filme llamado “Spider” se presentan de manera gráfica los conceptos y teorías mostradas durante la investigación, esto con la finalidad de consolidar las propuestas sobre la inexistencia de la psicosis infantil.

Palabras clave: Estructura, subjetividad, psicosis, infancia, sujeto, psiquismo, lenguaje.

## **II. Abstract**

This paper is composed of the documentary analysis and review of three topics in particular. Chapter one discusses the subjective structuring, where the concept of structure and its relationship with the language is addressed. From the language's structure, the one of the psychic subject is determined, which passes through two moments of subjective constitution, the mirror stage and the Oedipus complex. Psychosis, which corresponds to the second chapter, is one of the possible structures that the subject will have, making it a form of existence within the language's world characterized by the mechanism called foreclosure. Childhood psychosis is questioned in the third chapter from the arguments of the previous chapters, to argue its possible absence as a concept, nosology and as a defined structure in childhood. In the last chapter, based on the film called "Spider", the concepts and theories addressed during the investigation are presented in a graphic way, with the purpose of consolidating the proposals regarding the inexistence of childhood psychosis.

Keywords: Structure, subjectivity, psychosis, childhood, subject, psychism, language.

### **III. Introducción**

La mejor forma de introducir este trabajo es indicando, preliminarmente, sus alcances y la óptica de la cual se va a desarrollar cada temática. Si se habla primero de sus alcances, el principal de ellos es que se trata de una investigación introductoria al análisis y crítica de la psicosis infantil, tomando como referencia el concepto de estructuración subjetiva. Al decir que se trata de una investigación introductoria, se está indicando que tanto el desarrollo de cada tema que comprende a la misma, como las conclusiones a las cuales se llegará, conforma no un estudio definitivo o terminado de analizar, sino más bien la apertura y la oportunidad a un desarrollo más profundo y detallado.

Lo que justifica el porqué de que sea introductorio éste trabajo, es la óptica desde la cual se ancla su desarrollo, es decir, desde el concepto de estructuración subjetiva. Éste concepto es tomado desde la teoría de la estructuración del sujeto, es decir, desde la postura del psicoanálisis que plantea el nacimiento del sujeto psíquico a partir de la estructura del lenguaje que lo determina. La amplitud de ésta teoría es muy basta, pues forma parte de todo un cuerpo de conocimiento que, como lo especifica Tappan Merino (2004), tiene como base al inconsciente.

Al ser un cuerpo de conocimiento sumamente complejo, riguroso e incluso denso, la intención de éste trabajo fue plantear cada temática desde sus bases más elementales y presentarlas de manera concreta y fácilmente comprensible al lector, a modo de que permita entender los fundamentos de la crítica a la psicosis infantil, abarcando lo más posible las bases más sólidas sobre la estructura del sujeto y de su psiquismo.

Por una parte es un trabajo sólido en cuanto a las bases en las que se sostiene, es decir, desde la teoría Freudiana y Lacaniana; por otro lado, es una investigación limitada en cuanto a la amplitud de los conceptos y teorías que toma de ambas posturas. Concretamente, con respecto al capítulo sobre estructuración subjetiva, se presentan los dos momentos elementales de la constitución del sujeto: el estadio del espejo y el complejo de Edipo, especificando lo que caracteriza a cada momento y lo que determina al sujeto, puntualizando lo que es un sujeto desde el psicoanálisis, es decir, un sujeto determinado por el lenguaje, que lo hace deseante, hablante, inconsciente, desnaturalizado.

Por lo tanto, si la base para la crítica de la psicosis infantil parte de esta noción de sujeto, el tocar conceptos como pulsión, diferencia sexual, topologías, goce, etc., no resultaba indispensable para poder generar argumentos concretos y suficientes para generar el análisis, pues todos estos conceptos son fundamentales para la comprensión del sujeto, pero este trabajo no tiene como propósito hablar de todo lo que implica a éste, sino tomar como base lo elemental de la estructuración.

Lo que si era necesario tocar para poder argumentar lo más sólidamente posible sobre psicosis infantil, era dedicar un capítulo entero a la psicosis analizándola como estructura y no solo como concepto psiquiátrico o nosológico. Así es como se presenta el segundo capítulo, pues se muestra la problemática de la psicosis descartando su lugar en la psiquiatría a través de una crítica sólida al porqué de su exclusión y sosteniendo su condición de estructura diferente a las otras dos estructuras clínicas posibles, que son, como lo menciona Evans (2008), la neurosis y la perversión.

Al ser una diferencia se demuestra también que la psicosis es una forma de existir en el mundo simbólico, cuya estructura se define por un mecanismo llamado forclusión. El análisis que se desarrolla a partir de tomar en cuenta a la psicosis de esta forma, delinea el escenario a partir del cual se habla de la psicosis infantil en el siguiente capítulo, en donde se abre la discusión a partir de tomar en cuenta que existen varias dificultades en torno a éste concepto, como lo hace notar Trejo (2012) de la siguiente forma: “la categoría de psicosis, tanto en psiquiatría como en psicoanálisis, en todas sus distintas versiones, se construyó según las características que se presentaban en adultos. A posteriori, se pretendió hacer entrar a los niños en el cuadro, sin ningún éxito” (p. 41).

Posteriormente, se hizo necesario reforzar las conclusiones y argumentos planteados en esta investigación a partir de la utilización de la película “Spider” como elemento gráfico para su consolidación. A partir de ese filme, se generan conclusiones más sólidas y explícitas sobre la psicosis infantil.

Así es como se configura éste trabajo, a partir de un análisis lo más cauteloso posible de cada apartado, pero también tomando en cuenta que es una forma inicial de una investigación que llevará a un desarrollo más arduo y más complejo, aunque se puede decir que se tienen las bases suficientes para comenzar a poner en tela de juicio toda la noción que se tiene de la psicosis infantil e incluso de la infancia misma, afectando también a la clínica con niños.

#### **IV. Método**

Justificación.

La psicosis infantil puede ser abordada de distintas formas, ya sea como concepto, como nosología o forma clínica, como trastorno o como forma de diagnóstico. Así mismo, el enfoque desde cual puede ser analizada incluye tanto el enfoque médico-psiquiátrico como el enfoque psicoanalítico.

Desde el punto de vista psiquiátrico se tiene una forma de conceptualizar a la psicosis infantil en forma descriptiva a partir de indicar los síntomas que la caracterizan, dejando esa conceptualización como una clasificación nosológica. Desde la perspectiva del psicoanálisis se tiene un concepto que busca su sustentación en la constitución de las teorías de ésta, como lo son la noción de estructura del sujeto, de la sexualidad infantil, del inconsciente, del complejo de Edipo, del estadio del espejo.

En ambas posturas se tienen por sentado el lugar de la psicosis infantil en cada categoría, desde el caso de la psiquiatría (que se trata en éste caso de la psiquiatría infantil) que no cuestiona su lugar como clasificación, hasta la propia del psicoanálisis que a partir de la solidez teórica que conforma a éste, no genera un cuestionamiento sobre sus posibilidades como teoría y como estructura.

La falta de cuestionamiento o crítica hacia estas posturas abre la posibilidad de analizar si efectivamente se tiene la solidez suficiente para afirmar que la psicosis infantil existe en cada una de las formas en que puede ser abordada. La forma en que se puede proceder en este análisis es a través de hacer una revisión desde la postura que el psicoanálisis

ofrece sobre la condición del ser humano, ya que la propia psicosis ha sido sustentada y teorizada de manera ardua y rigurosa como una forma de existencia o estructura que se ancla en el mundo del lenguaje tal como lo dice Peskin (2003).

Lo que sustenta éste abordaje son los cuestionamientos que existen alrededor de la clasificaciones psiquiátricas, como las realizadas por Braunstein (2005) y Tappan Merino (2004), que demuestran la falta de solidez de éstas. Es entonces que una revisión documental se hace necesaria para generar una forma crítica de análisis hacia la psicosis infantil, pero desde la solidez que implica la teoría del psicoanálisis, específicamente desde la teoría de la estructuración subjetiva, pues a partir de ésta es que se tiene una idea más precisa de lo que es el sujeto, la psicosis y la propia infancia.

Éste análisis no solo abrirá la crítica y la reformulación de ciertos aspectos teóricos sobre la psicosis infantil, sino también sobre la forma en que es mirada y tratada la infancia en el campo clínico, lo que contribuirá a ampliar el conocimiento sobre la técnica clínica. Los cuestionamientos hacia la teoría misma, permitirán que la investigación en psicoanálisis deje de estar cerrada a nuevos planteamientos, admitiendo que se tomen las teorías que conforman su cuerpo de conocimiento para hacer propuestas hacia la psicosis infantil que igualmente estén abiertas a la crítica y a la reformulación constante.

#### Diseño de investigación

La metodología que se va a emplear para la presente investigación es una investigación documental, ya que las variables a considerar no serán intervenidas ni observadas directamente, sino que se realizará la investigación a partir de distintas autores y obras y de la cual se busca hacer un análisis conceptual y teórico para así generar nuevas

aportaciones al conocimiento ya existente.

Tal como lo plantea Moreno Bayardo (1987) la investigación documental, reúne la información necesaria recurriendo fundamentalmente a fuentes de datos en los que la información ya se encuentra registrada, tales como libros, revistas especializadas, películas, archivos, etc. De esta información recabada, se generan nuevos conocimientos y aportaciones a las teorías e investigaciones ya existentes.

## V. Estructuración subjetiva

### a. Primer acercamiento al concepto de Estructura y Subjetividad

Para comenzar el tema sobre la estructuración subjetiva, es necesario que primero se haga una breve revisión de lo que es una estructura. De primera instancia la estructura debe ser entendida como el resultado de la relación de una serie o series de elementos de forma particular, y que van a determinar una forma, igualmente particular, de ser de esa estructura. Así es como lo plantea Deleuze (2005) cuando establece las condiciones mínimas de una estructura en general:

Son precisas al menos dos series heterogéneas. Cada una de estas series está constituida por términos que sólo existen por las relaciones que mantienen unos con otros. A estas relaciones, o mejor, a los valores de estas relaciones corresponden acontecimientos muy particulares, es decir, singularidades asignables en la estructura (p. 81).

Un ejemplo de este concepto sería un programa computacional, en donde hay una relación de elementos heterogéneos, el software y el hardware, que en el momento en que se relacionan, dan como resultado una forma particular de visualizar, de arrancar y de ejecutar ese programa. Pero en sí, la estructura no es esa parte interna o externa por sí sola, sino lo que acontece o lo que ocurre en la relación de estas, tal como lo plantea Deleuze (2005):

Es inexacto oponer la estructura y el acontecimiento; la estructura implica toda una historia que le es interior. Las dos

series heterogéneas convergen hacia un elemento paradójico, que es como su diferenciante. Este elemento no pertenece a ninguna serie, o más bien, pertenece a las dos a la vez y no cesa de circular a través de ellas (p. 81).

De esta forma queda asentado que la estructura no se separa del acontecimiento, pues de hecho son una sola cosa, que en el ejemplo propuesto sería lo visualizado, lo que se muestra en la ejecución del programa y que a su vez desaparece, pero que sigue siendo parte del software y del hardware.

Con esta propuesta, la estructura que es entendida como un acontecimiento de la relación de los elementos que la componen de determinada manera, también resulta ser un efecto de estos elementos o series, pero los efectos “no son cuerpos, sino que son incorporeales estrictamente hablando. No son cualidades ni propiedades físicas, sino atributos lógicos o dialecticos. No son cosas o estados de cosas” (Deleuze, 2005, p. 30). Un ejemplo de estos efectos incorporeales sería el choque de dos objetos, que al hacerlo sacan chispas, emiten sonidos, provocan el levantamiento de otros cuerpos y llegan nuevamente a su lugar. Estos efectos, estos acontecimientos es lo que sería la estructura, algo que aparece y se esfuma, algo que tiene una serie de cuerpos internos y externos que colicionan y se relacionan y nuevamente permanecen en su lugar.

Pero, ¿en dónde ocurre esto? Ocurre en la superficie, en lo que vemos y también en lo que no vemos, pero no es una superficie plana o material, sino una superficie que es un devenir, como lo dice Deleuze (2005) “el devenir-loco, el devenir-ilimitado ya no es un fondo que gruñe, sube a la superficie de las cosas. Los simulacros dejan de ser estos rebeldes

subterráneos, hacen valer sus efectos. Lo más oculto se vuelve lo más manifiesto” (p. 34). La superficie de las cosas, hablando de la estructura, es interna y externa, manifiesta y oculta, acontecimiento, efecto y cuerpos-cosas.

Esta forma de estudiar y considerar a la estructura, como lo menciona Dor (2008):

Es una estrategia de promoción de inteligibilidad nueva que termina con ciertas maneras de pensar los objetos. Impone un alejamiento provisorio de cierto modo de enfocarlos. En particular, se trata de renunciar a cierto tipo de descripción de su naturaleza, de las calidades y de las propiedades específicas. En cambio, lo importante consiste en tratar de descubrir relaciones, aparentemente disimuladas, que existen entre ellas o entre sus elementos (p. 30).

Otra forma de decir esto es que lo importante no es decir si es feo, bonito, verde o rojo, sino cómo todo esto se relaciona y se diferencia de las demás cosas. Ahora, es importante tomar en cuenta otro punto, el hecho de que la estructura como acontecimiento “no habla, como tampoco se habla de él ni se dice. Y sin embargo, pertenece hasta tal punto al lenguaje, lo frecuenta tanto que no existe fuera de las proposiciones que lo expresan” (Deleuze, 2005, p. 217).

La estructura no puede ser abarcada por el lenguaje en su totalidad, pero depende de este para poder estar presente y de cierta forma tener una existencia. De esta forma, se abre otro aspecto indispensable de la estructura, y es su relación con el lenguaje. Esta relación con el lenguaje es la que va a abrir la perspectiva de la estructuración subjetiva.

La inclusión del lenguaje para la comprensión de la estructuración subjetiva implica una forma de pensar distinta a la descripción, y lleva más bien, como lo vimos anteriormente, a estudiarla desde sus particularidades y diferencias. Pero primero, es necesario tomar en cuenta que aquí el lenguaje no es algo biológico ni una capacidad de nuestro cerebro o de nuestras cuerdas vocales. Evans (2008) menciona:

Los psicolingüistas han descubierto un orden natural de desarrollo, en el cual el infante progresa a lo largo de una secuencia de etapas predeterminadas biológicamente (balbuceo, seguido de la adquisición de fonemas, después de palabras aisladas y a continuación de oraciones de complejidad creciente). Pero a Lacan no le interesa esta secuencia cronológica puesto que ella sólo trata de la emergencia propiamente hablando de un fenómeno. Lo que le interesa, no es el fenómeno (aparición externa) del lenguaje, sino el modo en que posiciona al sujeto en una estructura simbólica (p. 66).

A partir de este punto ya se entra en una consideración importante de la estructura y de su relación con el lenguaje, y que es la manera en que el lenguaje implica un sistema u orden simbólico; de hecho, tomando en cuenta la cita anterior, este sistema simbólico y el lenguaje mismo son una estructura, o dicho de otra forma, podría decirse que la estructura es también una estructura simbólica o del lenguaje.

Ahora bien, entrando en estos términos, al hablar de estructura y del proceso de estructuración partiendo de la comprensión del lenguaje y de lo simbólico, implica tratar con

algo que atañe al ser humano y que lleva a tomar a este ser humano fuera del estudio o perspectiva biologicista. Esto lo aclara Tendlarz (2007) cuando dice

El lenguaje antecede al nacimiento del niño. Al nacer, queda capturado en el lenguaje, distinguiéndose así del animal. El reino del instinto, de la necesidad queda perdido para el hablante puesto que la necesidad se sustituye por la demanda. La demanda sustituye la necesidad, sin abarcarla por completo (p. 36).

Aquí vemos que el ser humano, desde antes de nacer ya se encuentra en cierta relación con el lenguaje, relación que lo hace separarse del reino animal. Esta correspondencia con el lenguaje es la forma en que los padres, las personas que están alrededor de ese bebe antes y después de su nacimiento hablan de él, eligen cómo se va a llamar, que va a vestir, y también la manera en cómo le hablan, cómo responden a su llanto, etc.

Todos estos gestos, estas palabras, estos nombres, estos mensajes, etc. son parte del lenguaje, del mundo simbólico y cada uno es un significante, ya que “los significantes son las unidades básicas del lenguaje y están sometidos a la doble condición de ser reductibles a elementos diferenciales y combinarse de acuerdo a un orden específico” (Evans, 2008, p. 177). El significante, de acuerdo a esta perspectiva y tomando en cuenta lo que se viene hablando sobre la estructura como una diferencia, es el elemento diferencial de la estructura del lenguaje y del universo simbólico, o mejor dicho, el lenguaje como estructura está compuesto de elementos que son diferentes unos de otros, y esos elementos son los significantes. “El significante es la unidad constitutiva del orden simbólico, porque esta

esencialmente relacionado con el concepto de estructura” (Evans, 2008, p. 177).

Por ejemplo, todas las palabras hasta el momento escritas son diferentes unas de otras, tienen lugares diferentes y remiten a diferentes significados y a diferentes puntos. También, la manera en que se lee este escrito, la manera de mirarlo, de entenderlo, etc. son diferentes para cada quien, y cada una de estas diferencias pertenece al lenguaje, y por lo tanto son significantes.

Hasta este punto, se puede notar porque la estructuración es algo subjetivo, ya que es algo que ocurre como un acontecimiento, es incorpóreo, pertenece y está presente en el lenguaje, no se tiene acceso por completo a ella y está totalmente fuera del reino animal o biológico. De hecho, la subjetividad envuelve la aparición de un sujeto, y ese sujeto debe ser entendido de la siguiente forma:

El sujeto cognoscente no es un recipiente dispuesto a ser llenado o un espejo donde se refleja el objeto. No hay nada exterior que tenga una verdad, la realidad exterior no existe si antes no es organizada por una mente, por una subjetividad y por un discurso (Tappan Merino, 2004, p. 89).

Por lo tanto, la subjetividad es lo que parte de un sujeto, un sujeto que conoce y que no es solo un recipiente que recibe los objetos y las cosas del mundo, sino que es participe de la conformación de la realidad; pero además, como lo dice Tappan Merino (2004) “la subjetividad se encuentra constituida, formada por estructuras psíquicas, síntomas y pensamientos. Sin la subjetividad no sería posible que existiera cultura, ni saber acumulado, ni ciencia” (p. 90).

Entonces, para poder hablar de estructuración subjetiva, teniendo en cuenta que la subjetividad es indispensable para pensarla ya que sin ella no puede haber conocimiento, además de que la subjetividad nos remite directamente al sujeto, es necesario acercarnos a lo que se propone desde el psicoanálisis, porque “justamente desde el punto de vista del psicoanálisis no se puede hablar del sujeto de un saber” (Dor, 2009, p. 83). Que quiere decir esto, que la estructura desde el psicoanálisis lleva directamente a la comprensión del sujeto y además, ese sujeto como estructura no es tomado desde un saber, desde un punto de vista legible, observable, que se puede conocer fácilmente, tal y como es la propia subjetividad.

Por esto último es que desde el psicoanálisis es donde se puede conformar el estudio de la estructuración subjetiva, puesto que “a lo largo de toda su obra, Freud se ha esforzado por describir la tópica subjetiva según un modelo de organización cuyo principio no ha variado, es decir, una estructura plurisistémica; los sucesivos desarrollos de la primera y segunda tópica dan cuenta de ello” (Dor, 2009, p. 44). Esto quiere decir que la obra de Freud (quien es el padre del psicoanálisis), se construye a partir de la comprensión de una subjetividad estructurada, en un sistema que en sí mismo tiene otros sistemas.

También hablar de tópicos, implica considerar lo siguiente:

Teoría o punto de vista que supone una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas dotados de características o funciones diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí, lo que permite considerarlos metafóricamente como lugares psíquicos de lo que es posible dar una representación espacial figurada (Laplanche y

Pontalis, 1996, pp. 430-431).

La subjetividad desde la visión del psicoanálisis conlleva la aparición o la presencia de un psiquismo, que es propio del ser humano y que como vimos anteriormente, es lo que define la subjetividad y la condición de la estructura. El psiquismo desde Freud es considerado un aparato que tiene una serie de sistemas con un lugar particular cada uno y que eso nos habla de la condición estructural de ese aparato.

Por lo tanto, al estudiar la estructuración subjetiva, se incluye de manera indispensable la estructuración de un psiquismo, tratándose además de la estructuración de un sujeto con un psiquismo, ya que esto es lo que aborda el propio psicoanálisis; un sujeto estructurado subjetivamente, un sujeto psíquico.

Por otra parte, para no perder de vista el peso que tiene el lenguaje dentro de la estructura y retomándolo con la importancia que tiene para el psicoanálisis, el sujeto, el psiquismo, su estructuración lleva a tomar en cuenta lo que dice Lacan (1966/2009) sobre el sujeto, pues aclara que el sujeto es lo que representa a un significante para otro significante. Ese sujeto, dice Lacan (1966/2009), no es semejante con el sujeto sustancial de la filosofía y debe distinguirse del individuo biológico y de cualquier intento de verlo como una evolución psicológica que intente colocarlo como sujeto de la comprensión.

Con todos estos elementos, se tienen los argumentos básicos para el abordaje de la estructuración subjetiva y las razones para hacerlo desde el psicoanálisis. Por lo tanto, se pasará ahora a revisar el modo en que desde el psicoanálisis ocurre esta estructuración, primero haciendo un breve contraste con otras posturas que tratan de hablar de este suceso pero no desde donde es fidedigno.

## **b. El psicoanálisis como cuerpo explicativo de la Estructuración Subjetiva**

Primero que nada, es importante situar lo que no va a ser útil para el propósito de este trabajo, puesto que no toma en cuenta la manera en que ya se definió la estructura y la subjetividad. De lo que se está hablando es de la Psicología del Yo y ésta “ha sido la escuela dominante del psicoanálisis en la International Psychoanalytical Association (IPA)” (Evans, 2008, p. 155).

Esta escuela toma como base los conceptos de Freud acerca del modelo estructural de la psique que comprende al Ello, Yo y Superyó y tiene como representantes a Anna Freud, Heinz Hartmann, Rudolph Loewenstein, entre otros. Pero le otorga un peso primordial al Yo y basa su estudio en el concepto de Adaptación. ¿Por qué esta postura no puede ser utilizada para el análisis de la estructuración subjetiva?

Porque, como nos lo muestra Evans (2008), “la Psicología del Yo presenta al psicoanálisis como una psicología evolutiva, o psicología del desarrollo, subrayando la evolución en el tiempo de la sexualidad en el niño” (p. 65).

Que quiere decir esto, que la Psicología del Yo plantea una especie de evolución o desarrollo dentro de la biología del ser humano que da pie a la estructura propuesta por Freud. Como se vio en la parte anterior, la estructura no corresponde a nada biológico o cronológico y de hecho, “Lacan cuestiona la lectura geneticista que se hace a la obra de Freud. Sostiene que las diversas etapas o fases analizadas por Freud (oral, anal, genital) no son fenómenos biológicos observables que se desarrollan naturalmente” (Evans, 2008, p. 65).

Además de esta perspectiva geneticista y biológica, puesto que habla de adaptación, la Psicología del Yo no toma en cuenta al lenguaje como precursor del sujeto y de la estructura. Tappan Merino (2004) comenta que “el elemento fundamental que permite pensar en el hombre, en la persona, se da a partir del campo del lenguaje siendo el centro de las condiciones de posibilidad: el sujeto del inconsciente” (p. 167).

Y también más adelante dice “El hombre, la persona y el sujeto son entonces efectos de la palabra; es la palabra lo que lo desterró del mundo y las leyes naturales, lo que lo ataba al estímulo” (Tappan Merino, 2004, p.167). Para poder hablar entonces del sujeto desde el psicoanálisis, es necesario incluir el concepto de inconsciente, el cual también es excluido en la Psicología del Yo.

Una pregunta que se puede generar aquí es ¿Por qué específicamente se habla de la Psicología del Yo y no de otras escuelas u otras posturas psicológicas por ejemplo? La respuesta es que esta escuela es la que domina el pensamiento que se autodenomina psicoanalítico y la que mayor influencia tiene dentro de la concepción del psiquismo humano, ya que

Desde principios de los años '50 ha sido la escuela dominante de psicoanálisis, no sólo en Estados Unidos sino también en toda la IPA. Esta posición le ha permitido presentarse como heredera del psicoanálisis freudiano, cuando en realidad existen diferencias radicales entre sus principios y la obra de Freud (Evans, 2008, p. 156).

Dentro de estas diferencias radicales está el objeto de estudio que adopta en oposición al que realmente pertenece al psicoanálisis, tal como lo aclara Tappan Merino (2004): “El objeto en que el psicoanálisis centra su práctica y reflexión es el inconsciente” (p. 106), mientras que la Psicología del Yo adopta al Yo como su centro de estudio y en relación con la adaptación y su sentido biologicista.

El inconsciente, el deseo, el lenguaje, lo simbólico, el yo, entre otros conceptos son todos parte de la estructuración subjetiva y del psiquismo y deben ser tomados todos en cuenta, teniendo como base el inconsciente como el “núcleo duro” (Tappan Merino, 2004) del psicoanálisis. Es así como se muestra que esta perspectiva no puede ser tomada como base para el estudio del sujeto y de su estructura, puesto que se aleja de las nociones consideradas hasta este punto.

No es el propósito de este trabajo comparar y buscar la epistemología de cada postura, pero si es conveniente aclarar cuál es la perspectiva que va a ser utilizada en el análisis de la estructura (y posteriormente cuando se toque el tema de la psicosis). Por otra parte, se debe aclarar que en el avance tanto de este capítulo como del resto de esta investigación se tomará como base la teoría freudiana siendo ésta la teoría específicamente psicoanalítica, pero haciendo un énfasis en la utilización de la teoría de Lacan ya que “su enfoque es la única forma auténtica de poder entender y saber de psicoanálisis, la que está alineada con el modo de ver del propio Freud” (Evans, 2008, p. 154). Pero más allá de si es o no la auténtica forma de saber sobre psicoanálisis, la perspectiva lacaniana es la que permite analizar con mayor fineza el psiquismo y los conceptos freudianos, a la vez que aporta un cuerpo teórico riguroso sobre la estructuración y la condición humana.

Teniendo todas estas consideraciones, ahora se pasará a la explicación y análisis de la estructuración subjetiva, del psiquismo y del sujeto. Para ello se iniciará con la revisión de un primer momento de la teoría lacaniana que habla sobre la formación del Yo y de su papel fundamental en la estructura del sujeto.

### **c. El estadio del espejo como primer momento de la Estructuración Subjetiva**

La formación del Yo hace referencia a lo que la teoría lacaniana llama el estadio del espejo. El estadio del espejo “describe la formación del Yo a través del proceso de identificación: el Yo es el resultado de identificarse con la propia imagen especular” (Evans, 2008, p. 82). La formación del Yo es un momento en el que el infante va a conformar la imagen de sí mismo y de su cuerpo a través de una imagen en espejo, es decir, a través de ver a otras personas, ya sean sus padres, hermanos, a otros bebés e incluso su propia imagen en un espejo real.

Todas estas personas, sus movimientos y la forma incluso de su cuerpo vendrían siendo las imágenes (imágenes especulares) que el niño toma como referencia para hacer una primera imagen de su cuerpo, de su propia configuración. “En su carácter prematuro, el bebé humano carece de coordinación de su cuerpo” (Evans, 2008, p. 82). Esta falta de coordinación de su propio cuerpo lleva al niño a una experiencia llamada cuerpo fragmentado. Esta experiencia del cuerpo fragmentado es la forma de decir que el niño vive su cuerpo como algo separado, dividido: cuando intenta mover un brazo, este no responde o mueve otra parte del cuerpo, depende de otros para moverse, si quiere algo, no puede decir que es y termina recibiendo algo completamente distinto a lo que probablemente quería.

El niño ve que los cuerpos que están fuera de él, esas imágenes que son como espejos, están conformadas “como un todo (Gestalt)” (Evans, 2008) y por lo tanto generan un contraste con su cuerpo fragmentado, dependiente. Pero este contraste es vivido por el infante como “una amenaza de fragmentación; suscita una tensión agresiva entre el infante y la imagen” (Evans, 2008, p. 82). La agresividad es experimentada en dos sentidos; en el de destruir o acabar con esa amenaza y la otra de ser o apropiarse de esa imagen.

La manera en que el niño lidia o resuelve esta tensión agresiva es a través de la identificación con esas imágenes. La identificación en si es tomar como propio lo que está afuera, en este caso, el niño se apropia de las imágenes, de los cuerpos que están fuera de él como si fueran suyos, como si fuera su propio cuerpo. Dor (2008), lo dice de la siguiente forma:

El estadio del espejo se ordena esencialmente sobre una experiencia de identificación fundamental, en donde el niño realiza la conquista de la imagen de su propio cuerpo. Esta identificación del niño con esa imagen va a promover la estructuración del Yo, poniendo término a esa vivencia psíquica singular que Lacan denomina: fantasía del cuerpo fragmentado (p. 91).

Todas estas experiencias con las imágenes, con el cuerpo y con la formación del Yo enmarcan una dimensión que Lacan (en Dor, 2008) llama como lo Imaginario. “Hay que agregar que la dimensión de lo imaginario se coloca como base de la conquista de la identidad, desde el momento en que el niño se identifica con algo virtual (la imagen óptica)

que no es él como tal, pero en la que sin embargo se reconoce. De hecho el estadio del espejo es una experiencia que se organiza con anterioridad a la del esquema corporal” (Dor, 2008, p. 92).

¿Por qué el estadio del espejo es fundamental para la formación del sujeto y de la estructura? Porque “representa un aspecto fundamental de la estructura de la subjetividad” (Evans, 2008, p. 82) principalmente por las consecuencias que trae consigo. Primero, la identificación primordial “prefigura para el sujeto que inicia la conquista de su identidad, el carácter de su alienación imaginaria donde se perfila el desconocimiento crónico que no dejará de mantener consigo mismo” (Dor, 2008, p. 92).

Otro de los resultados lo menciona Evans (2008) ya que

Cuando el infante ve su reflejo en el espejo, se identifica con esa imagen. La constitución del Yo por identificación con algo que esta fuera del sujeto (e incluso contra él) es lo que estructura al sujeto como un rival de sí mismo y por lo tanto involucra agresividad y alienación (p. 108).

Más adelante también menciona que “el estadio del espejo está estrechamente relacionado con el narcisismo”. ¿Por qué con el narcisismo? Porque de acuerdo al mito griego de Narciso, éste se enamora de su propio reflejo, pero claro está que para el caso de la formación del Yo no se trata esencialmente de un enamoramiento, sino de la adopción de una imagen que no es propia y que de hecho va a configurar el aspecto más importante del Yo y de esta primera conformación del psiquismo y es la alienación del sujeto a través de la identificación con esa imagen y ese cuerpo que no son los suyos.

Este estadio, que marca un primer momento de la estructuración subjetiva y que pertenece al orden Imaginario, es el preámbulo del momento nodal de esta estructuración y que a su vez es uno de los constructos fundamentales del psicoanálisis; se trata del Complejo de Edipo, el cual se revisará a continuación para ver la forma en que se relaciona de manera lógica con la formación del Yo.

#### **d. El Complejo de Edipo como precursor de la Estructuración Subjetiva. La aparición del sujeto deseante**

Antes de entrar de lleno a la explicación del complejo de Edipo, aquí hay que hacer una aclaración indispensable para su comprensión. En éste complejo se hablará de la presencia del padre y de la madre dentro de la experiencia del niño (además de otros elementos que ya se verán más adelante), pero estos (padre y madre) no se tratarán desde el punto de vista familiar o biológico, como los padres biológicos, sino que “se vincularán con las funciones paterna y materna más que con los agentes que encarnan tal función” (Trejo, 2012, p. 9); de manera concreta en el complejo de Edipo se habla de padre y madre como funciones y no como aquellas personas que encarnan esa función. Ya se verá más adelante, en el transcurso del tema, a que se refiere esto.

Una vez considerado lo anterior, primero hay que recordar que el estadio del espejo corresponde a lo Imaginario (la imagen del cuerpo, la identificación con esta imagen y la formación del Yo). Pero el estadio del espejo no se queda simplemente en ese nivel imaginario, sino que requiere de un sostén de otro tipo para que esta identificación y esta formación yoica tengan validez. Como lo menciona Tendlarz (2007), “el estadio del espejo

depende de la primacía de lo simbólico” (p. 69). Esta premisa esboza el primer acercamiento a la intersección entre el estadio del espejo y el complejo de Edipo, que es la forma en que lo imaginario de ese estadio se sostiene en lo simbólico que va a marcar el paso por el Edipo.

Entonces se puede situar a este complejo en un momento más o menos específico, el cual es indicado por Dor (2008) de la siguiente forma:

Lacan localiza el inicio del complejo de Edipo al nivel de un umbral específico del proceso de maduración del niño que muestra un momento particular de su vivencia psíquica. Este momento es contemporáneo del estadio del espejo, en el que se esboza, para el niño, un cierto tipo de identificación basado en una relación específica con la madre (p. 90).

El complejo de Edipo, de acuerdo con este autor, se refiere a un momento en que el niño mantiene una relación particular con la madre, ya que es ella quien marca en el estadio del espejo un eje primordial de la identificación del niño con esa imagen fuera de sí mismo. Como se vio, esta identificación, que indica el “término” del estadio del espejo, se trata de un momento cumbre en que el niño va a tratar de tener todo el interés de la madre y toda su atención a través de intentar ser aquello que la madre requiere, puesto que “el niño comprende que la madre no queda completamente satisfecha con él, sino que desea otra cosa (esto que desea es el falo). La criatura trata entonces de ser el falo para la madre” (Evans, 2008, p. 92).

La madre, en el complejo de Edipo, no sólo se trata de la madre biológica o la cuidadora primara del niño, sino que se trata de una función, de “una fuerza absorbente”

(Evans, 2008, p. 123) que es tanto una función que protege y atiende al niño, como una función o fuerza que lo absorbe, que lo acapara todo, es tanto la madre que avista y que está presente en esas atenciones, imágenes, actos, gestos, (imaginaria) como la que se manifiesta en su deseo incesante y abrazador ante el infante, el cual siempre busca llenar tanto con él como con algo más allá del él, es decir el falo.

¿Qué es el falo y porque es tan importante para el infante serlo para tener satisfechas las exigencias y deseos de la madre? En primera, el falo proviene de la teoría freudiana y hace alusión al pene; “La obra de Freud abunda de referencias al pene. Dice Freud que los niños de ambos sexos atribuyen gran valor al pene, y el descubrimiento por ellos de que algunos seres humanos no tienen pene genera importantes consecuencias psíquicas” (Evans, 2008, p. 87).

El falo y el pene no son la misma cosa, y así lo aclaran Leader y Groves (2008): “El falo no es lo mismo que el pene: es el pene más la idea de la falta” (p. 89). Que quiere decir esto, que lo importante dentro de la conceptualización del falo es su calidad de ser un objeto faltante, una parte que el niño nota que a la madre le hace falta, está ausente. No solo por la intervención de un aspecto netamente anatómico, sino porque la madre parece estar siempre interesada en algo que no tiene, algo que la mantiene inquieta, que de pronto hace que se acerque al niño, lo cargue y lo deje después.

Estas actitudes, estas señas, estas formas de hablarle al niño, de manejarlo y de manipularlo, manifiestan para ese infante que hay algo en la madre que hace falta y el niño, al estar capturado en una imagen con la madre, tratará de ser ese falo, ese objeto faltante, eso que llene lo que la madre desea. El falo, por lo tanto, no es el pene biológico, ni un objeto

visible.

El falo es en realidad un objeto imaginario, es decir, un objeto que puede tomar cualquier forma, que toma incluso el propio cuerpo del niño y que sólo se presenta como una elucubración, como un posible y nunca se encuentra en algo específico o totalmente claro; “la primacía del falo como objeto imaginario representará un papel fundamental y estructurante en la dialéctica edípica” (Dor, 2008, p. 88). Además, su carácter imaginario radica en la manera en que el niño trata de colocarse en su lugar, de ser ese falo (intentando identificarse con él), queriendo ser eso que le hace falta a la madre.

De esta forma, se puede notar que en este momento del complejo de Edipo se encuentran presentes tres elementos: la madre, el niño y el falo. Este momento es considerado como un primer momento del Edipo y Dor (2008) lo engloba de la siguiente manera:

Al salir de la fase identificatoria del estadio del espejo, el niño sigue manteniendo una relación de indiferenciación cercana a la fusión con su madre. Esta relación de fusión es producto de la posición particular que el niño alimenta con respecto a la madre al tratar de identificarse con lo que él supone que es el objeto de su deseo. Este objeto susceptible de satisfacer la falta de la madre es justamente el falo. Como lo hace notar Lacan, en este primer momento del Edipo, el deseo del niño permanece totalmente sujeto al deseo de la madre. En síntesis, la identificación con el objeto fálico coloca al niño en el cuestionamiento de ser o no ser el falo (p. 93).

La presencia del falo en la cercanía del niño con la madre implica la presencia del deseo: el deseo de la madre que trata de completar y satisfacer con el niño (falo) y el deseo del niño por ser eso que complete a la madre, que llene su deseo, es decir el falo. El deseo por su parte surge de las primeras experiencias de satisfacción descritas por Freud. Al nacer, el niño se rige por sus necesidades, como el comer, el dormir, defecar, etc. Pero al no poder hablar ni expresar estas necesidades, el niño grita, llora, se mueve pero no puede alcanzar lo que pueda acabar con esas necesidades.

La madre atiende estas necesidades en función de lo que ella crea que las satisface, interpreta lo que cree que el niño está pidiendo. Al momento de atender esta necesidad, muestra toda una serie gestos, palabras y actos que envuelven a lo que le da al niño para saciarlo. Por ejemplo, si la madre interpreta que el niño tiene hambre, buscara el alimento, pero al dárselo lo abrazará, lo besará, le hablará al oído, le acercará el cabello, lo mecerá, etc., manifestando el amor que pueda tener la madre. Al hacerlo, el niño recibe más de lo que podría ser su necesidad y por lo tanto, en el momento en el que se suscite nuevamente esta necesidad, el niño ya no buscará el objeto que satisfaga esa necesidad, sino todo lo demás que le dio la madre incondicionalmente, es decir, su amor. Pero ya el niño no se mueve o grita por puro instinto, sino que ya ejerce una demanda, la cual está marcada por ser parte del lenguaje.

Al demandar, el niño ya se encuentra con el hecho de que lo que demanda es amor, el amor y sus manifestaciones en la madre. Pero no recibe eso que demanda de la misma forma o con los mismos gestos, palabras y caricias, aspecto que deja en el niño un resto, un faltante y eso que queda suspendido, insatisfecho entre la necesidad y la demanda es el deseo. Así lo explica de manera más sencilla Leader y Groves (2008):

El objeto de la necesidad es pulverizado por la dimensión del lenguaje: ahora lo que importa no es el objeto, sino el signo de amor. El objeto de la necesidad queda eclipsado por la demanda y el deseo retoma eso que ha sido eclipsado sin llenarlo nunca y quedando siempre a nivel de la demanda (pp. 80-81).

En concreto, en este primer momento del Edipo, el niño se cuestiona por lo que puede satisfacer a la madre, por llenar su deseo, aunque en el caso del niño, no hay una presencia de un deseo en particular propio, sino que se somete al deseo de la madre.

Pero esta condición que se mantiene entre el niño, la madre y el falo, pasa por un momento en el que debe aparecer un cuarto elemento que mediatice e intervenga para romper esta fusión y colocar en otro lugar a cada uno de los miembros de esta triangulación. Dor (2008), comenta al respecto: “El segundo momento del Edipo es la condición indispensable que debe cumplir el niño para acceder a la simbolización de la ley que marca la declinación del Complejo de Edipo” (p. 99).

Al ser el primer momento del complejo de Edipo una relación imaginaria, es indispensable que pase a una simbolización, es decir, que pase a un momento de separación de los tres elementos por medio del lenguaje, y esta división es ejercida por una ley, que Freud llama, la ley del incesto. Pero, ¿quién o qué ejerce esta ley? El que ejerce esta ley es el padre. “El mito freudiano de la horda primitiva sólo tiene valor simbólicamente estructurante en la medida en que estipula el punto de origen del establecimiento subjetivo de la ley” (Dor, 2009, p. 117). El padre, dentro de la teoría de Freud aparece en su mito sobre

la horda primitiva (en su obra *Tótem y Tabú*), que describe el origen mítico de la sociedad humana. En esta horda existía un padre que tenía a todas las mujeres de la tribu prohibiéndoles a todos sus hijos el acceso a ellas y, como lo comentan Leader y Groves (2008), para acceder a ellas, los hijos se revelaron ante el padre, lo asesinaron y luego lo consumieron en un ritual totémico.

Pero al llevar a cabo este acto, los hijos, en lugar de poseer sexualmente a las mujeres que tenía acaparadas el padre, sintieron culpa de sus actos y ellos mismos se autoimpusieron la restricción de no acercarse a ellas. Este evento, según Freud, marca dos consecuencias dentro del psiquismo humano; la aparición del padre como impositor de una ley (una ley de incesto) y en segunda, el aspecto subjetivo y estructurante de ésta ley, que Freud nombra como castración.

Precisamente, ésta es la aparición del padre en el segundo momento del complejo de Edipo, ya que

Aparece como otro en lo que concierne a la relación madre-hijo. En la vivencia subjetiva del niño, ese otro surge como un objeto posible del deseo de la madre, como un objeto fálico posible al que puede suponer como un rival frente a la madre. Lo que se pone en juego en esta rivalidad imaginaria incluye en realidad un desplazamiento del objeto fálico que lleva al niño a encontrar la ley del padre (Dor, 2008, p. 98).

¿Cómo es que aparece el padre en este momento? Dor (2009) nos dice que en primera instancia “si el niño no es todo para la madre -la prueba de ello es su interés por el padre- no

podría ser el objeto que colma su falta” (p. 20). El padre aparece como el que llama la atención de la madre, como el que provoca sus frecuentes ausencias, sus desatenciones hacia el niño, como un posible falo que satisfaga el deseo de la madre.

Llegado este punto del Edipo, en donde ya se puede visualizar la aparición del padre, Peskin (2003) menciona lo siguiente: “Según la concepción Edípica, se debe renunciar a lo materno, a lo incestuoso. La posesión materna es lo que debe perderse para la constitución del sujeto” (p. 73).

Es de esta forma que se entra a lo que sería el tercer momento del complejo de Edipo, que Dor (2008) explica de la siguiente forma:

Este tercer momento, que es más precisamente el de la declinación del complejo de Edipo, pone término a la rivalidad fálica frente a la madre en la que se ha ubicado el niño y en la que imaginariamente también ha instalado al padre. El momento esencial de esta etapa está marcado por la simbolización de la ley que demuestra claramente que el niño ha comprendido su significado. El valor estructurante de esta simbolización reside, para él, en la localización exacta del deseo de la madre (p. 100).

Esta localización del deseo de la madre no es otra cosa que apartar del niño la posibilidad de ser el falo y por decirlo de una forma simple, ponerlo en otro lado, en el lado del padre. Pero si el padre aparece como el instaurador de la ley y lo que ejerce esa ley es una castración (separación, división) en el deseo de la madre y del niño, ¿de qué manera lo

hace? El padre aparece justamente como la ley misma, a través de lo que Lacan (en Evans, 2008) llama el Nombre del Padre (basado en el mito de la horda primitiva en donde el padre está muerto pero sigue presente en la forma en que los hijos se autoimponen la prohibición, se castran). “El Nombre del Padre se inscribe, de forma que la madre queda interdicta, ocupa el lugar del Otro y cae en el olvido, mientras que el falo le es dado como significado al sujeto” (Maleval, 2002, p.83).

El Nombre del Padre quiere decir que el padre aparece como perteneciente al mundo simbólico, como un agente que nombra u otorga un lugar simbólico al niño. “Es importante que la madre, tanto en sus maneras de ser como en el discurso para con el niño, le haga entender el papel privilegiado que desempeña el padre en relación con su propio deseo” (Dor, 2009, p. 22). Además, Leader y Groves (2008) mencionan al respecto del Nombre del Padre que “el padre es un nombre porque la paternidad siempre implica algo más que la realidad biológica del varón que da su esperma, implica algo puramente simbólico. No se trata de una persona real, sino de una función simbólica” (p. 100). Lo simbólico, el lenguaje, el padre como función simbólica (como nombre y como ley) hacen referencia a lo que en la teoría lacaniana se conoce como el Otro.

El Otro tiene varios significados y funciones dentro de la teoría lacaniana, pero dentro de sus principales características es la de ser un lugar, un red que es la que resguarda al lenguaje y a los significantes que lo componen, puesto que este Otro en sí mismo es una red de Significantes, una red simbólica. Tappan Merino (2004), comenta que “la forma en que ese Otro es construido por la cultura varía de una sociedad a otra. Es el pivote alrededor del cual se funda el psiquismo, lugar estructural alrededor del cual orbitamos” (p. 90).

De ese Otro es de donde proviene el Nombre del Padre, siendo a la vez el pivote y ancla fundamental y necesaria para la entrada al universo simbólico y su constitución como red, ya que su función es la de nombrar, separar, atraer al niño a un lugar dentro de este universo simbólico.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿Cuáles son entonces los efectos que tiene la intervención del padre en este último momento del Edipo? Al separar a la madre y al niño de su relación incestuosa, el padre pasa de ser un objeto fálico posible para la madre, a ser el que tiene el falo, atrayendo consigo a la madre y ofreciéndole al hijo la posibilidad de tenerlo, de tener un objeto en el mundo simbólico que le dé la posibilidad de satisfacción. El falo entonces pasa a ser significado, lo que quiere decir que pasa a ser representado y en cierta forma perdido nuevamente pero dentro de la cadena de significantes que conforman la red simbólica. A este momento tanto Freud como Lacan lo llaman el momento de la castración en donde se “instaura el falo simbólico” (Maleval, 2002), tiempo que se manifiesta a través de la angustia (angustia de castración) que experimenta el niño de perder algo de sí mismo, sea su pene real o su propio cuerpo. El falo simbólico es una especie de compromiso, un don que es prometido por el padre si el niño accede al mundo simbólico y que sólo será posible dentro del uso de los significantes del lenguaje. Pasa a ser un objeto simbólico.

Pero el acceso al lenguaje, a su ley y al universo del Otro, tiene como efecto la marca de una falta, ya que en el momento en que se ejerce la castración “se produce la caída del objeto *a*. La operación del Nombre del Padre recorta un agujero en el campo del Otro y aporta al mismo tiempo el elemento adecuado para velar esa hiancia” (Maleval, 2002, p. 101).

El objeto *a* no es otra cosa que el objeto del deseo, un objeto posible de satisfacer el deseo del sujeto y que en si se queda como un objeto siempre faltante. Significar el falo, nombrar al niño, representarlo e instaurarlo en un lugar en el universo simbólico se distingue por ser el momento en que el niño pasa de ser un objeto (falo) para la madre, a ser un sujeto con un deseo propio, un deseo movilizado por una falta, siendo esta falta el objeto *a*, el objeto de esa falta. Este evento Freud lo distingue por la forma en que el infante pasa a utilizar el lenguaje a través de la presencia y de la ausencia de la madre y que es llamado como el fort-da. El fort-da:

Nos indica que desde ahora el niño logra, fundamentalmente, dominar el hecho de no ser ya el único objeto del deseo de la madre, es decir, el falo. El niño puede entonces movilizar su deseo como deseo de sujeto hacia objetos que remplacen el objeto perdido (Dor, 2008, p. 104).

Precisamente, aunque lo que se pierde es el falo, o la posibilidad de ser el falo, lo que se pierde es también a la madre, como un Otro al cual completar, en donde se tiene “todo”, en donde el niño mantiene una unidad, y que al darse cuenta que ésta no puede tener el falo, ni tenerlo todo con el niño, la madre se pierde, se pierde ese todo con ella y es entonces que aparece la falta, en donde cualquier objeto puede quedar en ese lugar de la falta. De esta forma se tienen dos aspectos importantes; el primero es que aparece un sujeto con un deseo propio y “cuando el sujeto se inscribe en el simbolismo, tiene que renunciar a su cuerpo real” (Peskin, 2003, p. 75) y en segunda “la intervención del padre tiene como función estructurante fundar (o causar) la aparición del sujeto psíquico como tal” (Dor, 2008, p. 111).

La intervención del padre a través de su función castrante, lleva a la vivencia Edípica a ser reprimida, qué quiere decir esto, de acuerdo a Dor (2008) “la represión se presenta como un proceso fundamentalmente estructurante que consiste en una sustitución. Para encontrar un sustituto a esta vivencia del ser dentro del complejo de Edipo, el niño tendrá que acceder a la dimensión del tener” (p. 104). La represión es un proceso en donde el niño deja en el olvido esa vivencia inmediata con la madre, dejando únicamente como remanentes los símbolos y sustitutos de esta vivencia a través de los objetos del deseo que éste puede llegar a tener.

Con esto, la aparición del sujeto implica la presencia de su deseo, el cual se incluye dentro del universo simbólico como parte de los significantes siendo él mismo un significante, un sujeto que tiene una falta y que renuncia a su naturaleza y a su cuerpo real, un sujeto que, de acuerdo al fenómeno del fort-da (presencia y ausencia) comienza a nombrarse y a nombrar sus objetos, que habla.

Debido a la intervención del padre, el Otro materno se separa de su producto, *infans*, objeto de su goce, mientras que simultáneamente este último es presa de una falta de ser. La ley de la castración impone a ambos la marca de la incompletud” (Maleval, 2002, 98).

También Dor (2008) escribe “el complejo de Edipo se representará entonces alrededor de la localización respectiva del lugar del falo en el deseo de la madre, del hijo y del padre, en el transcurso de una dialéctica que se pondrá de manifiesto en la modalidad del ser al tener” (p. 88).

Para que el sujeto tenga posibilidades de existir en el universo simbólico, en donde nombra sus objetos, en donde habla y es partícipe de los compromisos simbólicos (sociales, culturales, etc.) requiere abandonar una parte de su ser, que era su ser como objeto de deseo de la madre, esto quiere decir que se separa de una parte de sí mismo, de un lugar privilegiado teniendo todo con la madre, para poder pasar a un lugar dentro de las posibilidades de tener ese falo, ese objeto que colme su falta.

Pero esta posibilidad de tener ese falo, implica, dentro de su falta de ser, lo siguiente:

El lenguaje posee la singular propiedad de representar la presencia de algo real por medio de su propia ausencia como tal. Eso quiere decir que el sujeto sólo figura en su propio discurso a costa de esta misma condición: desaparece como sujeto y sólo se encontrará representado bajo la forma de símbolo (Dor, 2008, p. 122).

Como ya se revisó previamente, el fort-da implica el momento en que el niño comienza a hablar y a utilizar los símbolos para nombrar las cosas, usando la particularidad del lenguaje de nombrar la presencia y la ausencia de los objetos, por ejemplo, si hablamos de una persona que vimos en una reunión, en realidad al momento de mencionarla no aparece realmente, como si la teletransportáramos o la tuviéramos en la bolsa y la sacáramos para mostrarla en el momento en que la nombramos.

En realidad, cuando hablamos de esa persona, hablamos de un símbolo que la representa (su nombre, su apodo e incluso decir que es una persona) y eso evidentemente hace que esté ausente (físicamente) y presente (en su nombre, en su símbolo) al momento de

hablar de ella.

Ese es el resultado de nombrar al sujeto, pues de tener una vivencia inmediata con la madre (imaginaria puesto que supone una ficción de totalidad y se rige por un objeto imaginario) pasa a dejarla simplemente en ausencia y en presencia dentro del lenguaje sometiéndose él mismo a esa presencia y ausencia.

Ahora, haciendo una breve síntesis de lo visto hasta el momento, de acuerdo a lo propuesto en la teoría psicoanalítica y en particular a lo propuesto por Freud y por Lacan, la estructura del sujeto comienza con la formación de su Yo, que se basa en la identificación con una imagen que no es la suya (la imagen especular) y que le permite hacerse una imagen de su cuerpo y de sí mismo (narcisismo). Esta imagen de su Yo es una imagen alienante (que lo divide en sí mismo), pues no es su propia imagen, es un efecto imaginario.

Segundo, al término del complejo de Edipo, se perfila la estructura del sujeto como determinada por el mundo simbólico en el que se inserta, manifestando que el sujeto es un efecto del lenguaje. También, esta estructura está marcada por la aparición de un deseo particular (y un objeto de deseo también propio), destacando la falta primordial que determina al sujeto. Pero también se muestra aquí otra particularidad de la estructura subjetiva del sujeto, y es que, al momento en se ejerce la represión y sustituye al deseo materno por un deseo que tiene lugar en el universo simbólico, eso que se reprime queda en el inconsciente. “La aparición del sujeto culmina, entonces, para sí mismo, con una relación irreversible entre el deseo, el lenguaje y el inconsciente, cuya estructura se organiza en torno al orden significante” (Dor, 2008, p. 157).

El inconsciente, de acuerdo a lo anterior, es en donde queda eso que se reprime, en donde se queda ese deseo y que a su vez tiene lugar dentro de lenguaje y del significante. El inconsciente está presente en nuestras palabras, en nuestros actos, en nuestras relaciones con los demás, en la manera en que nos posicionamos en el orden simbólico, ya que el inconsciente, de acuerdo con Lacan, está “estructurado como un lenguaje” (Evans, 2008). Pero si el inconsciente está estructurado como un lenguaje y se haya presente en el mundo simbólico, al igual que el deseo y el sujeto, entonces la estructura del sujeto implica “en la perspectiva lacaniana, la división del sujeto y la necesidad de definir una parte de nuestra subjetividad como sujeto del inconsciente, como sujeto del deseo” (Dor, 2008, p. 131). El inconsciente es también lo que queda separado dentro del propio sujeto, determinándolo y empujándolo a través del deseo, manifestándose en cada momento de la vida de éste.

Es así como se llega a la conclusión de que el sujeto, de que la estructuración subjetiva es una constitución determinada por el lenguaje y por el deseo, ya que “la sujeción al ámbito del lenguaje y del deseo es lo que lo forma” (Tappan Merino, 2004, p. 164), en donde se encuentra dividido en una parte inconsciente fundamental, un inconsciente determinado por la represión que “es necesaria para la constitución del sujeto” (Tappan Merino, 2004, p. 170) resultando en esa parte de su ser de la que no quiere saber nada. Este sujeto, su estructura, tiene un Yo igualmente dividido porque que se forma en una ilusión óptica al identificarse con un cuerpo y una imagen que esta fuera de él, con lo que dicen que es él. Todo esto resulta ser la estructura de un sujeto que es inconsciente, deseante, incorpóreo, “no un organismo que se adapta” (Tappan Merino, 2004, p. 170), sino un efecto, diferencia y acontecimiento como diría Deleuze, al ser causado y nuevamente, dividido por su desconocimiento.

La estructuración subjetiva es entonces el proceso por el cual aparece el sujeto, un sujeto determinado por una falta y por el deseo que trata de llenarla, un sujeto perteneciente y causado por el lenguaje. El sujeto, es un sujeto inconsciente y dividido en sí mismo, es también un sujeto con un psiquismo, el cual ordena y organiza la realidad junto con su deseo. Por lo tanto, la división, el inconsciente, la falta, el psiquismo, del deseo, el engaño del Yo (y de su cuerpo organizado por una imagen que no es propia y por los significantes que lo organizan), la dependencia al lenguaje y al Otro, la incompletud y la incorporeidad del sujeto son fundamentales para la existencia de ese sujeto, otorgándole el lugar de un ser hablante.

Es este el sujeto y la forma en que se estructura los que permitirán comprender el siguiente capítulo, concerniente al tema de la psicosis, en donde se abordará: primero, cuales son las estructuras posibles que puede llegar a tener ese sujeto, partiendo de las particularidades hasta el momento revisadas y segundo, poder así hablar propiamente de la psicosis.

## **VI. Psicosis**

### **a. Introducción a las Estructuras Clínicas**

En el capítulo anterior se revisó lo que es la estructuración subjetiva, el momento de la aparición del sujeto, con su psiquismo y sus efectos en relación con la formación del Yo y el paso por el complejo de Edipo. Se dejó también suspendido cuales son las posibles estructuras resultantes del término del complejo de Edipo y que es el punto a partir del cual se va a desarrollar el tema de Psicosis.

Primero hay que recordar una particularidad sobre la estructura del sujeto, que es su relación con el deseo y que este deseo está marcado por el momento de la castración, que es cuando el niño se separa de la madre y se coloca como un sujeto cuyo lugar se encuentra en el universo simbólico, al igual que es en este mundo simbólico en donde tiene posibilidad de ser satisfecho (nunca por completo) ese deseo.

Para entender lo que es la psicosis desde el psicoanálisis, hay que hablar de lo que son las estructuras clínicas. De acuerdo con Evans (2008) “Lacan diferencia tres categorías nosográficas principales: la neurosis, la psicosis y la perversión. Él considera estas categorías como estructuras puesto que no son simplemente un conjunto o colección de síntomas” (p. 84). Un aspecto importante a destacar de lo que menciona este autor, es que para Lacan, estas estructuras son nosográficas, es decir, una forma de clasificación de patologías. En sí, el significado de nosografía de acuerdo a la Real Academia Española (2001) es “parte de la nosología que trata de la clasificación y descripción de las enfermedades”.

No hay que pensar que desde el psicoanálisis se habla de patología como una enfermedad o como una condición de anormalidad, tal como lo propone Durand y Barlow (2007) quienes dicen que la patología o psicopatología “es una disfunción psicológica de un individuo asociada con la angustia o con impedimentos en el funcionamiento y con respuestas que no son típicas o esperadas culturalmente” (p. 2).

Esta definición, que se acerca a una visión médica y que se acompaña de una forma de ver a la patología como anormalidad, no se corresponde en nada con lo que es una estructura clínica desde el psicoanálisis; se entiende que “desde su campo de acción, la patología es una condición necesaria del sujeto, siendo además la condición necesaria del lenguaje” (Tappan Merino, 2004, p. 155).

Desde esta perspectiva, la patología es una condición humana básica, y que de acuerdo a Tappan Merino (2004) se trata de una propuesta nietzscheana (retomada por el psicoanálisis) al decir que “el proceso de desnaturalización es la condición humana, en donde aparece el *pathos*. Pathos que entraña a la pasión, aparece como condición misma del lenguaje, es la posición o perspectiva desde donde hablamos; es decir, la diferencia, la falta” (p. 155). La patología, uniendo los distintos puntos mencionados, como la pasión, el lenguaje, el lugar desde donde hablamos, la desnaturalización, la falta, lleva a considerarla como una condición que es determinada por la entrada y el uso del lenguaje, que nos separa del reino animal, que nos hace seres con una falta en nosotros mismos nunca satisfecha y que se convierte en nuestra pasión, en nuestro empuje que nos hace seres hablantes, seres con demandas y deseos.

La estructura, como se vio anteriormente, es una forma de ser en el mundo, una forma particular de insertarse en el universo simbólico, siendo el efecto de esta inserción un sujeto deseante, un sujeto inconsciente y además un sujeto patológico. Entonces, un primer aspecto de las estructuras clínicas es que son diferentes formas de existir en la red simbólica, o efectos distintos que resultan del complejo de Edipo (teniendo en cuenta que el complejo de Edipo marca el paso hacia el orden Simbólico) y que, de acuerdo con Peskin (2003) “las estructuras clínicas terminan siendo estructuras existenciales, modos de aparición circunstancial o eventual” (p. 89), es decir, dependiente del término del Edipo.

¿Por qué es indispensable hablar de estas estructuras y qué relación tienen con el complejo de Edipo? Primero, Evans (2008) comenta lo siguiente: “En concordancia con la concepción freudiana del complejo de Edipo, como raíz de toda psicopatología, Lacan relaciona todas las estructuras clínicas con las dificultades experimentadas con el complejo de Edipo” (p. 56).

Hasta este momento, vemos que estas estructuras clínicas no corresponden a enfermedades ni a trastornos de ningún tipo, sino a formas existenciales o formas de ser en el mundo humano. Pero también, no se puede hablar de ellas como algo anormal, ya que es importante situar lo siguiente:

En la raíz de todas las estructuras psicopatológicas está el rechazo de la castración. No obstante, puesto que es imposible aceptar la castración totalmente, nunca se alcanza una posición completamente normal. Lo más cercano a esta posición de normalidad es la estructura neurótica (Evans, 2008, p. 54).

La relación que tienen las estructuras clínicas con el complejo de Edipo tiene que ver específicamente con el momento de la castración, que como se vio, es lo que define al sujeto como tal. De hecho, Evans (2008) también dice que “las estructuras clínicas con concebidos como modos relativamente estables de defenderse de la castración, de la falta en el Otro” (p. 91). Basta con recordar que la castración es un momento de división, de separación con la madre y con su deseo, de intentar ser lo que le hace falta, para poder tener un lugar como sujeto. Pero también, la castración implica una pérdida, la cual deja una falta en el sujeto y también en la madre, que en la experiencia edípica se muestra como un Otro, como un universo inmenso, siendo un todo con el infante y que en el momento de la castración, queda al descubierto que no es ese todo considerado por el niño, sino que también tiene una falta, por el simple hecho de que pierde al infante.

Pero también es una falta de algún objeto concreto y posible de satisfacer totalmente a su deseo, ya que la representación simbólica de los objetos hace que se pierdan y que no sean por completo acaparables por el lenguaje, siendo así que esa falta del Otro, sea “la falta de un significante” (Evans, 2008, p. 90), es decir, que nuestras palabras, nuestros actos, nuestra existencia en lo simbólico, no pueden alcanzar ni nombrar por completo ese objeto que colme nuestro deseo. Con esto, se muestra que la estructura clínica es una forma de posicionarse, de defenderse de esta falta, una forma de enfrentar a la castración.

Como ya se mencionó, de acuerdo con Lacan (en Evans, 2008; Dor, 2008), existen tres posibles estructuras clínicas, que son la neurosis, la psicosis y la perversión. Cada una de estas tiene una operación o forma específica de lidiar con la castración. En el caso de la neurosis, lo que opera es la represión, ya que el neurótico reprime de su consciencia a la castración (Evans, 2008).

Como se vio en el capítulo anterior, la represión es hacer inconsciente, dejar hasta cierto punto en el olvido la experiencia Edípica a través de su representación, dejando únicamente sustitutos (objeto a) de esa vivencia, pero permaneciendo siempre presente y ausente, ya que “lo inconsciente no es algo profundo, sino que está en la superficie” (Evans, 2008, p. 111), es decir, está en nuestras palabras, en nuestros actos, en la forma en que somos, y sobre todo, en lo que no sabemos de nosotros mismos, lo que no queremos saber, lo que nos determina, y que es el deseo, ya que la represión, como momento de sustitución, representación y de división en nosotros mismos, (por la aparición del inconsciente) hace aparecer a nuestro deseo, siempre insatisfecho, reprimido, inconsciente.

La represión es entonces la forma en que asimila el neurótico a la castración. “Una defensa contra la castración más radical que la represión es la renegación, que está en la raíz de la estructura perversa” (Evans, 2008, p. 54). La renegación, de acuerdo a Laplanche y Pontalis (1996) es un “término utilizado por Freud en un sentido específico: modo de defensa consistente en que el sujeto rehúsa reconocer la realidad de una percepción traumatizante, principalmente la ausencia de pene en la mujer” (p. 363).

Aquí nuevamente se recuerda que el pene no es el pene anatómico, sino que es el falo, ya que como lo dice la definición, se trata de su ausencia en la mujer (que en este caso es en la madre) y por ende se trata del falo en la experiencia edípica.

Volviendo nuevamente a la castración en el último momento del Edipo, se trata de un momento en que aparece el padre como instaurador de la ley simbólica, como el que castra al niño y lo separa de la madre y del falo. Se pretende que el infante en ese momento acepte el compromiso que implica acceder al mundo simbólico, la falta que deja en su ser, esperando

que ese niño asuma esa posición en correspondencia con lo que el padre le indica con esa castración, de cierta forma señalándole un punto de identificación, una identificación con el padre como lo menciona Dor (2009), es decir, una identificación con un padre que puede tener ese falo, un padre con una posición simbólica, una identificación con un lugar simbólico.

En el caso de la perversión “en lugar de identificarse con el padre, el sujeto se identifica con la madre o con el falo imaginario” (Evans, 2008, p. 56). ¿Qué quiere decir esto o qué consecuencias tiene esta identificación? De acuerdo a la definición propuesta por Laplanche y Pontalis (1996) sobre la renegación y tomando en cuenta el momento del complejo de Edipo en que el niño trata de ser el falo (que se retomó desde la lectura lacaniana en donde se trata de una dialéctica de ser o no ser el falo), en la perversión, cuando aparece el padre para ejercer la castración, el niño reniega esta ley, reniega que a la madre le haga falta el falo (no acepta su ausencia) y se coloca en la posición en la que se encontraba, en la de ser o no ser el falo. Esto no quiere decir que no se haya ejercido la castración, en realidad ocurre, pero la renegación implica que la estructura perversa la trata de eludir, como si quisiera siempre tentarla, manteniendo el juego seductor de ser o no ser ese falo para la madre o en el otro caso, de ser como la madre, una madre que puede y no puede tener ese falo.

Para resumir ambas estructuras, la neurótica y la perversa, es importante mencionar ejemplos de cada una. Para el caso de la neurosis, la cual se define a partir de la represión, dando lugar al deseo y al inconsciente, se tienen dos ejemplos, o más bien, dos posibles lugares dentro de la neurosis, que fueron propuestos por Freud (Leader & Groves, 2008) y después asentadas y complementadas por Lacan (Evans, 2008; Leader & Groves, 2008), se trata de la histeria y de la obsesión, o estructura histérica y estructura obsesiva.

Ambas, se refieren “al modo en que alguien responde a su deseo, por ejemplo, la estructura histérica como deseo insatisfecho. Para el caso de la estructura obsesiva, se trata como un deseo siempre imposible” (Peskin, 2003, p. 88).

No es el propósito de este trabajo abundar demasiado en estas estructuras, pero si se puede decir que la estructura histérica, que se define a partir de un deseo insatisfecho, tiene que ver, de acuerdo con Lacan (en Peskin, 2003), como una forma de mantener al deseo, de tenerlo sin una satisfacción posible ya que no trata de satisfacerlo, sino que hace suyo lo que otro desea. “El histérico es precisamente alguien que se apropia del deseo del otro” (Evans, 2008, p. 106). Un ejemplo muy claro de esto es cuando una mujer, cuyo esposo es desconsiderado y la trata muy mal, siendo ella sumisa y dejándose maltratar, en realidad no se trata de que ella este siendo sometida o maltratada, sino que está respondiendo al deseo de su marido, pues él desea una mujer sumisa, a la cual pisotear y maltratar, entonces ella se coloca en ese lugar, en el lugar de lo que desea su marido, sacrificando que ella pueda satisfacer su propio deseo, por lo que deja su deseo insatisfecho, aunque paradójicamente satisface un deseo.

Para el caso de la estructura o neurosis obsesiva, en donde el deseo se le presenta como algo imposible de satisfacer, la identificación es con el padre muerto (que se trató en el capítulo I al hablar del padre simbólico y de la horda primitiva), ya que “pasa la vida esperando sin actuar, cuando llega el momento de actuar, preferirá que otro lo haga en su lugar. El obsesivo, no solo aguarda la muerte del padre, sino que se identifica con él como si estuviera ya muerto” (Leader & Groves, 2008, pp. 68-69). El obsesivo posterga sus posibilidades de satisfacción, deja que otros actúen, prefiere mantenerse cerca de la muerte.

Pasando ahora a la perversión, un ejemplo es el fetichismo. “El fetiche es un sustituto simbólico del falo faltante de la madre” (Evans, 2008, p. 150). Como en el caso de la perversión, se trata de una identificación con el falo (objeto faltante) y se mantiene en ese momento del Edipo de ser o no ser el falo, al renegar de la castración (tratar de eludirla), en el caso del fetichismo, se toma literalmente la condición de falo como un objeto sustituto, y al perverso únicamente le interesa ese objeto, como los zapatos de tacón, o la ropa interior, etc. No le interesa el resto (la mujer en sí), únicamente ese objeto en particular, un objeto que se acerca lo más posible a tener ese falo, que sería el caso de la identificación con la madre, que en ese momento particular del Edipo es la que cree que tiene o puede tener el falo.

Para hablar del caso de la psicosis, que es el centro de este capítulo, primero hay que desprenderla un poco de estos aspectos estructurales, o específicamente de su lugar en las estructuras clínicas, para tratarla de forma particular a partir de una revisión histórica breve, de su diferenciación con la nosología psiquiátrica y médica, para después abordarla nuevamente desde su lugar como estructura.

## **b. El origen del término “Psicosis”. Esbozo histórico y su lugar en la psiquiatría y la medicina**

El propósito de separar a la psicosis como el tema particular de este capítulo, no solo se debe a su importancia para lo que se analizará al final de este trabajo, y que tiene que ver con la psicosis infantil, sino también por la complejidad que representa ese análisis, por las distintas maneras en que es estudiada y porque es necesario situarla directamente con lo revisado sobre la estructuración subjetiva y para poder entenderla claramente. Por lo mismo,

se espera hacer de esta revisión algo sencillo y claro, presentando de manera concreta cada concepto, ya que este trabajo, como se ha venido mostrando, no tiene como propósito una extensión densa de cada apartado.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, se pasará a revisar una parte histórica de la psicosis. Antes de que surgiera como tal el término de psicosis, en el siglo XVII se hablaba de la locura, de la excentricidad, como lo explica Tappan Merino (2004): “en el siglo XVII, a la locura se le ve como un enigma de la razón, sinónimo de irracionalismo, un equívoco, error o pesadilla” (p. 51). También nos dice que “el loco debía ser internado, alejado de la gente de moral y de razón” (Tappan Merino, 2004, p. 51).

Su separación de la sociedad implicaba su internamiento, y la consideración que se le tenía como sinónimo de irracionalidad viene del pensamiento cartesiano, como lo aclara Foucault (1998):

En el camino de la duda, Descartes encuentra la locura del lado del sueño y de todas las formas de error. En cambio, no se puede suponer, ni aún con el pensamiento, que se está loco, pues la locura justamente es condición de imposibilidad del pensamiento (p. 36).

La locura entonces es el error, no entra en las posibilidades de la razón, el loco puede decirse que no piensa, no razona, es también un error.

Un paso de transición del siglo XVII hacia el siguiente siglo es la independencia de la psiquiatría en el trabajo con la locura, como lo hace notar Trimble (1984): “la psiquiatría

como disciplina independiente con profesionales especializados, los alienistas surgió hasta el siglo XVII” (p. 15). Esta independencia genera un cambio significativo a partir del siglo XVIII, un cambio que Foucault (1998) marca de la siguiente forma: “La locura ya no hallará hospitalidad sino entre las paredes del hospital, al lado de todos los pobres. Es allí donde la encontraremos aún a fines del siglo XVIII” (p. 51).

A partir de este periodo, la locura va a ser tomada desde la medicina, específicamente desde la psiquiatría, como lo explica también Tappan Merino (2004); “se medicaliza la mirada sobre la locura y la conducta criminal, transformándolas en enfermedades, se trata de silenciosas patologías que deben ser controladas y llevadas a internación para su curación” (p. 51). El encierro ya no es para su reclusión y su separación de la sociedad en un olvido total, como el criminal que no tiene cabida en los estándares sociales, ahora se le encierra para su control, la empieza a adoptar para su curación, por eso Foucault habla sobre su hospitalización, su llegada a los espacios de los enfermos.

Estos primeros momentos de la adopción de la locura por parte de la medicina, como un intento por reestablecerla, curarla, es lo que marca el principio de su conceptualización como psicosis a partir del siglo XIX, y al respecto de esto, Evans (2008) comenta: “El término psicosis surgió en psiquiatría en el siglo XIX como designación de la enfermedad mental en general” (p. 156) y Tappan Marino (2004) comenta al respecto de este cambio de enfoque: “ahora el problema consistía en explicar la etiología de las enfermedades y sus tratamientos” (p. 51).

La generalización del término psicosis aparece más claramente con la explicación de Laplanche y Pontalis (1996) cuando dicen:

En la clínica psiquiátrica, el concepto «psicosis» se toma casi siempre en una extensión extremadamente amplia, comprendiendo toda una serie de enfermedades mentales, tanto si son manifiestamente organogénicas (como la parálisis general progresiva) como si su causa última es problemática (como la esquizofrenia) (p. 321).

También estos autores mencionan lo siguiente:

La aparición del término «psicosis» en el siglo XIX marca una evolución que condujo a erigir las enfermedades mentales en un dominio autónomo, diferenciándolas no sólo de las enfermedades del cerebro o de los nervios, como enfermedades del cuerpo, sino también de lo que la tradición filosófica consideraba como «enfermedades del alma»: el error y el pecado. Durante el siglo XIX, la noción de psicosis se difunde, sobre todo en la literatura psiquiátrica de lengua alemana, para designar las enfermedades mentales en general, la locura, la alienación, aunque ello no presuponga una teoría psicogénica de las mismas. Sólo a finales del siglo XIX se establece el par de términos opuestos neurosis-psicosis, que se excluyen entre sí, por lo menos desde el punto de vista conceptual (p. 321).

A pesar de que en el término psicosis se encuentra una herencia filosófica (por las referencias a la idea del alma, del error, la locura, etc.) el hecho de que la psiquiatría la conceptualizara y comenzara a interesarse en su tratamiento, medicaliza su abordaje, ya que hace una especie de expropiación de la misma. Muestra de esto es el momento en que la psiquiatría comienza a dividirla o más bien, a clasificarla. Uno de los pilares en esta clasificación son los estudios realizados por Kraepelin (1856-1925) “profesor de psiquiatría en Múnich y Heidelberg, quien reúne miles de estudios de casos con el fin de elaborar un sistema de clasificación para las enfermedades psiquiátricas que aún hoy se utiliza” (Trimble, 1984, p. 20).

Kraepelin hace una separación de la demencia precoz [término empleado por Morel (1809-1873) para designar la aparición del deterioro mental en la adolescencia (en Trimble, 1984)] y la psicosis maniaco-depresiva. “La primera da lugar a un cuadro de inestabilidad mental incurable, a diferencia de la segunda que es compatible con el retorno a la salud en periodos de enfermedad” (Trimble, 1984, p. 20).

Una de las aportaciones más importantes que hace Kraepelin en el campo de la clasificación de la psicosis, es la diferencia que hace entre las enfermedades endógenas (de origen interno) de las exógenas (de origen externo), colocando a la demencia precoz en el grupo de las enfermedades endógenas. Otra de las contribuciones que es importante mencionar es la de Pinel “médico de Bicêtre y Salpêtrière, quien aportó una clasificación de los trastornos en melancolía, manía, demencia e idiocia” (Trimble, 1984, p. 20). Por otra parte, su alumno Esquirol diferenció las alucinaciones de los delirios.

Un autor que trasciende la clasificación de la psicosis, o más bien, de las enfermedades mentales es Bleuler:

Acuñó el término esquizofrenia y amplió la clasificación de la demencia precoz para incluir una variedad de condiciones agudas y muchas melancolías atípicas y manías de otras escuelas, especialmente las melancolías histerias y manías, también incluyó la mayoría de las confusiones alucinatorias, cuadros de personas nerviosas, pacientes compulsivos y muchas psicosis de prisión (Trimble, 1984, p. 22).

Estas clasificaciones, así como las aportaciones que realizaron estos y muchos otros autores, son la base para la psiquiatría moderna, teniendo, por decirlo de una forma, su máxima expresión en la clasificación del DSM y de la CIE. En el caso del Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (2002), utiliza la clasificación llamada Esquizofrenia y otros trastornos psicóticos en donde coloca a la esquizofrenia, a los trastornos esquizotípicos, esquizoafectivos, delirantes, psicóticos breves, etc. Para el caso de la Clasificación de los Trastornos Mentales y del Comportamiento (2010), esta divide a los cuadros psicóticos en Esquizofrenia, trastorno esquizotípico y trastornos de ideas delirantes en donde aparece la esquizofrenia, esquizofrenia paranoide, hebefrénica, catatónica, indiferenciada, incluyendo también a los trastornos de ideas delirantes, trastornos psicóticos agudos, etc.

Se puede resumir que parte de la historia, una parte importante, de la conceptualización y origen de la psicosis se ha basado tanto en aspectos filosóficos, como de

cambios sociales y de pensamiento, desde su lugar como locura hasta la utilización del término como tal de psicosis. Su asentamiento en la psiquiatría la ha marcado como una enfermedad mental, clasificándola y dividiéndola en diversos trastornos. Hasta este punto, sólo se ha visto un fragmento de historia, un fragmento dirigido a observar el lugar que predomina en la concepción de la psicosis, dentro de la psiquiatría y como enfermedad. ¿Pero, cómo es que entra en el psicoanálisis, en qué punto se desprende de esta visión medicalizada para ser una estructura clínica?

Antes de entrar como tal a lo que el psicoanálisis dice y conceptualiza sobre la psicosis, primero hay que agregar un aspecto indispensable para diferenciarlo de la psiquiatría, y es la idea que se tiene de que “en mayor o en menor medida, en su origen hay un factor genético” (Nissen, 1991, p. 275). Retomando la clasificación del DSM-IV-TR (2002) y la CIE-10 (2010), en ambas se encuentran posibles trastornos de origen orgánico, ya sea por lesiones cerebrales o por inducción de sustancias, entre otros.

Un factor genético, orgánico, etc. presenta a la psicosis como una enfermedad posiblemente orgánica, con referencias a afecciones cerebrales o problemas del sistema nervioso. La mejor forma de entender esta visión será a través de ejemplos concretos de cómo es tratada, cuál es el acercamiento que tiene y bajo qué criterios. Por ejemplo Sue, Sue y Sue (2010) comentan que “la esquizofrenia y otras condiciones psicóticas se entienden mejor con el modelo de vías múltiples que integran la herencia (influencias genéticas en la estructura cerebral y los neurotransmisores), la vulnerabilidad personal, la valoración cognitiva y las adversidades sociales (como el nivel socioeconómico bajo)” (p. 374).

Otro ejemplo lo muestra Trimble (1984) cuando dice que “en la práctica neuropsiquiátrica con frecuencia se requiere del diagnóstico en pacientes que presentan cuadros psicóticos agudos, en donde hay la posibilidad de una enfermedad neurológica estructural” (p. 99). Incluso este autor menciona que ante pacientes con esquizofrenia se puede asegurar que existe una herencia por parte de sus padres biológicos, “estos pacientes mostraron exceso de esquizofrenia en los padres biológicos de esquizofrénicos” (Trimble, 1984, p. 99).

Ahora, tomando como ejemplo el DSM-IV-TR (2002), en su clasificación “Esquizofrenia y otros trastornos psicóticos”, presenta las siguientes características:

La esquizofrenia es una alteración que persiste durante por lo menos 6 meses e incluye por lo menos 1 mes de síntomas de la fase activa (p. ej., dos [o más] de los siguientes: ideas delirantes, alucinaciones, lenguaje desorganizado, comportamiento gravemente desorganizado o catatónico y síntomas negativos). También se incluyen en esta sección las definiciones para los subtipos de esquizofrenia (paranoide, desorganizada, catatónica, indiferenciada y residual) (p. 334).

Además, dentro de esta clasificación también incluye a los trastornos psicóticos causados por enfermedad médica y los inducidos por sustancias:

En el trastorno psicótico debido a enfermedad médica se considera que los síntomas psicóticos son una consecuencia fisiológica directa de la enfermedad médica. En el trastorno

psicótico inducido por sustancias se considera que los síntomas psicóticos son una consecuencia fisiológica directa de una droga de abuso, una medicación o la exposición a un tóxico (p. 334).

El DSM-IV-TR (2002) utiliza ciertos criterios diagnósticos como son, el tiempo que llevan presentándose fenómenos como las ideas delirantes, alucinaciones, conductas y lenguajes desorganizados, y los compara o más bien, los diferencia con otros cuadros, a modo de utilizarlos como un listado de características o ítems de diagnóstico. De hecho, estos ítems son los criterios que utiliza para diferenciar a los subtipos de la esquizofrenia y de otros trastornos psicóticos. Lo que también aporta el DSM-IV-TR (2002) son posibles etiologías (o causas) de estos trastornos:

No se han identificado hallazgos de laboratorio que sirvan para el diagnóstico de esquizofrenia. No obstante, diversos estudios de neuroimagen, neuropsicológicos y neurofisiológicos han mostrado diferencias entre grupos de individuos que padecen esquizofrenia y sujetos control. En la neuroimagen estructural, el hallazgo más ampliamente estudiado y consistente continúa siendo un agrandamiento de los ventrículos laterales. Muchos estudios también han demostrado la existencia de una disminución del tejido cerebral, tal y como se evidencia por la mayor amplitud de los surcos corticales y por la disminución del volumen de la sustancia gris y blanca (p. 341).

Tanto su clasificación, como sus criterios diagnósticos y etiológicos, se enfocan en la identificación de conductas anormales, fenómenos fuera de lo ordinario o normal, malfunción o malformación cerebral y engloba, dentro de estos mismos, a los causados por enfermedades y sustancias, dejando a la psicosis como algo netamente orgánico y como una enfermedad.

Ahora, la CIE-10 (2010) utiliza de igual forma distintas clasificaciones y criterios diagnósticos. Contiene varios trastornos referentes a los trastornos psicóticos como son Esquizofrenia, trastorno esquizotípico y trastornos de ideas delirantes, Trastornos de ideas delirantes persistentes, Trastornos psicóticos agudos y transitorios, Trastorno de ideas delirantes inducidas, Trastornos esquizoafectivos. Cada una de estas clasificaciones contiene a su vez subtipos, o trastornos que pertenecen a cada uno de estos.

Lo más importante a destacar de esta clasificación es que deja, prácticamente al final de las posibles clasificaciones, dos más que denomina así: Otros trastornos psicóticos no orgánicos y Psicosis no orgánica sin especificación, por lo que las clasificaciones anteriores pertenecen a psicosis de origen orgánico. De hecho, al igual que el DSM-IV-TR (2002), utiliza criterios diagnósticos como son el tiempo y la presencia de fenómenos como la alucinación, el delirio, las conductas aberrantes, etc. y aclara que si se da el caso de que la temporalidad de la presencia de estos fenómenos no corresponde a la establecida, o los fenómenos no se presentan como los describe, entonces se debe colocar al trastorno o al cuadro psicótico en algunas de estas dos últimas clasificaciones.

Los fenómenos como la alucinación y el delirio, son considerados, desde la psiquiatría y esta visión médica, como percepciones y creencias erróneas, sin fundamento y sin

correspondencia con el estímulo detonante. Por ejemplo, Harold (1994) menciona que “Una alucinación es la percepción aparente de un objeto externo cuando no existe el objeto real correspondiente” (p. 170) y el DSM-IV-TR (2002) menciona sobre los delirios como “creencias erróneas que habitualmente implican una mala interpretación de las percepciones o las experiencias” (p. 335).

La psiquiatría y la medicina encierran y clasifican a la psicosis desde criterios de normalidad, salud-enfermedad, desordenes de origen orgánico, como malformaciones cerebrales, malfuncionamiento de neurotransmisores y herencia genética. A los fenómenos presentes en ella los catalogan como errores de la percepción, del pensamiento y de la conducta.

Hasta aquí se ha revisado una parte fragmentaria de la historia de la psicosis y un esbozo de la forma en que es vista desde la psiquiatría y desde la medicina. Por lo tanto, el siguiente apartado corresponde a la forma en que es vista y analizada desde el psicoanálisis, intentando responder a las preguntas que quedaron pendientes.

### **c. La Psicosis desde el Psicoanálisis. De Freud a Lacan**

Es a partir de Freud que se debe iniciar el análisis de la psicosis ya en el campo del psicoanálisis. Laplanche y Pontalis (1996) comentan que:

El psicoanálisis no se ocupó desde un principio de construir una clasificación que abarcara la totalidad de las enfermedades mentales de las que trata la psiquiatría; su interés se dirigió

primero sobre las afecciones más directamente accesibles a la investigación analítica y, dentro de este campo, más restringido que el de la psiquiatría, las principales distinciones se establecieron entre las perversiones, las neurosis y las psicosis (p. 321).

Como ya se introdujo en la primera parte de este capítulo, en principio se habla de estructuras y no de clasificaciones o nosologías. “En Freud, desde sus primeros trabajos y en su correspondencia con W. Fliess, se encuentra una distinción bien establecida entre psicosis y neurosis” (Laplanche & Pontalis, 1994, p. 322). El trabajo y la obra de Freud se centran primordialmente en el análisis de la neurosis, en generar una teoría sobre la condición humana, sobre su sexualidad, sobre sus complejos, sobre el deseo humano, sobre lo que determina al ser humano, es decir, sobre el inconsciente. Generó una compleja, rigurosa y estrictamente argumentada teoría que concentra varias teorías por él propuestas, pero todas estas a partir de su interés por el estudio de la neurosis, iniciando con los casos de histeria que trató.

Aunque Freud reconoce una diferencia entre psicosis y neurosis, parte de esta última para explicar de manera analítica a la psicosis.

Por una parte, las tesis freudianas parecen haber roto deliberadamente con las hipótesis organogénicas de la época. En segundo lugar, porque al poner la noción de psicosis a través de la teoría analítica, Freud lograba poner en evidencia las bases de una etiología psicogénica de lo más original. Por

un lado, encara la particularidad del proceso psicótico dentro de un cuerpo de proposiciones teóricas destinadas inicialmente a dar cuenta de la etiología de las neurosis. Por otro lado, intenta fundamentar sus argumentos en consideraciones estructurales y no sobre simples consideraciones cualitativas y diferenciales (Dor, 2008, p. 112).

Mientras que la psiquiatría intentaba cuantificar y diferenciar a la psicosis en diversos trastornos y síntomas, haciéndola una enfermedad orgánica, Freud proponía una teoría distinta, poniendo de relieve consideraciones estructurales y proponiendo una etiología distinta. “La principal preocupación de Freud consiste en hacer resaltar el concepto de defensa y descubrir sus diversas modalidades que intervienen en las distintas afecciones” (Laplanche & Pontalis, 1994, p. 322).

Freud aborda la idea de defensa, tomada de sus análisis en la neurosis, para dar una primera explicación sobre el funcionamiento propio de la psicosis, como lo comentan Laplanche y Pontalis (1994): “En los primeros trabajos Freud intenta poner de manifiesto la intervención, basándose en el ejemplo de ciertas psicosis, del conflicto defensivo contra la sexualidad, cuya función acaba de descubrir en el síntoma neurótico” (p. 323). El concepto de defensa en Freud se trata de la forma en que el Yo rechaza o evita situaciones displacenteras o peligrosas. “Se llama defensa a la reacción del Yo a ciertos estímulos interiores que percibe como peligrosos” (Evans, 2008, p. 63). Dentro de la neurosis, la defensa primordial que opera en ella es la represión.

Pero Freud (1884/2012), en su obra titulada “La neuropsicosis de defensa” encuentra que:

Hay aún otra forma de la defensa mucho más enérgica y eficaz, consistente en que el Yo rechaza la representación intolerable conjuntamente con su afecto y se conduce como si la representación intolerable no hubiese llegado jamás a él. En el momento en que esto queda conseguido sucumbe el sujeto a una psicosis que hemos de calificar de locura alucinatoria (p. 175).

En esta obra Freud (1884/2012) busca una forma de explicar la génesis y los procesos psíquicos presentes en la histeria a través de diversos casos de fobias y obsesiones, pero es también un momento en que comienza a vislumbrar una forma de defensa distinta que provoca estos estados de locura alucinatoria, y que tiene que ver con una especie de supresión o rechazo total del evento o representación intolerable.

Durante la continuación de sus análisis e investigación, Freud tuvo pocas ocasiones de tratar directamente con pacientes psicóticos, debido principalmente a su interés inicial por la neurosis, pero esto no lo detuvo para acercarse a tratar de aportar e investigar al respecto. Muestra de ello es su obra titulada “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) autobiográficamente descrito (Caso “Schreber”)” (Freud, 1910/2012, p. 1487). Esta obra trata sobre el análisis realizado por él a la autobiografía del Dr. en Derecho Daniel Paul Schreber titulada “Memorias de un enfermo neurótico”, libro en el que narra de manera detallada su paso por una psicosis paranoica.

Freud (1910/2012) presenta en este trabajo, de manera inédita, un análisis detallado y meticuloso sobre los posibles mecanismos de la psicosis, en este caso paranoica. En el apartado que dedica al mecanismo paranoico comenta: “Diríamos que el carácter paranoico está en que la reacción del sujeto como defensa contra una fantasía optativa homosexual haya consistido precisamente en un tal delirio persecutorio” (p. 1516). Dentro del análisis que lleva a cabo, presenta como hipótesis que la psicosis paranoica tiene como origen una defensa contra la homosexualidad, o más bien, contra el deseo homosexual incontrolable e insoportable.

Más adelante, en referencia al momento en que ocurre la crisis psicótica, o el momento de la aparición de la defensa, menciona que existe en la vivencia del psicótico una sensación o experiencia de fin del mundo y explica que

No es raro hallar en otros historiales clínicos análogos el fin del mundo ocurrido durante el estadio tormentoso de la paranoia. El enfermo ha retraído de las personas que le rodean y del mundo exterior en general la carga de libido que hasta entonces había orientado hacia ellos. El fin del mundo es la proyección de esta catástrofe interior; su mundo subjetivo se ha hundido desde que él le ha retirado su amor (Freud, 1910/2012, p. 1522).

La defensa contra la homosexualidad que sucumbe en un estado paranoico, se experimenta, siguiendo a Freud, junto con una experiencia de fin del mundo, en donde el sujeto retrae la libido del mundo exterior y de las personas a su alrededor. La libido, de

acuerdo a Freud, es la energía que impulsa al ser humano hacia lo que le importa, es lo que permite que el mundo tenga cierta forma, particular a cada quien, siendo una fuente de energía inacabable, “que puede aumentar, decrecer y ser desplazada” (Evans, 2008, p. 120), la libido es propia del ser humano, no es medible ni observable, y se encuentra en cada parte de nuestro cuerpo y en cada aspecto del ser humano. Por lo tanto, ese fin del mundo es la crisis interna del psicótico en el punto en que su mundo subjetivo, su realidad pierde sentido, esa libido dirigida hacia él se retrae, dejando a ese mundo, a esa realidad quebrada. Es un derrumbe interno de la realidad propia del psicótico.

Este fin del mundo, esa realidad, es reconstruido de alguna forma, o más bien, el psicótico trata de crear un nuevo mundo o una realidad nueva y “lo reconstruye con la labor de su delirio. El delirio, en el cual vemos el producto de la enfermedad, es en realidad la tentativa de curación, la reconstrucción” (Freud, 1910/2012, p. 1522). De esta forma, Freud acerca la posibilidad de entender y analizar al delirio como una forma, propia de la psicosis, de reconstruir ese mundo derrumbado, una forma en que intenta curarse.

Más adelante, explica que este proceso de curación tiene una particularidad con respecto a la represión, ya que define que la retraída de la libido se efectúa como un proceso semejante a ésta, y que después, en el intento de curación a través del delirio, se efectúa un proceso semejante a la proyección de eso reprimido, como si desde el interior intentara rehacer ese mundo, pero aclara que en realidad no se puede entender ese proceso de ésta forma, pues menciona que “no era, por lo tanto, exacto decir que la sensación interiormente reprimida es proyectada al exterior, pues ahora vemos más bien que lo interiormente reprimido retorna desde lo exterior” (Freud, 1910/2012, p. 1523). ¿Qué intenta mostrar con esta aclaración?

Que de alguna forma, cuando el psicótico retrae la libido, el interés y el sentido del mundo exterior, se trata de un momento en que hay algo que ya de antemano rechazo dentro de sí mismo, en su subjetividad y que el delirio aparece en un intento de curación en donde eso que se encuentra reprimido dentro de sí mismo, aparece desde el exterior, como si eso exterior le impusiera una forma de reconstruir ese fin de mundo experimentado. El delirio, como reconstrucción de su realidad, de su subjetividad, no se da en función de intentar colocar, de adentro hacia afuera, la libido retraída dando nuevamente sentido a su mundo subjetivo, sino que más bien parece que algo falta en ese mundo interno que regresa desde afuera tratando de organizarlo en forma de delirio.

Estas aportaciones se volvieron fundamentales para la comprensión de la psicosis, una comprensión que iba más allá de una clasificación o de un intento de hablar pura y exclusivamente de síntomas, sino que muestra el claro intento de Freud (1910/2012) por encontrar un porqué y un cómo de la psicosis, un intento de encontrarla como estructura. Incluso, en este mismo trabajo sobre el caso de Schreber comenta lo siguiente:

A mi juicio, Kraepelin obró acertadamente al fundir en una nueva unidad clínica, con la catatonía y otras formas, mucho de lo que antes se situaba bajo la rúbrica de la paranoia. Lo único que me parece inhábil es el nombre de demencia precoz dado a tal nueva unidad. También contra la denominación de esquizofrenia dada por Bleuler al mismo ciclo de formas puede objetarse que sólo olvidando el sentido literal de dicha palabra puede parecer adecuada a tal empleo. El prejuzgar demasiado utilizar como denominación de un carácter teóricamente

postulado que ni siquiera es exclusivo de la afección denominada ni puede ser considerado, desde otros puntos de vista, como el más importante. Pero, después de todo, la denominación que se dé a un cuadro clínico no es cosa esencial (Freud, 1910/2012, p. 1525).

Para Freud, el uso de denominaciones de cuadro clínicos le parece efectivo siempre y cuando sirva solamente para diferenciar un cuadro de otro, más no para usarlos de manera deliberada cuando su propio nombre no emplea todo el sentido profundo que ese cuadro expresa, además de considerarlos inesenciales en función de la importancia de la comprensión del caso. Las denominaciones, desde su punto de vista, pueden llegar a ser inexactas, desde la palabra que se asigne para nombrarlas. De esta forma, el análisis y la investigación sobre la psicosis no parten de estos nombres o clasificaciones.

Continuando con su investigación, en su trabajo titulado “Historia de una neurosis infantil (Caso del Hombre de los lobos)” (Freud, 1914-1918/2012), presenta una serie de aportaciones sobre el concepto de castración. En el caso que presenta, el paciente que se encuentra en análisis muestra síntomas complejos y difíciles de interpretar para Freud y él mismo acepta que estas dificultades traen consigo nuevas aportaciones a su investigación y a sus teorías. Es un caso que presenta, en distintos momentos de su vida, varios síntomas que van desde la histeria hasta la obsesión. También, Freud (1914-1918/2012) destaca una particularidad del caso ya que comenta:

La posición inicial de nuestro paciente ante el problema de la castración nos es ya conocida. La rechazó y al decir que la

rechazó nos referimos a que no quiso saber nada de ella en el sentido de la represión. Tal actitud no suponía juicio alguno sobre su existencia, pero equivalía a hacerla inexistente (p. 1987).

¿Por qué destaca este apartado? Porque representa una forma de hablar de la castración en un sentido distinto a como lo había planteado en trabajos anteriores, en donde hablaba de este complejo como lo que asumían tanto niño como niña en el término del complejo de Edipo, pues en este caso la denota como algo que en el paciente se haya inexistente en la represión, pues, como se explicó en apartados anteriores, la castración hace inconsciente la experiencia Edípica, la reprime, dejando sólo remanentes o sustitutos. Pero al decir que en este paciente la castración se encuentra inexistente en el sentido de la represión, hace suponer que la castración se presentará de otra forma.

En esta misma presentación, muestra el momento en que el paciente relata una vivencia infantil en donde experimenta una alucinación. Esta alucinación se da en una ocasión en que estando con su niñera en el jardín y al estar jugando con una navaja en la corteza de un árbol, de pronto observó que se había cortado el dedo meñique de la mano (no especifica si derecha o izquierda) pero de tal forma que sólo se sostenía por la piel, como si hubiera sido cortado por dentro. El paciente le comenta a Freud que al evidenciar esto, no pudo decir nada a su niñera, se quedó sentado e inmóvil sin poder mirar su dedo, hasta que pudo tranquilizarse.

Ante este hecho, Freud (1914-1918/2012) expresa lo siguiente: “Podemos, pues, suponer que la alucinación expuesta se desarrolló en el periodo en que el sujeto se decidió a

reconocer la realidad de la castración, constituyendo quizá la exteriorización de aquel paso decisivo” (p. 1988). De esta forma, Freud intenta mostrar que si en este paciente, la castración se encontraba inexistente en la represión, de pronto aparece en una experiencia alucinatoria, como si la aceptación de la misma se efectuara en la mutilación de una parte del cuerpo del sujeto, en este caso su dedo. Esto se contrasta con el hecho de que la castración, como ya se vio, es una experiencia simbólica, un corte en la relación inmediata con la madre, es una experiencia íntima del sujeto. Pero para el paciente se manifestaba físicamente, en forma de alucinación, desde afuera. Esto resulta muy importante, pues aunque analiza el caso a modo de explicar y definir cada vez con más precisión la neurosis infantil a través de lo que el adulto habla en el momento de su análisis, muestra aquí que hay una serie de condiciones que difieren de lo comúnmente observado en los casos de neurosis, ya que el Hombre de los lobos resulta para él un caso ambiguo, con cierto tinte psicótico, por el hecho de la alucinación.

No obstante, Freud sostiene que lo que determina a la paranoia sigue siendo una defensa ante la homosexualidad, como lo hace notar en su trabajo “Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica” (Freud, 1915/2012) al decir que “en los estudios psicoanalíticos se había afirmado que el paranoico luchaba contra una intensificación de sus tendencias homosexuales, lo cual indicaba en el fondo una elección narcisista de objeto” (p. 2011). Y en sus “Lecciones introductorias al Psicoanálisis” (Freud 1915-1917/2012) en la lección sobre “La teoría de la libido y el narcisismo” explica lo siguiente:

La elección homosexual de objeto se halla originariamente más próxima al narcisismo que la elección heterosexual, circunstancia que facilita en gran manera el retorno al

narcisismo cuando el sujeto se ve en el caso de rechazar una violenta tendencia homosexual indeseada (p. 2388).

Con estas notas, Freud intenta asentar la explicación de la paranoia a través de la defensa ante la homosexualidad indicando que esta tendencia se debe a un retorno al narcisismo primario, es decir, a la fascinación y el amor que se tiene en un primer momento de la estructuración del sujeto hacia su propia imagen, a la imagen que tiene de sí mismo. Esto corresponde a lo que ya explicaba Freud sobre el caso de Schreber cuando hablaba sobre la retracción o retirada de la libido del mundo exterior.

Años más tarde, en su obra “Esquema del psicoanálisis” (Freud, 1923-1924/2012) en los apartados sobre “Neurosis y Psicosis” y “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis” habla sobre la realidad y la manera en que se haya “alterada” en ambos casos. Este trabajo se basa en su segunda tópica o estructura psíquica, la cual divide en tres instancias, el Ello, el Yo y el Superyó. Esta estructura parte de la reconceptualización del primer modelo que ofrece del aparato psíquico, que dividía en Consciente, Preconsciente e Inconsciente. En esta nueva estructura, designa “el nombre de yo al ente que emana del sistema Preconsciente y el de Ello, según lo hace Groddeck, a lo psíquico restante -inconsciente-, en lo que dicho Yo se continúa” (Freud, 1923/2012, p. 2707).

En su obra titulada El Yo y el Ello (Freud, 1923/2012) habla sobre la forma en que se relacionan estas tres instancias, resaltando el papel del Yo como mediador entre las exigencias correspondientes del Superyó y las correspondientes al Ello. Explica que el Yo no es más que una extensión deformada del Ello, deformada por esas exigencias externas.

Volviendo a los trabajos sobre neurosis y psicosis y la pérdida de la realidad, Freud (1923-1934/2012) intenta afinar la diferencia existente entre la neurosis y la psicosis y lo hace proponiendo lo siguiente: “la neurosis sería el resultado de un conflicto entre el yo y su Ello, y, en cambio, la psicosis, el desenlace análogo de tal perturbación de las relaciones entre el yo y el mundo exterior” (p. 2742). De acuerdo con Freud (1923/2012), en el Ello residen las pulsiones y los deseos inconscientes, además de ser el aspecto primitivo del ser humano, como una especie de núcleo regido por esos deseos, una célula primaria que es tanto nuestros remanentes biológicos como la consecuencia de nuestras primeras experiencias, primordialmente el complejo de Edipo, haciendo de ese Ello lo que nos determina, lo que nos empuja sin que sepamos y en donde reside lo que nos caracteriza de manera particular y como seres humano. Desnaturalización, deseos y pulsiones.

El Yo trata de defenderse de estos deseos, de estos impulsos inconscientes provenientes del Ello, reprimiéndolos y deformándolos. Por lo tanto, según la explicación anterior sobre lo que diferencia a la psicosis de la neurosis, la segunda sería el resultado de este conflicto, de este intento del Yo por mantener reprimido a los deseos del Ello, mientras que la psicosis sería el resultado del conflicto entre el Yo y el mundo exterior, de manera análoga con las del Ello, pero en este caso se trata de las exigencias y mandatos del mundo exterior.

Más adelante Freud (1923-1924/2012) explica la forma en que este mundo exterior influye o domina al Yo:

Normalmente el mundo exterior domina al yo por dos caminos.

En primer lugar, mediante las percepciones actuales

continuamente posibles, y en segundo lugar, con el acervo mnémico de percepciones anteriores que constituyen, como mundo interior, un patrimonio y un elemento del yo (p. 2743).

Utilizando esta idea, continua mostrando la forma en que estos dos mundos (interior y exterior) quedan perturbados en la psicosis:

En la amencia no sólo queda excluida la acogida de nuevas percepciones, sino también sustraída al mundo interior su significación (carga). El yo se procura independientemente un nuevo mundo exterior e interior y surgen dos hechos indubitables: que este nuevo mundo es construido de acuerdo con las tendencias optativas del Ello y que la causa de esta disociación del mundo exterior es una privación impuesta por la realidad y considerada intolerable (Freud, 1923-1934/2012, p. 2743).

Lo que muestra con esto es que en la psicosis no solo queda excluida la posibilidad de adquirir nuevas percepciones o experiencias del mundo exterior, sino que las que se encontraban ya incluidas en el yo conformando ese mundo interior, pierden su significado y es entonces que el yo intenta armarse un nuevo mundo interior y exterior, pero esta creación dependerá totalmente del Ello y de la imposición que le implica la realidad a crear estos mundos. Aquí es importante especificar otras características que menciona Freud sobre el Ello y es que en él no existe el tiempo como lo conocemos, no atiende al tiempo, los opuestos “conviven” entre sí, como lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, etc. por lo que el Ello no

tiene una organización definida ni coherente.

Siguiendo estos puntos, Freud aborda la cuestión de la realidad y comenta que “en la neurosis se evita, como huyendo de él, un trozo de la realidad, que en la psicosis es elaborado y transformado. La neurosis no niega la realidad; se limita a no querer saber nada de ella. La psicosis la niega e intenta transformarla” (Freud, 1923-1924/2012, p. 2746). Pero él mismo considera que esta diferencia no es del todo radical, pues “en la psicosis, el trozo de la realidad rechazado trata probablemente de imponerse de continuo a la vida anímica, como en la neurosis el instinto reprimido, por esta razón surgen en ambos casos las mismas consecuencias” (Freud, 1923-1924/2012, p. 2747).

Con este comentario, Freud (1924/2012) parece indicar que aunque existe una forma diferente de lidiar con la realidad entre la neurosis y la psicosis, en ambos casos esa parte de la realidad rechazada continua intentando hacerse presente en la vida del sujeto, que para el caso de la neurosis se trata del instinto reprimido. Incluso, considera que “la precisa diferencia entre la neurosis y la psicosis queda mitigada por el hecho de que tampoco en la neurosis faltan las tentativas de sustituir la realidad indeseada por otra más conforme a los deseos del sujeto” (Freud, 2012, p. 2747). Y concluye este trabajo diciendo: “Resulta, pues, que en ambas afecciones, la neurosis y la psicosis, se desarrolla no solo una pérdida de realidad, sino también una sustitución de realidad” (Freud, 1923-1924/2012, p. 2747).

De esta forma, Freud (1923-1924/2012) deja asentado que la pérdida de la realidad y su sustitución se encuentran presentes tanto en la neurosis como en la psicosis, por lo que no se pueden diferenciar a ambas utilizando estas dos condiciones. Freud continuó con sus investigaciones y sus trabajos, y aunque existen muchas más obras en donde puede haber

algún indicio sobre el mecanismo propio de la psicosis, es en las que hasta este momento se ha citado en donde aparece de manera más clara y precisa su conceptualización y su formulación de un entendimiento analítico de la psicosis. Es claro, como en toda su obra, que rectificó y replanteo sus ideas conforme iba avanzando en su investigación con los casos que analizaba, y en el caso de la psicosis se puede decir que dejó las bases, aun no tan sólidas, para poder hacer una teoría propiamente psicoanalítica de la psicosis.

Estas bases indican que existe una forma de defensa más radical que la represión y provoca lo que llamó una locura alucinatoria, que en el caso de la castración, puede estar inexistente en la represión y aparecer desde el mundo exterior como una alucinación, que puede existir en la psicosis algo que es rechazado en el mundo interior, subjetivo, y que después regresa desde el exterior, que el delirio es una tentativa de curación, de rearmar la realidad que ha perdido su significado, ya que esa realidad, que depende de la subjetividad propia del sujeto, ha perdido cohesión, se ha derrumbado en un fin del mundo; además, que la paranoia responde a una defensa radical a las tendencias y deseos homosexuales en el sentido del regreso al narcisismo primario y que aunque existe una pérdida de la realidad y una sustitución de ésta en la psicosis, no se puede tomar como criterio diferencial de la neurosis pues también en ella hay una pérdida y sustitución de la realidad.

Las posibilidades de estas consideraciones hechas por Freud, que quedaron abiertas y que él mismo no condensó en una forma del todo específica de entender analíticamente a la psicosis, fueron recogidas por Jaques Lacan (en Evans, 2008) en su movimiento llamado “Retorno a Freud”, dando pie a una relectura detallada y rigurosa de las obras de Freud extrayendo de ellas “una lógica más profunda, una lógica que las hace coherentes a pesar de las aparentes contradicciones” (Evans, 2008, p. 99). Hablando específicamente de la cuestión

de la psicosis, él encuentra en todas estas referencias, en todas estas “pistas” la mecánica propia y estructural de la psicosis la cual llama Forclusión.

¿Qué propone Lacan con este concepto y de dónde proviene? En primer lugar, propone a la forclusión como la defensa o el mecanismo propio de la psicosis diferenciándolo por completo de la represión, que define a la neurosis y a la renegación que define a la perversión. En segundo, este concepto proviene de la lectura hecha por Lacan (en Leader & Groves, 2008) a las postulaciones freudianas sobre la psicosis. Del caso del Hombre de los lobos, extrae la palabra *Verwerfung* utilizada por Freud (1914-1918/2012) cuando habla de la forma en que resulta inexistente la castración para este paciente. Esa palabra alemana, Lacan la traduce de distintos modos, como “*reject* (rechazo, desestimación), *refus* (rechazo, repulsa) y *retranchement* (suspensión)” (Evans, 2008, p. 97). Pero en 1956 propone la traducción de forclusión como la que mejor se asemeja a la palabra *Verwerfung* (Evans, 2008).

Considera que, haciendo referencia a lo que propone Freud sobre una forma de defensa más radical que la represión en donde el Yo rechaza la representación que le es peligrosa al punto de dejarla como si nunca hubiera llegado a él, y también a lo que habla sobre el rechazo a la castración en el Hombre de los lobos, lo que es forcluido, rechazado por completo en el caso de la psicosis es algo que tiene que ver con la castración y especificando aún más este análisis, propone que lo que es forcluido es en sí el significante del Nombre del Padre; “a fines de 1957, propone que el objeto de la forclusión es el Nombre del Padre (un significante fundamental)” (Evans, 2008, p. 97).

La presencia del padre en la relación Edípica, no es meramente la presencia del padre biológico, sino la presencia del padre simbólico, en referencia a una función, que regula la relación madre-hijo, que ejerce la castración y que por lo tanto se trata de una castración simbólica, una forma de separar o de cortar la relación imaginaria inmediata, un contacto directo e íntimo entre la madre y su hijo, de tal forma que compromete al niño a colocarse en un lugar simbólico, con su nombre, con un deseo propio, ya que ésta castración implica dejar algo de sí mismo, de su cuerpo real, de esa relación con su madre, dejando en él una falta que no se llena nunca, ya que la madre, al ser todo en el niño, al ser todo goce, al estar sometido a los deseos de ella, cuando la pierde y ambos son separados, le deja el cuestionamiento de intentar ser alguien en ese universo simbólico, de intentar recuperar algo de esa vivencia.

Es así como se presenta el padre, como un nombre, como un significante, como un representante del mundo simbólico que le dice al niño No, no puedes tenerlo todo, que está presente en las palabras y los actos de la madre que reflejan esta condición.

Pero en el caso de la psicosis, este nombre del padre, esta función simbólica que ejerce la castración, se encuentra forcluida, rechazada, repudiada. “El Nombre del Padre esta meramente ausente del universo psíquico del psicótico. Literalmente no existe en él” (Leader & Groves, 2008, p. 106). Otro aspecto importante que hay que recordar es que el nombre del padre, como significante y como ancla del mundo simbólico, no hace referencia a una palabra en particular o a un símbolo específico, sino que se trata de una función (castrante), entonces, no puede ser visto o encontrado en el mundo exterior, sino que entra en el psiquismo particular de cada sujeto, cada uno lo capta de diferente forma, pero siempre bajo la misma función.

Por lo tanto, si en la psicosis ocurre su forclusión, se trata de su inexistencia en el universo psíquico y simbólico del sujeto, fue rechazado, está ausente. De esta forma, se entiende de mejor manera que la forclusión del nombre del padre no es equiparable a un rechazo de alguna ley social o forma de convivencia social o algo referente a la cultura, se trata de un elemento subjetivo, de un rechazo a ese compromiso con el mundo simbólico primordial, para perder algo de sí mismo, de tener un lugar simbólico, ya que esa es la función y lo que caracteriza al lenguaje, a lo simbólico y al nombre del padre.

Por lo tanto, “cuando el nombre del padre está forcluido para un sujeto particular, deja un agujero en el orden simbólico; se puede entonces decir que el sujeto tiene una estructura psicótica” (Evans, 2008, p. 97). Además de este hueco en el orden simbólico (del psiquismo del sujeto), la forclusión trae consigo un consecuencia lógica (no de hechos reales), y es que el sujeto que forcluye de su universo psíquico al nombre del padre dejando un hueco en su universo simbólico, también rechaza a la castración. Esta idea parte de la referencia a la *Verwerfung* que habla Freud en el caso del Hombre de los lobos, al mencionar que rechazó la castración, dejándola inexistente en el sentido de la represión. Cuando viene el momento de la castración al término del complejo de Edipo, todo lo ocurrido en él queda reprimido, incluyendo a la misma castración, pues por sí misma resulta un evento traumático en palabras de Freud, dejando esa falta primordial en el sujeto que lo hace desear, deseo que también se reprime en el inconsciente.

Para que tenga efecto esta represión, tiene que asumirse la castración, tiene que aceptarse la ley paterna. Pero en el momento en que el padre está forcluido, rechazando la castración, no tiene lugar la represión; “Lacan considera que la represión no ha tenido lugar en el esquizofrénico” (Maleval, 2002, p. 48). La represión no ocurre en la psicosis. ¿Por qué

resulta tan importante esta función paterna? Porque “los anudamientos instaurados por la función paterna le indicarán al sujeto el camino a seguir en la existencia” (Maleval, 2002, p. 57); el padre indica el lugar que tiene que asumir el sujeto, ya que al asimilarlo en su psiquismo, a su vez es extraído de la relación con la madre para adentrarse en el simbolismo del cual depende, al cual es “llamado”, adentrado, como si se embonara una pieza de rompecabezas, en donde se coteja la forma simbólica del psiquismo del sujeto (pieza de rompecabezas) con el resto (el rompecabezas armado). Siguiendo este ejemplo sencillo, se diría que el padre le da la forma a la pieza (sujeto) para poder embonar con el resto.

Al no ocurrir o no haber una castración en la psicosis y no reprimir el deseo de la madre y hacer surgir el deseo propio del sujeto, la psicosis se presentan como una estructura no dividida: “Si ya no es un sujeto dividido, está loco” (Lacan, 1981/1999, p. 439). Si no está dividido, el psicótico no se separa de la madre, por lo tanto, no ocurre esa perfilación que otorga la función del padre, su universo subjetivo y simbólico no encaja con el mundo del lenguaje que esta fuera y a la vez dentro de él.

Con la metáfora utilizada anteriormente, imaginemos que la madre y el niño son el cartón del cual se va a sacar la pieza de rompecabezas, ese cartón no tiene ninguna forma específica, no encaja con el resto del rompecabezas porque no coincide. Si no se corta la pieza definida, no se puede integrar al resto, aunque se dibuje la pieza en ese cartón. Por lo tanto, ni se separará la pieza que va a dar continuidad al rompecabezas, ni deja al cartón como un resto, con el hueco de la pieza extraída, por lo tanto, si se quiere hacer entrar a esa pieza en su lugar, no podrá hacerlo, se deformará o tomará una forma mal hecha.

Esto no quiere decir que el psicótico no tenga entrada en el lenguaje, pues “el psicótico habla, se adscribe al lenguaje, es sujeto del lenguaje, pero de un modo muy particular a partir de la ausencia de lo que se denominó en un momento Nombre del Padre” (Peskin, 2003, p. 91). Nuestras palabras y nuestros actos, lo que decimos y lo que no decimos, nuestra forma de vivir, etc., de acuerdo con Lacan, se sostienen del Otro, ese lugar simbólico del que se toman los significantes que se enlazan en nuestro hablar, que conforma nuestro universo simbólico, ya que nuestras palabras no nos pertenecen por completo pues “la palabra dicha tampoco pertenece a quien la pronuncia, es en el Otro donde está la matriz que las genera; van hacia el Otro, que las tomará, las ligará y le asignará el lugar que la ha de refrendar como pertinente o impertinente” (Braunstein, 2005, p. 7-8).

Si el Nombre del Padre insta una ley simbólica, una ley de castración y de separación, para que el sujeto se coloque en un lugar simbólico, se nombre, el padre es entonces el que permite que eso simbólico tenga coherencia, es el significante que permite que los demás se encadenen, que eso simbólico en donde el sujeto se posiciona tenga sentido.

Pensémoslo en un ejemplo sencillo; imaginemos una conjunto de eslabones que van a formar una cadena, están todos sueltos, pero no sabemos cómo eslabonarlos o cual es primero y cuáles son los que siguen, los tenemos todos revueltos, podemos hacer varias combinaciones, muchos intentos de hacer la cadena y de que tome forma. Entonces alguien llega y nos ofrece un eslabón diferente, ya que es el eslabón que tiene el patrón que necesitamos para formar la cadena. Pero para formarla tenemos que empotrarla en el suelo, pero no en el que estamos sino en el que nos ofrece esa otra persona, ya que también nos va a dar más eslabones para que la cadena se haga más grande, pero manteniendo el patrón, pues en ese lugar hay otras cadenas ya formadas que nos indicaran como tiene que ir. Nos

movemos de nuestro lugar cómodo, tomamos el pivote, lo encajamos haciendo un hoyo en el suelo, y comenzamos a darle forma a la cadena gracias a ese primer eslabón. Pero para ir a ese lugar, tenemos que dejar nuestra comodidad, tenemos que levantarnos, probablemente tengamos que dejar algo que queríamos muchísimo, algo de lo que no queríamos separarnos. Pero en el momento en que vamos a ese lugar a armar nuestra cadena en concordancia con las demás, vemos que hay otras personas que también están haciendo la suya y que todas tuvieron que dejar algo.

En este ejemplo, el Nombre del padre sería el eslabón que faltaba para darle coherencia al resto de la cadena, en donde cada eslabón sería como el significante o los significantes que la componen, que en realidad no son nuestros pues vienen de Otro y otros los comparten. Esa persona que nos da el eslabón inicial sería como el Otro junto con el lugar al que tenemos que cambiarnos para poder hacer la cadena, en donde ya hay establecido un patrón, una coherencia y otras personas también tienen sus cadenas. Esas cadenas armadas serían como nuestro discurso, nuestras palabras, pero como cada persona la adorna de forma diferente, a cada quien le queda empotrada de diferente forma en función de lo que tuvo que dejar al momento de trasladarse, eso vendría siendo lo que caracteriza el discurso de cada quien, lo que los diferencia unos de otros, como nuestro deseo.

Con este simple ejemplo, vemos que el Nombre del Padre es el que eslabona y cambia de lugar al sujeto, donde la forma de su cadena, de su discurso, depende del patrón que le indique para formarlo y de la forma en que otros también lo hacen. Siguiendo ese ejemplo, si queremos acercarnos a otras persona para compartirles nuestra cadena y compartir o intercambiar algún eslabón o características de nuestra cadena, tendrá que haber un convenio para hacerlo, tendremos que comparar nuestra cadena con la que tiene, pediremos más

eslabones para aumentarla de tamaño, modificarla en algún punto, etc. Pero todo lo que hagamos tendrá que ser coherente con el patrón inicial establecido por el primer eslabón. Así funciona el Nombre del Padre, así nos colocamos en el Otro, ya que todo lo que decimos parte de él, se regresa hacia él y tiene sentido y coherencia en él.

Entonces, ¿qué ocurre con la psicosis y cuál es la particularidad que tiene su inserción en el lenguaje? Estando forcluido el Nombre del Padre, dejando un hueco en lo simbólico, el sujeto no tiene ese eslabón inicial que puede darle coherencia y orden a su cadena, por lo que no se mueve de ese lugar en donde tenía su comodidad, no se preocupaba de nada, pero en donde su cadena no tiene forma, tiene todos los eslabones sueltos. Es entonces que intentará, sin referencia, sin coordenadas específicas, ordenar una posible cadena.

La manera en que la psicosis intentará eslabonarse, darle coherencia a ese hueco en su universo simbólico, es a través del delirio y la alucinación. “Más concretamente, las consecuencias que acarrea en un sujeto la forclusión del Nombre del Padre se miden, desde la enseñanza de Lacan, en las alucinaciones y los delirios” (Foulkes, 1993, p. 9). Volviendo al ejemplo, pensemos en ese caso de la persona que no acepta el eslabón guía. En lugar de eslabonar su cadena de acuerdo a lo establecido en ese otro lugar al que debería trasladarse para poder sobre cómo hacerlo, la armara de una forma que más o menos crea conveniente, una que más o menos se sostiene. Entonces se trasladará a ese lugar, con su cadena más o menos armada, unida simplemente por la presión que ejerce un eslabón con otro. Llegará y se colocará en donde cree que le corresponde colocarla, pero al momento de intentar colocar el pivote y anclar ahí su cadena, se dará cuenta de que no tiene el eslabón guía, verá las de los demás, no sabrá que hacer, entrará en angustia y empezará a intentar hacer ese eslabón de donde sea, con la tierra, con las rocas, incluso pensara en colocar su mano, su pie, alguna

parte de su cuerpo.

El delirio es este intento de llenar ese hueco simbólico, es la forma en que el psicótico tratará de hacer coherente su universo simbólico. Al entrar al mundo simbólico, lo hace sosteniéndose de un simbolismo que no es consistente, hace falta ese referente, el Nombre del Padre. No encajará con lo establecido por el lenguaje, no sabrá que es tener esa falta, como los demás sujetos. Verá ese universo simbólico totalmente extraño, incoherente, aterrador. Por lo tanto “el delirio es el intento de llenar ese agujero que ha dejado en el universo simbólico la ausencia de este significante primordial” (Evans, 2008, p. 63), es decir, el agujero dejado por la forclusión del Nombre del Padre. Así lo plantea Freud en el caso de Schreber cuando habla de que el delirio no es la enfermedad en sí, sino que es la forma en que el paranoico intenta curarse.

La aparición del delirio se relaciona directamente con el momento del desencadenamiento de la psicosis, ya que “en el desencadenamiento de una crisis parece existir siempre en el sujeto psicótico una orden de referirse a un anclaje paterno; lo cual precisamente le es imposible dado que tal anclaje no ha sido simbolizado por él” (Dor, 2009, p. 36); “el catalizador (del desencadenamiento) es una situación que evoca para el sujeto la idea de la paternidad” (Leader & Groves, 2008, p. 108). La presencia de la paternidad, puede ser el tener un hijo y convertirse en padre, tener un puesto nuevo de trabajo, o tener “un cambio del estatus simbólico que el sujeto tiene en el mundo” (Leader & Groves, 2008, p. 108), ¿Por qué ocurre el desencadenamiento? Primordialmente “porque para Lacan el significante produce el significado. Por lo tanto la ausencia de ese significante implica la ausencia de significado” (Leader & Groves, 2008, p. 109).

El Nombre del Padre, como significante, establece el significado que tiene el mundo simbólico, en correspondencia con el sentido que le da el sujeto por la presencia de su deseo, que conforma la realidad. El primer significado que establece es el del deseo materno, al sustituirlo, al separarlo del hijo, y el significarlo quiere decir que el sujeto sólo sabrá de ese deseo materno en forma de sustituto, con el objeto de su deseo particular. Pero en el psicótico no ocurre de esta forma, no se separa de la madre, no significa el deseo de ella, no es sustituido por el significado del mundo simbólico y es por lo tanto que el psicótico, en el momento que aparece el padre desde afuera, desde el mundo real, no sabe qué hacer con eso, no encuentra significado, es entonces que ocurre el desencadenamiento, porque esta evocación o presencia del padre es también la forma en que se le hace presente la castración, pero no de manera simbólica, sino, como en el caso del Hombre de los lobos, analizado por Freud, como una amenaza de desmembramiento del cuerpo, como una castración real, una mutilación. “El delirio psicótico trata de brindar precisamente ese significado faltante para cerrar la brecha abierta por la ausencia del Nombre del Padre.” (Leader % Groves, 2008, p. 109).

Entonces, si el delirio es la forma en que el psicótico trata de cerrar la brecha en su universo simbólico y la manera en que responde a la presencia del padre desde afuera, no puede ser considerado una percepción errónea ya que “el objeto de la percepción no solo no se confunde con el objeto de la alucinación en quien alucina, sino que ambos fenómenos: percepción y alucinación, transcurren en tiempos diferentes” (Foulkes, 1993, p. 166). Esto quiere decir que la percepción es una cosa y la alucinación es otra, no se corresponden como fenómenos semejantes, incluso “habría que decir que se trata de topologías diferentes en un caso y en el otro” (Foulkes, 1993, p. 166) y como topologías diferentes se trata de dos cosas

estructuralmente diferentes, de dos fenómenos que ocurren en un tiempo y espacio diferentes.

El delirio tampoco es una creencia o una intuición,

El delirio psicótico no es el delirio común: las certezas delirantes se distinguen de las creencias yoicas, no necesariamente por su contenido, sino siempre por su estructura. El delirio se define como un montaje del lenguaje, construido sobre un vacío, que no tiene correlato en la realidad y al que no le corresponde nada de la intuición (Maleval, 2002, p. 143).

Podemos tener creencias de muchas cosas, como en la vida después de la muerte, los ovnis, el zodiaco, etc., pero todas ellas se sustentan en el código cultural en el que estamos inmersos, en cambio, los delirios en la psicosis no son creencias o intuiciones, el delirio y la alucinación es un intento de hacer “un neocódigo que se presenta como proveniente del Otro” (Lacan, 1984/1999, p. 210), una forma de armar su realidad, de darle coherencia, en un código que asemeje al código común, de la lengua materna y de la cultura (del Otro). “Es así como aparece la realidad psicótica, con signos fijos inmodificables, sean alucinaciones visuales, sonoras” (Peskin, 2003, p. 110).

El delirio y la alucinación se configuran como una nueva realidad, una realidad suturada, en donde el psicótico “tratará de construir un orden que le brindará lo que Freud llamó “otra realidad”, la realidad psicótica. La restitución psicótica busca rehacer el orden del universo del sujeto” (Peskin, 2003, p. 111). Con esto se comprende que el delirio y la alucinación no son síntomas de una enfermedad, ni tampoco falsas percepciones, sino la

manera en que el psicótico trata de configurar su realidad, de llenar el hueco dejado en su mundo simbólico por la forclusión, como una manera de hacer frente a la ausencia de castración ya que “después de todo, el delirio viene a dar sentido al mundo” (Leader & Groves, 2008, p. 109).

Aquí es necesario hacer un apartado sobre las conclusiones sobre la psicosis, que resultan de lo visto hasta el momento, sobre todo para dejar en claro su comprensión y poder así vincularlo con el siguiente capítulo, además de permitir un espacio para poder sintetizar la densidad que se generó con todos los conceptos y los puntos relevantes que conformaron este capítulo.

#### **d. Conclusiones sobre psicosis**

La forma de concluir este capítulo es especificando de manera clara y explícita lo que es la psicosis, regresando con ello a lo que había quedado pendiente en el tema sobre las estructuras clínicas. La psicosis es una estructura y como tal, es uno de los efectos posibles del complejo de Edipo. Los otros dos efectos o estructuras que pueden resultar son la neurosis y la perversión. Como estructura relacionada con el complejo de Edipo, se define por el mecanismo de la forclusión, la cual se refiere al rechazo o repudio del significante del Nombre del Padre, al padre instaurador de la castración y de la ley simbólica, que no es otra cosa que una ley que impone la separación entre la madre y el niño, una separación al intento de completud entre ambos. No hay que confundir la forclusión del Nombre del Padre con la ausencia del padre biológico o el padre que vive en casa, pues como lo explica Lacan (1981/1999):

Es una dimensión que, por supuesto, pertenece igualmente al orden del significante y se encarna en personas que soportarán esa autoridad. Que, dado el caso, esas personas falten, que haya por ejemplo carencia paterna en el sentido de que el padre es demasiado tonto, eso no es lo esencial. Lo esencial es que el sujeto, por el procedimiento que sea, haya adquirido la dimensión del Nombre del Padre” (p. 159).

La forclusión del Nombre del Padre, que no se refiere a una figura sino a una función, provoca que exista un hueco o un vacío en el universo simbólico del sujeto, de su psiquismo, porque este significante es el intermediario entre el sujeto y el mundo simbólico que esta tanto fuera como dentro de él. Pero al estar forcluido, el mundo simbólico fuera de él pierde sentido, se encuentra desorganizado, caótico porque el significante que organiza su universo simbólico está ausente. También, la forclusión hace que el sujeto no tenga esa falta fundamental que provoca el deseo ya que “el padre permite la entrada del código del lenguaje y de la lengua. Es también el que separa y divide, castra y produce el deseo en el interior, en el psiquismo del sujeto” (Lacan, 1981/1999, p. 210). Por esto mismo, el desencadenamiento de la psicosis está referida a un momento en que aparece la idea o la evocación del padre, desde afuera, de forma real, como el convertirse en padre al tener un hijo o cambiar el lugar simbólico del sujeto.

La aparición del padre desde afuera, desde el mundo real, hará que el sujeto se confronte con el hecho de no haber aceptado la castración y tampoco al código del lenguaje, un código basado en la falta que provoca el deseo, ya que esa falta hace que el sujeto acepte las condiciones del lenguaje, de nombrar las cosas y la realidad, una realidad en donde las

palabras y los símbolos representan a las cosas y a él mismo. Es entonces que el psicótico intentará llenar ese hueco o rearmar su realidad, dar sentido a ese mundo simbólico y lo hará a través del delirio y la alucinación.

Ambos, delirio y alucinación, no son percepciones erróneas ni ideas falsas, sino que son una forma de cerrar la brecha dejada por la forclusión, por lo tanto, “la construcción del delirio puede seguir una cadena de deducciones lógicas mucho más pura que la de una neurosis” (Leader & Groves, 2008, p. 112). Un ejemplo de lo mencionado es cuando le decimos a alguien que sus ojos nos gustan y nos gustaría tenerlos; al decirlo sólo lo hacemos de manera alusiva, ya que aunque nos imaginemos teniendo esos ojos, no se los quitaremos a esa persona.

En cambio, en la psicosis sería literal quitarle los ojos a esa persona, ya que es literal el quererlos y tal vez un psicótico en crisis se los arrancaría, ya sea porque son demasiado grandes para él o porque son los ojos que asegura que lo han estado observando, etc.

Aunque parezca que el psicótico no sigue reglas o leyes sociales, no se trata de eso, se trata de que el lenguaje tiene como particularidad el sustituir, (desde el momento de la castración) o representar a las cosas, los actos, incluso al propio sujeto y su cuerpo, pero en la psicosis, este efecto de sustitución no tiene efecto, por lo tanto, el psicótico vive la inmediatez de las cosas, del mundo a su alrededor, de los actos de las personas, de los suyos, porque no hubo esa separación primordial.

Considerando este último punto, se puede decir lo siguiente: si la psicosis está definida por el efecto de la forclusión de un significante (el Nombre del Padre), dejando un hueco en su universo simbólico, en donde el delirio actúa como sentido y restitución de esa

brecha, se concluye que la psicosis es un efecto del lenguaje, y si el lenguaje es una estructura (o más bien, es *la* estructura) de la cual se define propiamente la del sujeto y además, define el término del complejo de Edipo por la simbolización del deseo y por la colocación del sujeto en el mundo simbólico como un significante diferente de los demás, entonces la psicosis es una estructura, por ser un efecto del lenguaje, un efecto del complejo de Edipo y por estar diferenciada de las otras estructuras (como significantes diferentes unos de otros) que de igual forma son parte de la estructura del lenguaje.

Entonces, al ser una estructura no puede ser entendida como enfermedad o como clasificación, ni cabe en los criterios diagnósticos que consideran al delirio como síntoma y a la pérdida de la realidad como parte de sus criterios. Como mismo Freud (1924/2012) lo comenta, la pérdida de la realidad y su sustitución no son criterios diferenciales ni diagnósticos. Los delirios son fenómenos propios de la psicosis con una lógica y significación propios, pues, como en el caso de Schreber analizado por Freud (1910-1911/2012), muestran la forma en que el psicótico le da forma y sentido a su realidad y como se vio en el primer capítulo, la realidad depende de un psiquismo y un sujeto, no es independiente de él y es subjetiva.

Realidad, delirio y alucinación en la psicosis van de la mano, como realidad y deseo, o realidad y síntoma en la neurosis, ya que conforman la particularidad de cada una, una forma de ser en el mundo como se comentaba en el primer capítulo con respecto a lo que Deleuze (2005) decía sobre la estructura y el acontecimiento, ya que también propone lo siguiente:

No se trate al acontecimiento como algo a lo que hay que

buscar y desprender el sentido, ya que el acontecimiento es el sentido mismo. Porque con el Edipo el acontecimiento se desprende de sus causas en profundidad, se despliega en la superficie y se vincula con su casi-causa desde el punto de vista de su génesis dinámica (Deleuze, 2005, p. 249).

Esto quiere decir que los acontecimientos, que son la estructura misma, tienen su propio sentido, son su sentido, y que, tratándose de los acontecimientos-estructuras que resultan del Edipo, son superficies que se vinculan con sus causas, es decir, si hablamos de la psicosis, es un acontecimiento del Edipo, es una superficie estructural que se vincula con sus causas que la determinan y que tiene su sentido propio. Por lo tanto, no es una enfermedad o una clasificación tal como la psiquiatría o la medicina lo plantean.

Muestra de ello, es lo que menciona Braunstein sobre la clasificación:

El lugar de la enfermedad es la clasificación. Allí se relaciona con otras enfermedades sobre la base de analogías formales. El cuerpo es el sitio donde la enfermedad se manifiesta. El enfermo enturbia la limpidez del cuadro. Es necesario hacer abstracción de él para poder reconocer a la enfermedad".  
(Braunstein, 2005, p. 15).

La enfermedad es algo abstracto, extraído de la normal, de lo que no se entiende para poder clasificarlo, hacerlo lógico y reconocible.

Pero también este autor dirá:

Otra conclusión importante que se desprende del análisis de la taxonomía, es que la psiquiatría no clasifica lo que quiere sino lo que le llega. Que actúa siempre en respuesta a una demanda, provenga ésta del futuro clasificado o del conjunto social. (Braunstein, 2005, p. 27).

Esto quiere decir que la clasificación que designa a la enfermedad y la encierra en esa misma clasificación, es una demanda hecha hacia la psiquiatría, una especie de mandato social o de su propia clasificación a rehacerse y seguir clasificando.

Por otro lado comenta sobre el uso de esa clasificación en el diagnóstico psiquiátrico: “La psiquiatría crea y, a no dudarlo, seguirá creando los objetos sobre los cuales habrá de discurrir. El diagnóstico psiquiátrico es un discurrir acerca de un objeto de conocimiento que la propia psiquiatría ha elaborado” (Braunstein, 2005, p. 28). Con este comentario, Braunstein manifiesta que la clasificación de la enfermedad, en este caso la enfermedad mental, desde la psiquiatría, es una creación de ésta, una forma de abstracción y una respuesta ante las demandas sociales y propias de sus criterios, un objeto que no es más que una forma simbólica de nombrar lo que no entiende ni conoce, “Se dijo que las enfermedades mentales existen en el espacio clasificatorio. No que no existen. Su materialidad es simbólica. Existen a través de sus efectos” (Braunstein, 2005, p. 21). Es decir, la enfermedad mental es un nombre, es un símbolo creado por la psiquiatría y además “la clasificación es un producto histórico, temporal, sometido a presiones que emanan de otros procesos históricos”. (Braunstein, 2005, p. 48).

También nos dirá Braunstein (2005) que la clasificación y la enfermedad mental es el resultado de lo que la medicina y la psiquiatría observan con los sentidos, de lo que el médico o el psiquiatra perciben con el órgano de la visión, el ojo y eso es lo que se les queda como criterio para clasificar.

Con todo esto se aprecia que la psicosis tiene una dimensión distinta, no es un objeto observable, no se trata tampoco algo que sea anormal o enfermo, como lo muestra Tappan Merino (2004.): “salud y normalidad versus enfermedad y anormalidad, queda claro que como esta oposición es determinada por una dimensión ideológica y del imaginario social, guiadas a su vez estas perspectivas por parámetros morales” (p. 232).

Así, se asienta plenamente que la psicosis es una estructura, un acontecimiento, un efecto del complejo de Edipo que determina la condición del sujeto humano, del sujeto deseante, un efecto del lenguaje, ya que se estructura de igual forma por el lenguaje, un lugar en el universo simbólico con sus particularidades, una diferencia, y por lo tanto, no puede ser entendida en los parámetros de normalidad-anormalidad o de salud-enfermedad, ya que la psicosis, como estructura, como efecto no es anormal ni enfermedad ni clasificación. Por lo tanto, su análisis y su comprensión requieren del entendimiento de sus determinantes, de la comprensión del sujeto y de su estructuración, de la subjetividad que está implicada en ella y que nos lleva a reconocerla como algo complejo que sólo la mirada del psicoanálisis nos permite dilucidar.

Aquí se puede generar el puente necesario para lo que será el tema de la psicosis infantil, pues en él están implicados tanto la comprensión de la estructuración subjetiva como de la psicosis, pues como se ha visto hasta el momento, el sujeto se estructura de acuerdo a

determinantes psíquicos y no objetivos, a una serie de sucesos organizados de manera lógica y no temporal y que no dependen de conductas ni de figuras (como los padres biológicos). A esto se engancha lo que se ha hablado de la psicosis, que siendo una estructura, se organiza en torno a los efectos presentes en el complejo de Edipo, el cual es una vivencia psíquica y no comportamental, por lo que no se habla de la psicosis como consecuencia de factores biológicos, familiares, socioeconómicos, etc. es un efecto psíquico. Por lo que la psicosis infantil tendrá que partir de estos puntos para su elaboración y análisis.

## VII. Psicosis Infantil

En este capítulo se planteará la problemática sobre la psicosis infantil tomando como base lo revisado hasta el momento. En primer lugar, de manera concreta se definió y se concluyó que la estructura es subjetiva y constituida en un tiempo lógico ya que no responde a un desarrollo cronológico ni biológico, sino a momentos sucesivos lógicamente que dan como resultado a un sujeto que es inconsciente, deseante, efecto del lenguaje, dividido y con una falta que lo determina, por lo que, de acuerdo con esto, la estructura es incorpórea y se presenta en sus efectos, como un acontecimiento. Segundo, ese sujeto puede estar presente en el mundo del lenguaje de tres formas: como neurótico, perverso o psicótico. Entonces, la psicosis como estructura es igualmente incorpórea, mostrándose en sus efectos, siendo también un efecto del lenguaje, una forma particular de existir en el mundo simbólico. Por lo tanto, se vio que el delirio y la alucinación no son síntomas sino formas de reconstruir una realidad propia de la psicosis, la cual, como estructura se caracteriza por el efecto de la forclusión, en donde el psicótico rechaza al Nombre del Padre, es decir a la función del padre que instaura la ley simbólica del incesto a través de la castración.

Estos precedentes, que grosso modo fueron resumidos, abren diversas interrogantes acerca de la psicosis infantil. La primera y más general de ellas es ¿existe o no existe la psicosis infantil? Pero preguntarse sobre su existencia deriva en la cuestión de qué tipo de existencia se estaría hablando, por lo que se puede pensar en diversas formas de la misma, aunque para el propósito de éste trabajo, se abordarán tres posibilidades: su existencia conceptual, nosológica y estructural desde dos posturas que ya fueron contrastadas desde el capítulo anterior, es decir, desde la psiquiatría (concepto y nosología) y desde el psicoanálisis (concepto y estructura).

Utilizar éstas tres posibilidades está basado en la lógica de este trabajo, que partió del origen del concepto de psicosis, su clasificación nosológica y después su lugar como estructura, por lo que el análisis de la psicosis infantil partirá de esas tres nociones, pero ahora desde el punto de vista de la crítica y no de la definición de cada apartado.

Así, el desarrollo de este tema será de tal forma que no plantea una línea típica de progreso que lleve de una idea general a una particular, sino un desarrollo más del tipo de argumento-contrargumento, intentando dar una visión crítica de cada propuesta que se presente, esto con el fin de poder analizar y dar respuesta a la pregunta de si existe o no la psicosis infantil y de ser así, de qué forma. Tomando como base lo analizado sobre la estructura y la existencia del sujeto, se rescata la idea de que lo que permite la existencia de los objetos que conforman la realidad y en general, cualquier tipo de existencia, es su lugar en la estructura del lenguaje, como significante, un lugar que es diferente al de los demás lugares, y que ese lugar, esa existencia es posible desde el momento en que es nombrado ese objeto, lugar e incluso el propio sujeto, tal y como lo explica Evans (2008): “Sólo lo que está integrado en el orden simbólico existe” (p. 86). Si se habla en este caso de la psicosis infantil, se puede decir que tiene una existencia como nombre, como un significante integrado al lenguaje.

Ésta premisa sirve de base para decir que las tres posibilidades de existencia que se revisarán, se referirán a un aspecto más allá del simple nombre que le da lugar en el lenguaje, es decir, discutir si la psicosis infantil tiene un lugar propio y sólido como concepto, nosología o estructura; revisar, bajo las limitaciones que puedan encontrarse, sus bases o sustentos. No se trata de un análisis epistemológico, y de hecho esto sería una de sus limitantes, pero si se pueden organizar una serie de argumentos que sirvan para contrastar cada postura y generar

conclusiones lo más sólidas posibles.

### **a. Cuestionamiento de la existencia Conceptual y Nosológica de la Psicosis Infantil en la Psiquiatría**

El paso inicial que debe darse es revisar el término de infancia, ya que éste tiene distintas posturas. Por ejemplo, la UNICEF (*s. f.*) la define como primera infancia, periodo que parte de los 0 a los 5 años de edad, y que representa una etapa decisiva en el desarrollo de las capacidades físicas, intelectuales y emotivas de cada niño y niña, por lo que es considerada como la etapa más vulnerable del crecimiento. Además, mencionan que en esta fase se forman las capacidades y condiciones esenciales para la vida, así como la mayor parte del cerebro y sus conexiones.

Esta postura, o al menos ésta definición sitúa a la infancia como un periodo del desarrollo y del crecimiento que ocurre en los primeros 5 años de vida del ser humano. Desarrollo, periodo, años de vida, primera infancia, capacidades físicas, etc. designan a la infancia dentro de parámetros biológicos u orgánicos, como un momento del desarrollo biológico, físico y cerebral del humano. Otra perspectiva similar sobre la infancia es descrita por Santrock (2006) quien la divide en primera infancia, niñez temprana, niñez intermedia y tardía.

Éste autor define la primera infancia de la siguiente manera: “La primera infancia es el estadio evolutivo que se extiende desde el nacimiento hasta los 18 o 24 meses” (Santrock, 2006, p. 18). La niñez temprana la ubica entre los 5 o 6 años y a la niñez intermedia y tardía

desde los 6 años hasta los 11 años de edad. En cada periodo, Santrock describe el desarrollo presente en cada uno en tres aspectos: desarrollo físico, cognitivo y socioemocional. En el desarrollo físico trata los cambios en el peso y la talla, nutrición, desarrollo cerebral y su relación con las experiencias tempranas (estímulos). En el cognitivo habla sobre la memoria, atención, desarrollo sensorio motriz y la adquisición del lenguaje a través de las experiencias que el niño tenga y de la evolución tanto cognitiva como cerebral que permita su desarrollo. Por el lado del desarrollo emocional, habla sobre el temperamento, desarrollo de la personalidad y la influencia biológica y ambiental en estas últimas, así como la influencia de los padres y de las personas que se encuentran alrededor del niño.

Bajo los parámetros que muestra Santrock (2006), la infancia comprende un periodo de desarrollo y evolución primordialmente biológico, sobre el cual se añadirán el desarrollo cognitivo y el desarrollo socioemocional. Considera cada periodo de la infancia como una escala evolutiva tanto en años de vida (de los 18 meses hasta los 11 años) como de un progreso biológico, cognitivo y emocional de una etapa a otra, en una escala ascendente. La infancia sería una etapa cronológica inicial del desarrollo humano, un primero momento de su evolución biológica y una etapa de cambios progresivos en el campo cognitivo y socioemocional.

Otro autor que respalda ésta forma de entender a la infancia es Duche (1973), este autor propone dos factores importantes que ocurren en la infancia y son el crecimiento y el desarrollo, donde el crecimiento es cuantificable, mientras que el desarrollo se trata de la transformación de un organismo simple a uno más complejo, evolución que depende de la interacción de la maduración (en el interior del cuerpo biológico del infante) y de los factores ambientales que interactúan con el niño. A su vez, el autor propondrá varios periodos de este

desarrollo y crecimiento. Menciona que inicia con la primera infancia o periodo neonatal, que van del nacimiento hasta los 15 meses aproximadamente. Seguido de la segunda infancia, que va de los 15 meses a los tres años o tres años y medio. Después sigue el periodo preescolar de los tres años a los seis años y enseguida el periodo escolar que va de los seis años hasta la pubertad.

Ahora, teniendo en cuenta estas posturas, cabe resaltar que hablan de la infancia desde un aspecto biológico que involucra el desarrollo, el crecimiento, la maduración, etc., proceso que le da un peso sumamente importante a las fases cronológicas en que se dan estas transformaciones, relacionando prácticamente infancia, biología y cronología. Lo que no se encuentra presente en estas posturas es el aspecto psíquico, subjetivo, estructural, deseante e inconsciente del sujeto; éste simplemente no tiene lugar.

Desde el conocimiento de la subjetividad y el psiquismo humano, la infancia no sería más que un momento lógico de la estructuración del sujeto. Como se ha visto a lo largo de este trabajo, es en la infancia en donde tendrán lugar los dos momentos primordiales de la estructuración: el estadio del espejo y el complejo de Edipo, en el cual toma un lugar indispensable el complejo de castración. Estos momentos no son periodos, pues no corresponden a una edad específica del niño ni a un momento del desarrollo físico o cerebral del mismo.

Ambos, estadio del espejo y complejo de Edipo, se tratan de momentos íntimos, propios del infante que determinarán su estructura psíquica y subjetiva, misma que dará pie al nacimiento del sujeto deseante, al sujeto inconsciente. Por lo tanto, la estructuración subjetiva es constituida por relaciones lógicas, es decir, no cronológica sino que va de un

tiempo lógico a otro, no es observable y lo único que se tiene de ella son sus efectos o acontecimientos, ya que estructura y acontecimiento son una sola cosa, siendo la estructura una diferencia y un acontecer.

Esta diferencia se definía por la determinación del lenguaje, que es la estructura primordial y previa a la existencia de un sujeto, tal como lo explica Trejo (2012), “podemos definir que el infans no nace con los significantes ya inscritos en su cuerpo; son los tiempos lógicos referidos a la constitución subjetiva los que van dando cuenta de las operaciones necesarias para que se realice esta inscripción” (p. 41).

Esta inscripción, lógica y subjetiva, no tiene relación con el ambiente o con lo otorgado por los padres biológicos, como lo propondría Santrock (2006) o Duche (1973), ya que en la estructuración del psiquismo, de la subjetividad y del sujeto, los padres se presentan como funciones, y el ambiente no tiene forma específica hasta que es nombrado y es interpretado por ese sujeto, hasta que entra en el universo simbólico y la realidad de ese sujeto (en donde entraría cualquier tipo de ambiente o idea de ambiente, o de mundo exterior) que como se vio, ésta se construye en relación estrecha con el deseo humano, con el deseo del sujeto, que es la guía que le permite que esa realidad tenga forma y coherencia; deseo y realidad son las dos caras de la misma moneda. No hay realidad si no hay un sujeto que la interprete, que la construya con su deseo.

Por lo tanto, si tomamos la palabra infancia para analizar el concepto de psicosis infantil, ¿de qué infancia se está hablando? ¿De la infancia como periodo biológico y evolutivo, o como un momento lógico de la estructuración subjetiva? Separar el término infantil de esta manera, genera un sentido completamente diferente si se toma el concepto

total: psicosis infantil. Por lo que es importante partir del análisis del término en su totalidad desde el punto de vista nosológico psiquiátrico y tal vez así mostrar si tiene o no validez separarlo, también intentando ver su lugar como concepto.

Situando el origen del concepto, Tendlarz (2007) menciona lo siguiente: “la noción moderna de psicosis infantil proviene de la introducción de Bleuler del diagnóstico de esquizofrenia, que sustituye al de demencia precoz kraepeliano” (p. 18). Con esta cita, ésta autora muestra que el origen del concepto de psicosis infantil surgió del diagnóstico y clasificación utilizado por Bleuler sobre esquizofrenia que dio pie a la psiquiatría moderna, como lo menciona Ekstein (1969), quien afirma que la clasificación de Bleuler “siguiendo la brillante contribución fenomenológica de Kraepelin” (p. 30) creó el modelo para la psiquiatría médica moderna, mencionando además que de la psiquiatría moderna surgió la psiquiatría infantil, que es en donde se conceptualiza la psicosis infantil.

Específicamente Marcelli y De Ajuriaguerra (2005) mencionan que el concepto de psicosis infantil ha sufrido una evolución paralela al diagnóstico de demencia precoz de Kraepelin y más tarde a la de la esquizofrenia de Bleuler. También estos autores mencionan que la historia reciente de la psicosis infantil proviene de la introducción, en 1943, del concepto de autismo propuesto por Kanner.

Kanner, según lo explica Nissen (1991), introduce el autismo desde la psiquiatría infantil considerando que se trataría de una forma primitiva de esquizofrenia innata. También, Nissen (1991) explica que es gracias a los progresos de la psicopatología infantil y juvenil que se amplió el conocimiento sobre los cuadros psicóticos específicos de estas edades. La psicopatología parte del conocimiento psiquiátrico general, por lo que la psicopatología

infantil y juvenil sería más bien el avance de la psiquiatría infantil y juvenil.

Un autor que también define la psicosis infantil es Duche (1973) quien menciona que éste término se aplica a las psicosis que se diagnostican antes de la pubertad y que se caracterizan por una falta de estructuración o una estructuración no armónica de la personalidad, además de perturbaciones en la relación que tiene el niño consigo mismo y con los demás, con una incapacidad para ser autónomo, además de alteraciones en sus sentimientos y en la relación y conciencia de la realidad aunque destaca que las funciones perceptuales no se encuentran dañadas. También este autor indica que el estudio de la psicosis infantil tiene que hacerse en función del conocimiento pleno tanto del crecimiento como el desarrollo biológico y psicológico del niño. Compartiendo de manera similar ésta postura está De Villard (1986), pues dice que se puede hablar de psicosis infantil cuando los signos se manifiestan antes de los 4 años, destacando también el papel del crecimiento y el desarrollo.

McDougall y Lebovici (1990) refieren el concepto de esquizofrenia infantil como el origen del concepto de psicosis infantil, pues aclaran que muchos autores, sobre todo en Francia, abandonaron el concepto de esquizofrenia infantil sustituyéndolo por la denominación de estados prepsicóticos o psicosis de la infancia. Estos autores mencionan que muchos niños que son diagnosticados con esquizofrenia evolucionan en una patología del carácter en la edad adulta, y no hacia una psicosis esquizofrénica como tal.

También se encuentra el trabajo de Massie y Rosenthal (1986) quienes comentan lo siguiente: “El estudio de la psicosis en el niño ha sido un resultado incidental de la investigación de la esquizofrenia en el adulto. En el tiempo, su indagación sistemática se

inició cuando ya hacía décadas que se trabajaba la afección psicótica del adulto” (p. 11). Son estos autores quienes comentan: “sólo en una época relativamente reciente hemos empezado a investigar las psicosis del niño desde una perspectiva evolutiva, es decir, examinando la maduración psicobiológica desde el momento de la concepción con el afán de descubrir lo que pudo andar mal” (p. 11).

Incluso estos autores mencionan la referencia directa al trabajo de Kanner sobre el autismo infantil precoz y del cual parte una importante contribución a la forma en que es definida la psicosis infantil, sobre todo al destacar su diferencia con la esquizofrenia de la niñez, y caracterizando al autismo a través de los niños que observó, por la incapacidad que presentan para relacionarse de manera ordinaria con las demás personas; por lo que consideran al autismo y su particularidad como figuras principales en el estudio de niños psicóticos. Proponen además su propia definición para la psicosis infantil, y la distinguen como un deterioro conductual profundo, con deficiencias en la percepción de la realidad, considerándola como una “desintegración de la personalidad o atrofia de su desarrollo” (Massie & Rosenthal, 1986, p. 32).

Otros autores que hablan de las referencias directas al trabajo de Kanner sobre la conceptualización de la psicosis infantil son Remschmidt (2003) y Aussilloux y Grall (2005). Estos autores mencionan la importancia de clasificar la psicosis infantil, a partir de la utilización de los criterios usados por el DSM y la CIE, las cuales se basan en el intento de clasificar las psicosis infantiles, además de que relacionan al crecimiento y la maduración biológica como factores predeterminantes para su aparición y agregan a estos puntos la importancia de la identificación de conductas inapropiadas, como conductas agresivas, explosivas u opuestas como el aislamiento y la falta de contacto con otras personas.

No obstante Marcelli y De Ajuriaguerra (2005) comentan que la conceptualización de la psicosis infantil se trata de una traslación del marco semiológico del adulto al del niño. Consideran que esta traslación es errónea por la dificultad de integrar en el niño el concepto de demencia, pues implicaría que existiría en el niño una organización psíquica previa suficientemente desarrollada y, en segundo lugar, porque es muy poco frecuente o está prácticamente ausente el delirio crónico en niños.

Sobre esta base, Marcelli y De Ajuriaguerra (2005) puntualizan los criterios que debe tener el estudio clínico de las psicosis infantiles. Estos criterios comienzan con el estudio de las principales conductas patológicas, en donde enlistan al aislamiento-autismo como primer punto, dividiéndolo a su vez en dos momentos cronológicos, es decir, los que aparecen en el primer año de vida y los que aparecen el segundo y tercer año de vida. Aquí, describen conductas que tienen que ver con la falta de comunicación con el entorno, aspecto que es referido principalmente por la madre que describe a su bebé como muy tranquilo, no solicita nada a nadie y se expresa o se manifiesta muy poco.

Lo particular de este criterio dado por Marcelli y De Ajuriaguerra (2005), es la manera en que hacen resaltar la importancia de lo que la familia y el médico alerten sobre estas conductas, que aunque mencionan su utilidad para identificar a la psicosis infantil, las refieren como manifestaciones autistas.

Siguiendo esos criterios, estos autores colocan a las conductas motoras como parte del mismo grupo de consideraciones; identifican a la anomalía tónica, que no es otra cosa que posturas del cuerpo anómalas (posturas poco comunes, como encorvarse demasiado, poner en diferentes posiciones distintas partes del cuerpo de manera asimétrica, etc.), los

gestos inhabituales (expresiones faciales poco comunes o incoherentes), los comportamientos motores específicos como las estereotipias y por último la inestabilidad, como la agitación y los golpes con los muebles o personas. Todas ellas conductas presentes en las psicosis autistas y en las no autistas.

Estos autores también consideran como parte de estos criterios clínicos los trastornos del lenguaje, en los que puede haber ausencia total del lenguaje, retraso de la aparición del lenguaje, hasta después de los 5 años, agregando como parte de estas anomalías los canturreos, la creación de nuevas palabras y sobre todo destacan la ausencia de la función comunicativa del lenguaje. Siguiendo con esta serie de criterios, los autores colocarán en la lista a los trastornos de las funciones intelectuales (fallas en la orientación temporoespacial, déficit intelectual), los trastornos afectivos (cambios de humor repentinos, crisis de angustia, crisis de risa y crisis de cólera) y los trastornos de las conductas, en donde sitúan los rituales, el delirio y las alucinaciones.

Con respecto a estos últimos, determinan que los delirios son raros en el niño, pero cuando aparecen, los definen como problemas de la percepción de la realidad, del reconocimiento de la verdad y de la mentira y de un problema entre el mundo real y el imaginario. Por el lado de las alucinaciones, los autores las definen como difíciles de constatar, ya que es complicado diferenciar entre la alucinación o percepción sensorial sin objeto de una actitud ensoñadora autista en el niño pequeño. Más adelante, estos autores definen a las psicosis precoces en donde posicionan a las diferentes formas de autismo, y por último a las psicosis en la segunda infancia, en donde prácticamente duplicarán los criterios clínicos de la infancia temprana.

Dejando hasta aquí lo propuesto por Marcelli y De Ajuriaguerra (2005), resulta importante sintetizar los puntos que utilizan como criterios clínicos. Básicamente, indican que la psicosis infantil, se puede presentar en dos etapas de la infancia, la temprana o primaria y en la segunda infancia. Cada periodo de la infancia lo colocan en un rango de edad, el primero antes de los 5 años de edad y el segundo de los 6 a los 11 años de edad.

Después, los criterios clínicos para identificar a la psicosis en la primera infancia se basan en observaciones conductuales que son de tipo autista, por la ausencia de contacto con el medio, estereotipias, rituales, etc. También, utilizan el criterio de trastornos del lenguaje, nuevamente desde sus características autistas, como falta de comunicación con otros, falta de interés en los demás, etc. Al hablar del delirio y la alucinación comentan que son prácticamente ausentes o difíciles de identificar, aunque los describen como trastornos conductuales y de la percepción de la realidad. Incluso, en la psicosis presente en la segunda infancia, cuando hablan de estos dos últimos criterios, asumen que su característica es que presentan un problema en la distinción entre la realidad y el mundo imaginario, y que la temática que manifiestan, en caso de presentarse, llega a relacionarse con la angustia por algún malestar en el cuerpo, como de tipo hipocondriaco, o relacionado con algo visto en un programa de televisión y que se distinguen por ser, nuevamente, como una ruptura con la realidad.

Una serie de propuestas parecidas a las anteriores, son las de Duche (1973). Éste autor comenta que la etiología de la psicosis infantil es desconocida, pero que se pueden pensar en algunos factores que la condicionan. En primera habla de los factores orgánicos, mencionando a la encefalopatía evolutiva sistematizada (que quiere decir un malfuncionamiento cerebral que afecta diversas funciones, como cognitivas, motoras,

afectivas, etc.), como un probable factor condicionante, aunque dice que no es del todo posible incluir a la psicosis infantil dentro de este mal. Considera que aunque no sea posible ésta inclusión, eso no excluye que en las psicosis infantiles se encuentre una predisposición por factores orgánicos o neurológicos, como accidentes fetales y problemas en la integración de los estímulos auditivos.

Después habla de los factores hereditarios, que se refieren a la presencia de psicopatías en algún familiar cercano del mismo sexo. Sigue con los factores psicogenéticos, en donde existiría la presencia de trastornos sufridos durante el desarrollo en la relación con los padres o más específicamente con la madre. Menciona que los padres de los niños psicóticos están gravemente perturbados.

Hablando de los síntomas que caracterizan a la psicosis infantil, Duche (1973) destaca al autismo como el signo principal, que es la falta de interés en los demás y la búsqueda del niño por estar solo. Menciona también la automutilación, actitudes que parecen indicar que el niño está alucinando, como la actitud de escucha, de observar fijamente un objeto imaginario o el hablar solo. Refiere además los trastornos de la imagen del cuerpo, como la falta de reconocimiento de su propio cuerpo, las estereotipias, movimientos frenéticos, etc. A estos trastornos seguirán los trastornos de la conducta, tales como perversiones alimentarias, gustos raros, problemas esfinterianos (enuresis y encopresis en donde estaría presente la manipulación de las heces fecales) y problemas sexuales, como el exhibicionismo, masturbación sin control y conductas provocativas.

Por último, éste autor propone tres formas o tipos de psicosis infantil, a modo de propuesta de clasificación. La primera es el autismo de Kanner, descrito por Kanner en 1943

y que, según Duche (1973), se refiere a una esquizofrenia precoz infantil y que se caracteriza por un ensimismamiento y por la poca tolerancia a los cambios. Después está la psicosis de expresión deficitaria, que se trata de los casos de “retrasados psicóticos” (Duche, 1973, p. 124) o débiles mentales. Por último propone a la psicosis de expresión caracterial, que se manifiesta en inestabilidad, agitación incesante, manifestaciones perversas, “rarezas, incoherencias y manifestaciones agresivas” (Duche, 1973, p. 124).

Por otro lado se encuentra el trabajo de De Villard (1986), que comparte las propuestas anteriores. Éste autor ubica de igual forma al autismo de Kanner como una forma de psicosis infantil, incluso la coloca como la más conocida de las formas de psicosis de la niñez. Dentro de este cuadro menciona como características el retraimiento autista, la necesidad de inmutabilidad, los estereotipos y las alteraciones en el lenguaje. También menciona a las psicosis deficitarias, descritas de modo semejante a las de Duche (1973) y a las psicosis simbióticas, en donde el niño no acepta la separación con su madre. Éste autor afirma que estas tres clasificaciones son las descripciones más clásicas, siendo modificadas por cada autor, aunque todas comparten los mismos criterios y características sintomáticas. Por lo que se podría decir que sólo cambia el nombre de acuerdo al autor.

Tustin (1977) por su parte comenta que en el estado actual de los conocimientos que se tienen sobre psicosis infantil, es indispensable realizar un diagnóstico diferencial en función del tipo de autismo que presenten los niños con este síndrome y que ésta diferenciación es un modo de clasificar los trastornos psicóticos de la infancia. Éste autor diferencia dos síndromes, el autismo infantil precoz y la esquizofrenia infantil, aunque aclara que quedan muchos tipos de niños psicóticos que no entran en ninguna de las dos categorías.

Meltzer (1963, citado en Tustin, 1977) propone que la esquizofrenia infantil es un síndrome clínico poco frecuente que a menudo se presenta en niños que pertenecen a familias en donde existen algún miembro con esquizofrenia. Relaciona el desencadenamiento de la esquizofrenia con el destete, el nacimiento de un hermano, la separación con la madre del niño o con algún trauma sufrido en la niñez.

Ahora bien, si se considera a la psicosis infantil desde una clasificación psiquiátrica y médica más específica, existe una clasificación de trastornos mentales exclusiva para niños y adolescentes; la Clasificación multiaxial de los trastornos psiquiátricos en niños y adolescentes: Clasificación de la CIE-10 de los trastornos mentales y del comportamiento en niños y adolescentes (2007). En esta clasificación, se encuentra un eje en donde están los Síndromes psiquiátricos clínicos. Dentro de estos síndromes se encuentran la Esquizofrenia (paranoide, hebefrénica, catatónica, indiferenciada, post-esquizofrénica, residual, simple, sin especificar), el trastorno esquizotípico, el trastorno de ideas delirantes persistentes, trastornos psicóticos agudos y transitorios, trastorno de ideas delirantes inducidas, trastornos esquizoafectivos, otros trastornos psicóticos no orgánicos y psicosis no orgánica sin especificar.

Esta clasificación, que resulta ser prácticamente la misma que en la CIE-10 para “adultos” (que se revisó en el capítulo dos), establece y propone para cada trastorno y cada subgrupo de estos, una serie de condiciones para identificarlos, que van desde los síntomas, el tiempo de aparición del trastorno (días y meses), el número de síntomas mínimos para su diagnóstico, etc. Por ejemplo, para el caso de la esquizofrenia, la caracteriza por manifestar distorsiones fundamentales típicas de la percepción y el pensamiento y también por presentar expresiones afectivas inapropiadas o nulas. Agrega además la presencia de alucinaciones y

la posible aparición de ideas delirantes. Para su diagnóstico establece la presencia de mínimo un síntoma evidente (como la alucinación) o un grupo de síntomas que se hayan presentado durante un tiempo mínimo de un mes.

Al igual que en la nosografía general (o de adultos), ésta clasificación especificada para niños y adolescentes, engloba en dos grupos a los trastornos no orgánicos o sin especificar. Simplemente menciona que son psicosis cuya etiología es desconocida y que no satisfacen ninguna de las pautas mencionadas en los anteriores trastornos.

Si se toman los aspectos hasta aquí mencionados y las propuestas revisadas, se pueden generar ciertos argumentos con respecto al concepto y nosología de la psicosis infantil:

- Es claro que la psicosis infantil con respecto a lo visto hasta aquí, se define a partir de la infancia como etapa biológica y cronológica, al diferenciar una serie de etapas marcadas por un rango de edad específico y no como un momento estructural.
- Los criterios clínicos para identificar a la psicosis se basan en rubros de tipo semiológico, es decir, en una serie de síntomas que fueron originalmente definidos en adultos que después se trasladaron a su presencia en niños.
- En cada propuesta revisada aparecen más características de autismo que de una psicosis.
- Existe una serie de incoherencias en las definiciones y clasificaciones que propone cada autor, puesto que utilizan de manera indiscriminada, el término autismo, el de psicosis infantil y el de esquizofrenia infantil, y de ahí parten para hacer sus propuestas de clasificación en las distintas formas de psicosis infantil, pero

manteniendo las características autistas en varias de ellas, dándole un peso significativo a éste último.

- Es evidente que los criterios que determinan como identificatorios y sintomatológicos de la psicosis infantil se basan en las conductas presentes en los niños, las cuales son identificadas por un tercero, como familia, padres e incluso médicos y terapeutas. Son conductas descritas como incoherentes, explosivas, raras incluso, entre otros calificativos.
- Al hablar del delirio y la alucinación, son definidos como problemas en la relación con la realidad o más bien, como una ruptura con la realidad, pero que también se diagnostica a partir de actitudes observables, que según algunos de los autores no siempre aparecen dentro del cuadro clínico, destacando nuevamente las características autistas que presenten los niños.

No obstante además habría que considerar además los siguientes argumentos. Si se está tomando en cuenta la conducta como criterio clínico para identificar a la psicosis, ésta es relacionada con aspectos de clasificación y criterios diagnósticos en donde es descrita como comportamiento anómalo, extraño, erróneo; pero el déficit que presenta la clasificación es que responde a aspectos sociales normativos, y no cuenta con una base teórica y argumentativa propia y sólida.

Por lo tanto, si la conducta se usa como medio de identificación y de diagnóstico de la psicosis a partir de su descripción, observación y categorización, se tiene que la conducta no puede ser un criterio diferencial, pues como Peskin (2003) lo indica: “un psicótico puede funcionar con normalidad y un neurótico puede funcionar psicóticamente” (p. 115). También

este autor dirá que la conducta normal puede ser accesible al psicótico y que se tienen conductas psicóticas en sujetos normales, es decir, se comportan psicóticamente.

Asimismo, la conducta desde lo visto en el estadio del espejo no es más que un espejismo, una imitación en la que el niño trata de capturar su imagen en el espejo (que puede ser otro niño o su propia imagen en un espejo real), por lo que es mimética, algo que el niño realiza porque otro niño lo hace. Otro aspecto a considerar sobre la conducta, es que ésta no es lo que caracteriza al ser humano, sino los actos que son simbólicos, tal y como lo explica Evans (2008) “Lacan traza una distinción entre la simple conducta, que es propia de todos los animales, y los actos que son simbólicos y sólo pueden atribuirse a sujetos humanos” (p. 30).

Más adelante, en esta misma línea, Evans (2005) dirá que una cualidad fundamental del acto es que al actor se le hace responsable de lo que hace; los actos son simbólicos, la conducta es simple, llana, como los animales que comen, defecan, se aparean, se mueven para dormir, etc. por lo que la conducta resulta insuficiente para identificar a una psicosis infantil, puesto que al ser humano lo definen los actos simbólicos. Por lo tanto, describir o caracterizar a la conducta anormal es más bien un criterio normativo; además, quienes ven estas conductas son otros sujetos (padre, madre, médico, terapeuta, maestros, etc.) los cuales interpretan lo que ven.

Las conductas infantiles dejan de ser naturales y simples conductas en el momento en que otro les da nombre, un sentido, haciendo de esa conducta sin sentido un acto de demanda, una demanda dirigida hacia Otro y otros. En conclusión, la observación de estas conductas es prejuiciosa, normativa e interpretativa, por lo que resulta una descripción no

argumentativa y sin valor teórico para la comprensión de la psicosis infantil.

Pasando ahora al delirio y la alucinación, anteriormente se vio que no se tratan de formas de ruptura con la realidad o una disfunción entre la percepción y lo que se percibe, en primera, porque no existe realidad fuera de un sujeto que la interprete, que la arme con su deseo, como se trató en el capítulo uno, ya que la realidad sin un sujeto no existe, y también, la realidad si no se encuentra dentro de la estructura del lenguaje no tiene posibilidades de existencia, pues realidad y deseo en relación con el lenguaje son una sola cosa. Ambos (delirio y alucinación) se encuentran separados de la percepción, ya que son fenómenos completamente diferentes.

Segundo, el delirio y la alucinación son formas de armar y suturar la falla que existe en el mundo simbólico del psicótico, por lo que son una forma de realidad, son la realidad propia de la psicosis, además de que ambas, como fenómenos propios de aquella, hacen alusión a la presencia de la función paterna o del Nombre del Padre que no fue aceptado de manera simbólica, por lo que delirio y alucinación se presentan como una forma en que el padre se aparece desde el mundo real y es vivido por el psicótico como un intento de mutilación, persecución, etc. Por lo que resulta inexacto pensarlos como disfunciones, fallas, problemas y rupturas con la realidad y/o como conductas anómalas.

Es indispensable tomar en cuenta lo que menciona Tendlarz (2007) de la siguiente forma:

La descripción del fenómeno psicótico en niños con una ideación delirante se asemeja a la del adulto. Muchas veces las fabulaciones ideativas que no se organizan como un delirio

dificultan el diagnóstico diferencial. ¿Se trata de un niño con mucha imaginación o de un delirio? ¿Qué relación guarda con lo que dice? ¿Es una certeza psicótica o una creencia dialectizable? (p. 26).

Si la conducta puede ser imitación y reflejo, entonces habría que preguntarse si lo que se nota como delirio o alucinación es más bien una creencia, o una creación imaginaria, o simplemente algo que el niño dice o imita, o algo que ni siquiera se puede saber con certeza de que se trata. Por tanto, si el delirio y la alucinación se toman desde el punto de vista de ideas anormales, o de percepciones erróneas alejadas de la realidad, entonces no se tratan de delirios o alucinaciones en su sentido estrictamente estructural, como formas de reconstrucción de la realidad, cuya temática es la alusión al padre que se presenta desde el mundo real, desde la amenaza real de la castración, siendo además la manera en que toma coherencia la realidad en la psicosis, una forma de darle sentido a su universo simbólico que se encuentra fragmentado, con un vacío dejado por la forclusión, con una lógica pura y propia. Por lo que tomadas como signos y síntomas supuestamente observables y anómalos no sirven como criterios de identificación de una psicosis infantil.

Viendo estos puntos, lo que se muestra como el concepto de psicosis infantil, resulta más bien en un intento de nosología basada en el tiempo cronológico, tal como lo explica Trejo (2012) de la siguiente manera: “En este intento de definición nosológica para la psicosis en la infancia, parece entonces que el tiempo interviene como factor diferencial. Lo que trazaría la línea divisoria sería la conclusión del pasaje por la pubertad” (p. 42).

Se ve entonces con claridad que la nosología dada desde la psiquiatría, que de alguna manera intenta colocar a la psicosis infantil como concepto nuevo, innovador e independiente, se basa en la cronología de la infancia, en su etapa biológica y en la idea de psicosis como anormalidad, como algo observable y como enfermedad de raíz orgánica; pero, si se toma y se contrasta a la infancia y a la psicosis desde el sentido del análisis estructural, la psicosis infantil como diagnóstico, como cuadro clínico o nosología no tiene sustento teórico, ni bases argumentativas sólidas. No otorga ningún tipo de explicación concreta o rigurosa sobre los fenómenos que pretende describir. Excluye por completo las determinaciones estructurales del sujeto psíquico y de la psicosis.

Es así que ésta clasificación patológica no existe de manera independiente a las descripciones nosológicas planteadas en sujetos adultos, sería más bien un apéndice o una superposición de la clasificación y nosología adulta en la del niño. Por lo que no sería un concepto independiente, ni un cuadro clínico riguroso, pues es sólo una réplica de la del adulto y es simplemente un molde vacío deficiente, sin sustentos. Esta deficiencia proviene de la problemática que implica la clasificación nosológica y psiquiátrica.

Esta problemática es analizada por Néstor Braunstein (2013) quien menciona que la clasificación en psiquiatría es la manera en que ésta coloca a la enfermedad mental en una serie de categorías y subcategorías. El precursor de estas categorías, que fueron dando forma a la clasificación de los trastornos o enfermedades mentales, partieron del trabajo de Kraepelin, pero Braunstein (2013) menciona que el trabajo de ese autor no se basó en la observación, incluso menciona que “nada podía darle la vista” (p.23).

Al decir que la vista no podía ofrecerle las características para su clasificación, se refiere a que tuvo que basarse en criterios de otro tipo, como la psicología de las funciones del alma y de la psicología de Wundt que dividían las dificultades del ser humano en inteligencia, voluntad y afecto. De ahí parte Kraepelin para hacer su clasificación, a modo de idear el lugar que le correspondería a cada división o apartado de su clasificación en alguna de las tres mencionadas.

Braunstein (2013) mencionará que esa fue la base de la clasificación, una base especulativa, por lo que también dirá:

La clasificación no sólo creaba a los objetos sobre los que se aplicaba (loco y no locos, a veces, medio locos o fronterizos) sino que, además, producía un lenguaje, un modo de pensamiento, un discurso y unas reglas semiológicas que, a su vez, engendraban y clonaban a los psiquiatras como agentes de aplicación del sistema propuesto (p. 24).

La clasificación se organizó como una forma de hablar entre los psiquiatras, como una manera de darle un nombre y una serie de reglas a lo que consideraban como enfermedades mentales. Braunstein (2013), continuando con esta crítica sobre la clasificación y tratándose precisamente de las enfermedades que intenta clasificar, menciona que las enfermedades son conceptos abstractos y que por lo mismo no es de sorprender que estén mal definidas y tiendan a sobreponerse unas con otras (como se nota en el DSM-IV-TR o la CIE-10, en donde cada clasificación esta compartida con todas las demás, incluso empalmándose unas con otras). Añade que ante un caso en particular, los juicios del clínico

(terapeuta, psiquiatra, etc.) se tratan de opiniones personales.

Al ser opiniones personales, y al ser la clasificación poco sólida, Braunstein (2013) menciona que en la psiquiatría no hay conocimiento de las causas que determinan los trastornos que clasifica y enlista, y por lo tanto, las instituciones clasificadoras han optado por eliminar cualquier teoría que las sustente y han preferido algún registro observable que sirva como evidencia, como los cuestionarios que contienen los síntomas de cada trastorno y que son calificados de acuerdo con una escala que establecen.

También Braunstein (2013) menciona que “en el domino entero de la medicina, las enfermedades no son objetos naturales que se podrían encontrar en el mundo como se recogen hierbas en el campo” (p. 28) sino que se tratan de conceptos abstractos que se construyen por la recolección de signos y síntomas en síndromes que después define como objetos de investigación.

A partir de esto último, Braunstein (2013) explica que las enfermedades mentales existen, pero sólo porque se les nombra y al nombrarlas es que pueden existir. Y agrega que: “el énfasis en la clasificación y el intento de definir entidades discretas e indiscutibles, allí en donde sólo hay nomenclaturas, significantes, objetos abstractos de conocimiento, forma parte del mecanismo de adquisición de apariencias científicas, de simulación de una ciencia allí donde no hay alguna” (p. 31). Esto último, sustenta lo que al principio de éste capítulo se dijo sobre la existencia de los objetos, que sólo es posible a partir de su nombramiento, de su inclusión en el universo simbólico y en el lenguaje como un significante diferente a los demás. Pero también, permite aclarar ciertas cosas con respecto a la psicosis infantil.

Por lo tanto, del análisis realizado por Braunstein, se concluye que la clasificación de las enfermedades y trastornos mentales no cuenta con una solidez o sustento teórico, se trata de una clasificación que sirve como lenguaje común entre el campo de la psiquiatría, en donde cada nombre o categoría surgió a partir del intento de naturalizar a los trastornos mentales, cuando no lo son, ya que cada desorden es nombrado bajo el peso histórico y social en que se encuentran las instituciones clasificadoras y la visión particular de quien las nombra, sus prejuicios y subjetividad, ya que la observación no le permite tener una base suficiente para sustentarlos. Además, cada clasificación no está lo suficientemente bien definida para poder ser esclarecedora y genera una serie de confusiones al momento de diagnosticar, lo que provoca que los interesados en utilizar esas clasificaciones se encuentren con nombres sin sentido, mutuamente incluyentes y con incongruencias en sus definiciones y sus diferencias, dejándolas como amalgamas unas con otras.

Ahora, si se junta cada punto hasta aquí analizado, se pone en tela de juicio la sustentabilidad de la psicosis infantil como nosología y concepto, únicamente en lo concerniente al campo de la psiquiatría. Si ésta resultó de una definición paralela a la clasificación y nombramiento de las enfermedades mentales, dándose además el caso de que la semiología de la psicosis infantil partió de esa misma clasificación, de un acoplamiento de la nosología en adultos hacia la infantil, y siendo esa nosología inexacta, no científica, sin sustento teórico de los orígenes de cada categoría y siendo el producto de una demanda histórico-social, perteneciente a la subjetividad de una generación de clasificadores (Pinel, Kraepelin, Bleuler, etc.), entonces la psicosis infantil, como concepto y nosología resultarían ser un simple nombre, abstracto, sin sustento teórico y sin fundamentos suficientes como para colocarla como concepto y nosología independiente, incluso, se podría decir que su

existencia, más allá de un nombre, de una abstracción, no es posible.

Esta afirmación se sustentaría desde el momento en que se descartó a la conducta como medio de identificación de la psicosis infantil. Resulta además insuficiente definir que esos trastornos reflejados en la conducta sirvan para afirmar que se trata de delirios o alucinaciones, ya que ambos se tratan de fenómenos de otro tipo, fenómenos que responden a una lógica propia de la estructura psicótica. Se añade la aclaración realizada sobre la infancia, ya que si se utiliza el término infantil como un periodo biológico, en realidad esa postura es escasa para responder a lo que define al ser humano; se trata de la estructuración subjetiva, en donde el ser humano está desnaturalizado al ser hablante, deseante e inconsciente al estar dividido, al ser un sujeto sujetado al lenguaje.

Por lo tanto, no se puede hablar de infancia como etapa biológica desde la estructura, ya que, aunque existen aspectos biológicos como la maduración, el crecimiento, los cambios hormonales, etc. éstos no dan cuenta de la subjetividad del ser humano y de hecho, como se vio en el primer capítulo, el propio cuerpo del sujeto se estructura al ser identificado fuera de él mismo, en relación con lo que se nombra de ese cuerpo, que se forma en el espejo con otro cuerpo.

De ésta forma, la infancia, desde lo que corresponde al sujeto y al ser humano, anclado en lo que Freud seguido de Lacan sustentaron y teorizaron de manera rigurosa, es un momento de la estructuración subjetiva, un momento en el que ocurren experiencias específicas de la constitución del psiquismo y de lo que únicamente se tienen remanentes, residuos particulares a cada sujeto, ya que la infancia de cada uno es diferente a los demás, aunque los momentos de estructuración ocurren por igual, y son vividos de manera particular.

Entonces, si la infancia no puede ser entendida desde la biología, y la psicosis desde la clasificación, la psicosis infantil, desde el campo de la psiquiatría e incluso desde la psicopatología, resulta inexacta, insostenible, vacía de sustentos sólidos, llegando a plantearse que es prácticamente inexistente. Más aún, porque las propuestas revisadas apuntan hacia una clasificación y conceptualización del autismo, que es un campo de análisis completamente diferente y que requiere ser separado por completo de lo que sería una posible psicosis infantil.

Hasta este punto es más que evidente que lo que puede estar conceptualizando y diagnosticando la psiquiatría como psicosis infantil, se trata más bien de un intento de definición y no de algo plenamente construido como concepto o nosología. Pero resulta aún más evidente que esos intentos de generar un concepto y clasificación propias de la psicosis infantil, por las bases que toma, como la clasificación patológica hecha en adultos, la idea del ser humano definido por conductas y por su biología, la localización cronológica de la infancia a partir de etapas aparentemente observables, la idea de psicosis como enfermedad mental, no sirven para tener algún conocimiento bien constituido y argumentado sobre la psicosis infantil.

Cabe aclarar que no se cuestiona que existen definiciones y listados clasificatorios de ésta psicosis de la niñez, porque están escritos, son nombrados por la psiquiatría y eso les da un lugar, pero si se trascienden esos nombres y listados, y se va hacia sus fundamentos y bases, en realidad no existe nada en ese lugar, no hay nada que los sostenga, no existe nada sólido.

Por lo tanto, no hay una psicosis infantil como tal desde ésta postura psiquiátrica y médica, no la hay en tanto no hay fundamentos teóricos ni explicativos de la misma, más aún, cuando enmarcan a la psicosis infantil en criterios de anormalidad, de enfermedad, de considerar que si un niño se comporta extraño, extravagante, raro, como con tintes psicóticos porque dice cosas raras, no habla bien, se aleja de los demás, asusta a los demás, se vuelve explosivo y después regresa a la calma y por lo tanto se trata de una psicosis, porque esas visiones, esos calificativos, esas percepciones prejuiciosas sólo llegan a supuestos e interpretaciones hechas por quienes dicen saber sobre psicosis infantil porque conocen a la perfección a la psicosis en sujetos adultos.

Es así que la postura de la psicosis como estructura y el de infancia como momento estructural y lógico de la constitución psíquica, será el siguiente punto de análisis para cuestionar las posibilidades que tiene la psicosis infantil de presentarse como estructura. Se tomarán las bases sobre considerar al sujeto con su psiquismo y a la psicosis como posible estructura diferente a la neurosis y a la perversión, cuya lógica se define a partir de momentos estructurales específicos (estadio del espejo, complejo de Edipo y complejo de castración), por lo que se pasará al análisis de estos aspectos y ver así cuál es el lugar que tiene la psicosis infantil desde esta perspectiva.

## **b. Cuestionamiento de la existencia de la Psicosis Infantil como estructura desde el Psicoanálisis**

### **i. Cuestionamiento sobre el concepto y la estructura.**

Éste apartado inicia con lo que menciona Tendlarz (2007) sobre el concepto de psicosis infantil dentro del campo del psicoanálisis: “a diferencia de la neurosis infantil, la psicosis infantil no existe como concepto” (p. 12), con ésta cita ésta autora hace referencia al hecho de que el término de psicosis infantil nunca fue utilizado por Lacan, ya que él hablaba de la psicosis como una estructura, tal como se define la estructura propia del sujeto.

Al no existir la psicosis infantil como concepto desde el psicoanálisis, debido a las condiciones propias de la estructura, existen ciertas propuestas al respecto de considerar una posible psicosis en la infancia, con base en planteamientos estructurales, ya que involucran a las estructuras clínicas, es decir, a la estructura neurótica, la perversa y la psicótica. Tendlarz (2007) siguiendo éste punto propone tres posibles significaciones o lugares que el niño puede tomar en relación con la madre y son:

- Como síntoma, que definiría una posición neurótica.
- Como falo de la madre, en donde se trataría de una posición perversa.
- Como objeto del fantasma de la madre, en donde se trataría de una posición psicótica.

El niño como síntoma de la madre, se trataría de una posición en donde el niño “evidencia la verdad y muestra la estructura” (Peskin, 2003, p. 320), es decir, se colocaría en el lugar de las palabras y malestares de la madre o de los padres, como el que dice la verdad de lo que ocurre en la estructura de éstos. Por el lado de la posición como falo, sería una posición perversa, que tendría que ver con esa oscilación entre ser y no ser el falo para la madre, entre provocar su deseo a la vez de que intenta alejarse de ello, entre aceptar la castración y separación con ella y retando esa castración, esa ley del padre.

Por último, estaría la posición como objeto del fantasma de la madre. La diferencia que tiene con las otras dos posiciones, es que aquí se hace referencia a la forma en que aparece el deseo en el sujeto y en su estructura. El deseo aparece cuando tiene lugar y efecto la castración, dejando la falta primordial que determina al sujeto a buscar un objeto de satisfacción, el objeto *a* (como se revisó en el capítulo uno). Este momento de la castración, tiene como efecto el que lo ocurrido en el complejo de Edipo quede reprimido (para el caso de la neurosis), dejando sólo restos de esa vivencia (siendo ese resto el objeto *a*). Por lo tanto, la estructura que se define a partir de esos restos, de esos efectos, se le llama fantasma, que como lo explica Evans (2008), es la forma en que cada sujeto se defiende de la castración, lo que define su estructura, y que tiene relación con el objeto *a*.

El fantasma es una particularidad, la forma de estructurarse de un sujeto, es también lo que queda como resto y efecto de la castración. Entonces cuando se habla de que el niño puede colocarse como objeto del fantasma materno, se refiere a que el niño se coloca como ese objeto de satisfacción de la madre, como su objeto *a*, que en el complejo de Edipo, se trata del momento en que la madre intenta completarse con el niño, hacerlo su objeto que la totalice, y el niño queda entonces a disposición y merced de ese lugar.

Ésta posición se diferencia del lugar como falo por el hecho de que el niño que se coloca como falo, se encuentra dentro del mundo simbólico y la ley que lo define, sólo que a esa ley la reniega, pero sus actos estarían en función de intentar ser o no ser el falo. Pero en el caso del objeto, el niño no tendría lugar más que el de una cosa que la madre usa para su satisfacción, para su completud, así como lo explica Peskin (2003) de la siguiente forma: “el hijo ubicado en el lugar del objeto *a*, no tendría chances de subjetivarse, estaría del otro lado de la posición alternativa de la subjetividad, del lado de la cosa” (p. 326). Es una posición

sin falta, una cosa sin subjetividad propia, en parte como lo que define a la psicosis.

Una vez aclarados estos puntos, dentro de ésta propuesta de definir las tres posibles posiciones que puede ocupar el niño, se tienen diversas consideraciones. Empezando por el caso del niño que se coloca como síntoma, Tendlarz (2007) hace la aclaración de que es indispensable diferenciar entre el niño como síntoma y el síntoma del niño, ya que el primer caso se refiere a la manera en que las palabras de los padres se manifiestan y se alojan en el niño, mientras que el síntoma del niño se trata de la propia subjetividad de éste, que expresa sus malestares, que habla de sí y de sus propios deseos.

Pero aquí también es necesaria otra aclaración. Si se habla de un síntoma en el niño que éste expresa en un tratamiento analítico, se estaría ante la presencia de un sujeto que habla, un sujeto estructurado neuróticamente. Aunque, si retomamos la idea principal de la estructura y del sujeto, en la que ambos son atemporales, el sujeto es simplemente un sujeto, no tiene edades ni periodos.

Ésta última idea se refiere a lo que conceptualmente es la neurosis, tal y como lo expresan Laplanche y Pontalis (1996): “Afección psicógena cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico que tiene sus raíces en la *historia infantil del sujeto* y constituyen compromisos entre el deseo y la defensa” (p. 236). Estos autores destacan que la neurosis tiene sus raíces en la *historia infantil del sujeto*, es decir, que la infancia la reconstruye en su relato, en su historia particular. Por lo tanto, aunque se hable de neurosis en la infancia, en realidad la neurosis se estructura desde la infancia, por lo que la única forma de saber acerca de esa infancia y de esa neurosis es lo que puede decir el sujeto al respecto de ello, lo que reconstruya en sus palabras, actos, sueños, síntomas, etc. es decir, en sus

efectos estructurales.

De esta conclusión, se puede desprender que la neurosis sea entendida como estructura, fuera de tiempo cronológico y resignificada en la historia que está estructurada en el discurso del sujeto; si los autores que proponen una posición como síntoma en el niño, que hablaría de una estructura neurótica, se refieren a una neurosis plenamente manifiesta en un niño pequeño que habla sobre lo que le ocurre, entonces estarían proponiendo una neurosis diferenciada en la infancia y otra en la edad adulta, lo que resultaría contradictorio en términos estructurales, pues tanto Freud como Lacan, nunca hablan de la neurosis en términos temporales cronológicos.

Aún y cuando Freud (1914-1918/2012) hable de neurosis infantil, siempre lo hará en función de su localización específica en el discurso, historia y estructura del sujeto, como en el caso del hombre de los lobos descrito en el capítulo anterior. Bajo este rubro, puntualiza la importancia del relato y recuerdo que tenga el sujeto sobre su infancia, siendo éste el medio fidedigno para la conceptualización de la neurosis, pues contrasta la manera en que al sujeto infantil se le prestan demasiadas palabras y recuerdos, lo que pone en severas dudas la validez de ese tipo de análisis:

El análisis llevado a cabo en el sujeto neurótico infantil parecerá, desde luego, más digno de confianza, pero no puede ser muy rico en contenido. Hemos de prestar al niño demasiadas palabras y demasiados pensamientos, a pesar de lo cual no lograremos quizá que la conciencia penetre hasta los estratos psíquicos más profundos. El análisis de una

enfermedad infantil por medio del recuerdo que de ella conserva el sujeto adulto y maduro ya intelectualmente no presentan tales limitaciones (Freud, 1914-1918/2012, p. 1942).

De esta idea, se puede cuestionar que si un niño habla de cosas que le aquejan, cómo saber que eso no es una réplica de lo que dicen los padres, y cómo saber que se trata de una estructura neurótica. Éste problema se vuelve cíclico, ya que si la neurosis y la estructura psíquica son atemporales, entonces se podría pensar en que es posible que se manifiesten en cualquier momento de la vida biológica de un ser humano, pero entonces, si para el entendimiento de la neurosis y de la estructura del sujeto, no se puede hablar de aspectos biológicos, sería innecesario hablar de infancia, adolescencia, adultez, etc. y simplemente de sujetos, ni pequeños ni grandes, pues un sujeto es un ser hablante no regido por etapas de desarrollo biológico.

Es decir, la neurosis y la infancia sólo son aprehensibles mediante lo que el sujeto reconstruya y hable de ellas a través de su discurso y de su recuerdo, como lo menciona Mannoni (1967) “en el psicoanálisis tal como se constituyó al comienzo, la infancia sólo figuraba (en lo que de ella informaban los adultos) como recuerdos reprimidos “ (p. 7), pues la neurosis como estructura no puede entenderse mediante una división temporal o de etapas biológicas, así como tampoco el sujeto y su estructura que de igual forma no son cronológicas, ya que su psiquismo y lo que hable de su infancia, de su neurosis y de su deseo, está anclado en el mundo simbólico del lenguaje.

Estas consideraciones, impactan o tienen efectos directos sobre las otras dos propuestas, aunque para el fin de éste trabajo se irá directamente al planteamiento del niño

colocado como objeto del fantasma de la madre, que sería el lugar correspondiente a la psicosis. En particular, como lo mencionó Tendlarz (2007), en la psicosis el niño ocupa el lugar de objeto de la madre, forcluyendo o rechazando por completo al padre que instaura la ley simbólica de la castración, por lo que no se separa de ella.

Lo importante a destacar de esta propuesta es que al igual que la neurosis o el lugar del niño como síntoma, que se expresa a partir de la reconstrucción que haga el sujeto de su historia infantil, solo hay una forma en que puede conocerse la psicosis: en el momento del desencadenamiento, que es cuando aparece el padre desde lo real, cuando el sujeto se topa con el hecho de que el mundo simbólico implica sustituir las cosas por sus representantes, los significantes, y que él mismo tuvo que haber sido representado, dejando algo de sí mismo en el momento de su castración, de su separación con la madre para poder acceder al mundo simbólico en donde podrá buscar algún objeto que llene esa falta, pero al no acceder de ésta forma al mundo simbólico, esa amenaza de castración le llegará desde el mundo real, desde las cosas, apareciendo el padre como intentando desmembrarlo, separarlo literalmente, por lo que tratará de encontrar sentido a ese mundo desmembrado, aterrador, real.

Peskin (2003) señala lo siguiente al respecto de lo que se dijo en el párrafo anterior: “la psicosis la conocemos una vez que se ha desencadenado, y más aún, una vez que empezó su restitución, en el intento de curación” (p. 100). Si la psicosis sólo se conoce en el momento de su desencadenamiento y si además se considera que el niño, en ésta estructura, ocupa el lugar del objeto materno, siguiendo la lógica de la estructuración subjetiva y de la estructura psicótica, se estaría argumentando que un sujeto psicótico optó durante su infancia por posicionarse en el lugar del objeto del fantasma de la madre, es decir, optó por no castrarse, tratando las experiencias de estructuración del sujeto de manera retrospectiva.

Lo que resultaría en afirmar que para considerar una psicosis infantil en términos concretamente estructurales, resulta necesario aclarar que la psicosis es simplemente psicosis, sin tiempos o etapas como infantil o adulta, y que ésta se manifiesta en el desencadenamiento, que puede ocurrir en cualquier momento, no en uno específico, como algún evento traumático del niño, o el abandono por alguno de los padres, etc. Además, lo que previamente ocurrió o más bien, lo que se encuentra de por medio al desencadenamiento de la psicosis es la respuesta subjetiva del sujeto por no castrarse, colocándose *él mismo* en el lugar del objeto del fantasma de la madre, en el lugar de ser todo con ella, de no separarse, de ser todo lo que ella desee.

Por lo tanto, afirmar que el sujeto es el que decide o no castrarse, es porque en realidad lo que hagan o no los padres no tiene relación directa con lo que el niño de igual forma haga, o en otras palabras:

Si decimos que efectivamente hay una estructura, el famoso deseo de los padres, hablamos de que estaría plenamente prefijado a qué lugar va a ir a parar ese bebé: esto es una estructura. Pero para Lacan, ese no es un lugar absoluto, en el sentido de que no está prefijado y preestablecido en la estructura, y de que no necesariamente el sujeto irá a parar allí y entonces pasará tal o cual cosa, sino que siempre se conserva el azar (Peskin, 2003, p. 88).

Con ésta explicación el autor muestra que el sujeto no tiene determinado a qué lugar irá a posicionarse y que tampoco se puede suponer su lugar en función del trato o deseos de

los padres, sino que dependerá del azar de su respuesta subjetiva y particular, desde la forma en cómo va a responder a los deseos de los padres, cómo responder a los mandatos maternos, y en particular, si castrarse o no. Sobre todo, porque los padres desde la estructuración, son funciones y no personas reales, por lo que el niño responde a esas fuerzas y deseos que después son colocados en un individuo que no necesariamente será los padres biológicos. También Peskin (2003) menciona que la psicosis está determinada por el propio sujeto, aún aunque se pueda llegar a demostrar que haya madres capaces de psicotizar, ya que los padres serán de una forma, lo tratarán de una manera, la hablaran a su modo, etc., pero la respuesta subjetiva que de el niño será totalmente diferente o no relacionado con lo que los padres hagan.

Ésta aclaración resulta indispensable para entender que si bien se habla de la posición que tiene el niño con respecto a los padres, o específicamente ante la madre, no tiene que ver con que la madre lo coloque ahí y el sujeto no haga nada, sino que es la respuesta del propio sujeto la que importa, por ejemplo, se puede tener a dos sujetos frente a su madre y si ésta les dice que se tienen que poner una chamarra para salir de paseo, uno puede ir corriendo y ponerse la chamara e incluso guantes, el otro puede que se quede inmóvil o se ponga a jugar o simplemente diga que no, aunque eso provoque que su madre se enoje y lo golpee.

Por lo tanto, la posición que el niño haya optado por tener, no puede ser localizada en términos cronológicos, es más bien una propuesta que se refiere a lo que el niño o lo que el sujeto decidió en su infancia, que no dependió de lo que hicieron o no los padres. En específico con la psicosis, el decir que el niño se colocó como objeto de la madre, no define una estructura psicótica infantil, sino que define lo que el niño hizo o pudo haber hecho en su infancia y que lo llevó a decidir no castrarse y permanecer unido a la madre, pero que

solamente se podrá saber si efectivamente se trató de una psicosis en el momento en que se desencadene, ya que, como se vio en el primer apartado de éste capítulo y en el capítulo dos, un sujeto psicótico se puede comportar con normalidad y puede permanecer así a menos de que aparezca algo que lo desencadene, algo que tenga que ver con una alusión al padre que no simbolizó.

## **ii. Cuestionamiento sobre la fenomenología psicótica.**

La última afirmación, plantea otra posibilidad, ya que si se habla de la psicosis como algo atemporal y del desencadenamiento no relacionado a un momento específico de la vida del sujeto, entonces cabría la opción de que un niño podría vivenciar un desencadenamiento psicótico y que se manifestaría en delirios y alucinaciones. Esta posibilidad genera un problema de inicio y que tiene que ver con la forclusión, ya que si se piensa en un desencadenamiento desde la infancia, entonces se llegaría a la pregunta planteada por Trejo (2012): “¿a partir de qué momento, en el transcurrir de la vida de cada uno, corresponde decir que el significante del Nombre del Padre ha quedado forcluido?” (p. 41).

Esta pregunta genera la suposición de que si existe un desencadenamiento desde la infancia que manifieste una estructura psicótica, entonces habría la posibilidad de hallar en qué momento ocurrió la respuesta subjetiva en que el niño forcluyó al padre. Se hace la cuestión en relación a lo que muchas veces se supone del padre, pues se toma como razón suficiente decir que si el padre biológico no está, entonces habrá severos conflictos psíquicos, suponiendo incluso que esto provocaría la forclusión del Nombre del Padre, pero en realidad “la función paterna no está necesariamente ligada a la figura imaginaria del padre. Incluso

puede no haber un padre en un sentido real (por alguna razón, como el fallecimiento) y lo será otro, incluso la madre” (Peskin, 2003, p. 99).

Por lo tanto, al ser el padre una función, y la forclusión una decisión íntima del sujeto, proponer si ocurre o no un desencadenamiento desde la infancia no podría ser especificado a través de intentar localizar el momento temporal y preciso de la forclusión, a partir de la relación que tenga el infante con el padre real o biológico, o con lo que hagan o no hagan los padres con el hijo (como su ausencia, sus actos, si lo tratan “sanamente” o no, etc.). Esto principalmente por las complicaciones que ya se encuentran en el entendimiento de la psicosis como estructura, que como se vio, su constitución y determinación no depende de factores o causas directas, como factores ambientales, o sociales, constitución familiar, parto, relación materna, etc., sino de la manera en que el sujeto interprete y de las respuestas subjetivas a cada momento de la estructuración subjetiva, la manera en que decida o no aceptar la castración y las condiciones del lenguaje y de su estructura.

No se puede precisar el momento, el día y el evento que hizo que ese sujeto forcluyera al padre, ni qué es lo que hará que ese sujeto se desencadene psicóticamente. Por lo tanto, para el caso de la psicosis infantil, generar una propuesta que afirme que lo que se tiene como psicosis infantil es una estructura propiamente psicótica, se topa con las dificultades mismas de la comprensión de esa estructura, de que al ser esta última un efecto de las vivencias íntimas del sujeto en su estructuración, no se puede visualizar o decir con seguridad que en tal o cual suceso ocurrió la represión, la castración, la forclusión, el momento de identificación, o cualquier momento de la constitución del psiquismo.

Como se vio en el caso de la neurosis infantil, que simplemente se trata de neurosis ya que la neurosis es una estructura no especificada a una etapa biológica de la vida del ser humano, el decir que existe una estructura psicótica específica de la infancia resulta incongruente por el simple hecho de que la psicosis, como estructura, efecto y acontecimiento es atemporal, lo que reafirmaría que la psicosis es sólo psicosis; de igual forma, esto abre la posibilidad de hablar de la manifestación de fenómenos psicóticos, como el delirio y la alucinación, en cualquier momento o etapa biológica de un sujeto, aunque nuevamente está aquí el aspecto indispensable de que para hablar de psicosis, de sujeto y de estructura, no es posible tomarlos desde una visión biologicista o cronológica.

El problema que representa esta posibilidad, es que en realidad lo único que puede dar cuenta de esa estructura psicótica es precisamente su manifestación, esos fenómenos que permiten saber si hay o no una estructura psicótica, aunque también se presentan ciertos problemas con respecto a estos fenómenos. En concreto, decir que el niño llegue a alucinar o delirar, es un argumento que se debatió en el apartado anterior, pero en este caso se trata de analizar ésta postura desde otra perspectiva, desde su entendimiento como fenómenos que ocurren desde lo real.

Lo real desde la teoría lacaniana es aquello que no puede ser simbolizado o creado por imágenes, como lo mencionan Leader y Groves (2008) y Evans (2008), es el tercer registro de la realidad humana, junto con lo simbólico y lo imaginario, pero también es lo que escapa de la realidad, ya que al ser insimbolizable es incognoscible. También éstos autores mencionan que la realidad es imaginaria porque nuestro Yo nos permite racionalizaciones de lo que vemos y es simbólica porque esos objetos tienen un nombre y eso les otorga sentido; en cambio, lo real escapa de eso imaginario y de eso simbólico porque

no se puede racionalizar, no tiene sentido, es cuando vemos algo que nos parece extraño, que no se puede explicar con la palabra porque no se puede nombrar ni podemos hacernos una imagen clara de eso. Un ejemplo de ello es la angustia, pues en el momento en que aparece no puede percibirse que es lo que lo ocasiona, ni de dónde viene esa angustia, nos inmoviliza y nos paraliza, nos enmudece, nos hace sufrir, simplemente no se sabe qué es.

El otro caso de lo que es proveniente de lo real, como lo es la angustia, es la alucinación y el delirio. Cuando el psicótico no simboliza la ley del padre, que es la que permite que el sujeto se introduzca en el mundo simbólico y de los objetos que son representados por el lenguaje, el psicótico no simboliza su deseo, por un sustituto, sino que se queda a merced de la inmediatez de la madre y de su deseo, lo que hace que él mismo, su propio cuerpo, las cosas sean vividas como algo real, sin sentido, las palabras no son suficientes para explicar lo que siente, no sabe qué hacer con ciertas responsabilidades simbólicas, que son las que hacen alusión al padre, como cambiar de puesto a uno de mayor responsabilidad, entrar a la escuela o incluso ser padre. Estas alusiones al padre las vive como algo real, pues no tienen sentido, es como si a una persona le dijeran “vas a ser padre, y ese hijo es una parte de ti, por lo que vas a perder un brazo, una pierna, un ojo, etc. para darle cuerpo a ese hijo”, es decir, son vividas literalmente, sin sustitutos simbólicos, sin la mediación de lo que hace el padre, sustituir, simbolizar y representar.

De lo anterior, resulta entonces que el psicótico alucine o delire ese mundo de cosas, tratando de otorgarles sentido, pues literalmente lo que dice el psicótico de su alucinación y de su delirio es algo real, son las cosas crudas, como si tomáramos un diamante y todas las personas (neuróticas) vieran efectivamente un diamante, el psicótico diría que es una piedra dura y fría, que la luz que refleja es terrible, es una luz que lo ciega y entonces dirá que esa

piedra es proveniente del infierno y que la luz que emana son los rayos que salen de los ojos del diablo.

A partir de ésta explicación, queda claro que la alucinación y el delirio, son reales, son fenómenos que ocurren en la psicosis y que no pueden ser simbolizados o racionalizados. Pero, ¿de qué forma afecta esto a la comprensión de la psicosis infantil? Anteriormente, se mencionó que la psicosis solo se conoce en su desencadenamiento, que incluso, como lo menciona Peskin (2003) sólo puede conocerse en el momento de su intento de curación, es decir, cuando aparecen el delirio y la alucinación.

Pero, al ser ambos fenómenos reales, no se pueden interpretar o no pueden ser comprendidos o analizados como lo sería algún síntoma neurótico, que se refiere al deseo inconsciente del sujeto y por lo tanto ese sujeto puede referir y nombrar aquello que le aqueja. En el caso del delirio y la alucinación, no se puede hacer lo mismo, pues no hay referencia de algo inconsciente o de algún deseo que el psicótico esté tratando de nombrar, pues no se separó psíquicamente de la madre para poder simbolizar un deseo propio. Por lo tanto, el problema se genera a partir de intentar interpretar o afirmar que ante ciertos comportamientos o actitudes, un niño está alucinando o delirando, pues estos fenómenos no pueden ser simbolizados o interpretados.

A partir de esto, es importante destacar que ante lo real, sea alucinación, delirio, angustia, etc. el ser humano intenta saber qué ocurre con eso real, intenta saber algo que le permita comprenderlos, manipularlos o al menos acercarse a su nombramiento. Pero, intentar saber qué es eso real, o intentar generar un saber de eso real haría que eso dejara de ser real, tal como lo explica Foulkes (1993) de la siguiente forma: “Si hay un saber en lo real, de él

no sabremos nada o no será real, pero si es lícito y posible escucharlo cuando habla, aun cuando la interpretación psicoanalítica sea inoperante porque no se está frente al saber del inconsciente” (p. 7).

Es decir, que la diferencia entre querer saber algo de lo real y algo del inconsciente es que lo real no puede saberse, no se puede conocer, mientras que lo inconsciente, es un saber perteneciente al sujeto, son sus determinantes, es el saber de su deseo y el sustrato estructural del que parte su discurso, aunque es un saber que tampoco es completo, pues el deseo nunca se satisface ni deja de existir. Por lo tanto, si un niño dice cosas extrañas, se comporta como si estuviera alucinando, ¿se puede afirmar que efectivamente se tratan de fenómenos alucinatorios o delirantes?

La pregunta se genera, no solo a partir de decir que lo real no puede interpretarse o saberse, sino que además, como se vio en los apartados anteriores, una conducta no puede dar pie a decir que efectivamente un niño está alucinando, ya que si hablamos de estructura psicótica, los fenómenos que ocurren en ésta solo se presentan en alusión al padre, en el momento en donde el psicótico intenta rearmar su realidad, y no corresponden a conductas específicas. Por lo tanto, la única vía de aproximación, no de saber ni de esclarecimiento específico, hacia la alucinación y el delirio, es lo que el propio sujeto exprese o hable de eso que alucina o delira.

Esto último muestra la complejidad de afirmar la presencia de psicosis infantil por la manifestación de fenómenos psicóticos como el delirio o la alucinación, pues al ser fenómenos reales son insimbolizables e ininterpretables, pero es a partir de lo que pueda hablar el sujeto de eso que delira o alucina que puede haber una aproximación a ambos

sucesos, ya que, como lo menciona Evans (2008), “sólo lo que está integrado en el orden simbólico existe, plenamente en este sentido, puesto que no existe ninguna realidad prediscursiva” (p. 86). Sólo lo que exprese y hable el sujeto dará pie a afirmar si es o no un delirio o una alucinación.

En el caso de Schreber, Freud (1910-1911/2012) utiliza lo que ese paciente escribió en su autobiografía para hacer un análisis de los fenómenos que vivía Schreber. Después Lacan retoma el trabajo realizado por Freud, y de igual forma utiliza lo escrito por Schreber como base inicial para poder armar toda la teoría cerca de la estructura psicótica. Para el caso de la psicosis infantil ocurre lo contrario, pues se tienen las siguientes consideraciones que impiden su existencia estructural, es decir, su presencia como psicosis exclusivamente infantil:

- La psicosis infantil no se generó como concepto propio desde el psicoanálisis lo cual la hace inexistente en términos teóricos.
- La infancia solo es posible y accesible a ella mediante el discurso del sujeto que la reconstruye y resignifica en la cadena de su discurso.
- Lo que se observa en un niño pequeño no puede ser interpretado porque se tratan de fenómenos y eventos reales.
- Lo que define al ser humano son actos de los que el actor es responsable descartando a las conductas observables como definatorias de algo relacionado con la estructura.
- El delirio y la alucinación se sostienen en la alusión al padre y la castración desde lo real (es decir, la vivencia del psicótico de ser desmembrado, cortado) y por lo tanto,

cualquier cosa que exprese de aquellos fenómenos tiene que sostenerse en esta lógica de su estructura.

Con los puntos anteriores, es difícil afirmar la existencia de una psicosis propiamente infantil, más aún si se toma en cuenta lo que Foulkes (1993) aclara con el siguiente comentario: “Freud ofrece diversas apoyaturas a esta naturaleza neurótica de las alucinaciones. Piénsese en las referencias a las alucinaciones ocurridas en la infancia con oportunidad del requerimiento de la simbolización de la castración, casos en los que advierte que no debe pensarse en una psicosis” (p. 12). Éste autor propone que dentro de la obra de Freud existen referencias en la que hay la posibilidad de estar ante alucinaciones que se tratan de proyecciones del deseo, como formas alucinatorias de realizar el deseo.

Además este autor menciona que en los casos de histeria analizados por Freud ocurrían fenómenos de tipo alucinatorio, o delirantes en ciertos casos de obsesivos. También Foulkes (1993) genera una crítica hacia los tratamientos analíticos en donde se afirma que en la psicosis puede reintegrarse lo forcluido, pues afirma que “ello induce a pensar que, o bien se trata de algo no forcluido en lo real sino de algo reprimido o bien hay que plantearse un funcionamiento diferente a la metáfora delirante de lo forcluido” (p. 10).

Un ejemplo de ese intento de remitir a la psicosis infantil es lo que menciona Trejo (2012) “la experiencia nos muestra que la psicosis, al igual que el autismo en la infancia, son posibles de remitir, incluso sin dejar consecuencias en el devenir de la estructura del sujeto implicado” (p. 42). Esta propuesta, de acuerdo a Foulkes (1993), evidenciaría que no se trata entonces de una psicosis en donde ocurrió la forclusión, sino de algo no forcluido y de algo totalmente diferente a un mecanismo psicótico.

Otro aspecto que Foulkes (1993) trata es que ante los fenómenos psicóticos se puede estar ante “formas subclínicas de psicosis” (p. 11), o formas de psicosis latente que no necesariamente se presentarán como una psicosis.

Ahora bien, es necesario reiterar que la psicosis no puede abordarse desde una postura patológica que la catalogue como cuadro clínico, sino que su lugar es el de una estructura que representa una posible forma de existencia en el mundo simbólico. Entonces, el hablar de formas subclínicas de psicosis suena más bien a una forma de categoría o de clasificación, aunque también deja la posibilidad de que ante ciertos fenómenos que se perciban en un niño como de tipo psicótico, en realidad podría tratarse de otro tipo de fenómenos o incluso de creencias o de actos meramente neuróticos.

### **iii. Cuestionamiento sobre sus aspectos existenciales.**

Intentar localizar los fenómenos, actos, palabras, o cualquier cosa que haga un niño en algún tipo de estructura o diferenciarlo como psicótico, neurótico o perverso, es una forma igualmente de clasificación como lo haría la psiquiatría. Otro aspecto que delimita las posibilidades existenciales de una estructura psicótica infantil es que definirla como estructura o como concepto desde el psicoanálisis resulta complicado porque el niño se encuentra aún en estructuración, como lo menciona Trejo (2012):

En particular se trata de un sujeto infantil cuya estructura se encuentra aún en proceso de construcción, determinada por

Otros, y otros nombres propios. ¿Tiene sentido tratar a un niño que, en la mayoría de los casos muestra claramente el efecto de las desavenencias parentales y familiares?” (p. 19).

Quien también comparte lo que menciona Trejo (2012), es Peskin (2003) quien menciona lo siguiente:

¿Se podría hablar de una estructuración psíquica de entrada en los niños como para abordar al sujeto? Creo que sería problemático el abordaje si no han construido una relación mínima con el mundo del lenguaje, ni siquiera en las formas más iniciales de relación con la lengua, pero no pensándolo como un déficit de desarrollo, sino como una no-entrada a la estructuración de una subjetividad (p. 119).

Esto quiere decir que ante un sujeto infantil como lo dirían Trejo (2012) y Peskin (2003), o ante un niño, no se puede determinar específicamente alguna estructura si ésta se encuentra aún en construcción, si no hay aún un sujeto, si no se ha llevado a cabo la estructuración subjetiva que le da origen a partir de su entrada en el mundo del lenguaje como un sujeto propiamente dicho. Si bien es cierto que se ha venido argumentando que la infancia, desde el punto de vista estructural, no puede tomarse como un momento cronológico específico sino como una reconstrucción que el sujeto hace con su discurso, también es cierto que ese niño, biológicamente pequeño, se encuentra a merced de la madre, del padre, de los hermanos, de otras personas, claro está que eso no determina las decisiones o respuestas

subjetivas que el niño dará ante esos otros sujetos.

Si por el lado de los fenómenos es difícil determinar que se trata efectivamente de fenómenos psicóticos por el problema que representa que sean sucesos reales ininterpretables, desde el aspecto de la estructuración subjetiva se genera la duda sobre si ya se puede definir una estructura propiamente dicha o si ese niño sólo es un objeto, o si está aún en un momento de la constitución de su Yo y de su imagen, o si ya se está definiendo como sujeto deseante.

#### **iv. Conclusiones preliminares.**

Los problemas que se plantean hasta este instante apoyan tanto la posibilidad de estar ante una estructura psicótica en un niño, como tratarse de algo completamente diferente, incluso cabiendo la posibilidad de que no haya estructura definida. Lo que en todo caso esclarecería estos cuestionamientos es que, como se dijo más arriba, si un sujeto habla y hace uso de la palabra como sujeto responsable de sus actos y de su discurso, se estaría ante la constitución de un psiquismo y de un sujeto instaurado, pues un sujeto sólo existe por ser hablante, por tener un lugar y un compromiso con sus determinaciones simbólicas.

Pero también es cierto que no porque se vea que un sujeto hable de cierta forma se puede garantizar una estructura precisa. La diferenciación de cada estructura se hace en función de su lugar correspondiente en el mundo del lenguaje y de los mecanismos que las determinan a cada una; la represión a la neurosis, la renegación a la perversión y la forclusión a la psicosis.

El punto al que lleva todo esto con respecto a la psicosis infantil, es que no puede sustentarse conceptualmente y que tampoco puede caracterizarse como psicosis propiamente infantil a modo de colocarla como una estructura psicótica propia de los niños. Pero de igual forma, tampoco se puede hablar de psicosis en el adulto, o de alguna otra edad cronológica, puesto que eso resulta contradictorio con la estructura psíquica del sujeto.

En cuanto a la diferencia entre psicosis infantil y psicosis del adulto, únicamente se encontraría que en el adulto se piensa que ya hay una estructura definida por el lugar que está ocupando ese sujeto adulto en todos los estratos simbólicos en los que se encuentra, ya sea en su familia, en su grupo social o simplemente en la sociedad y en la cultura: mientras que el niño estaría más del lado de estar atado a otros, a las demandas y deseos de otros. Aunque también es cierto que esto no es suficiente para hacer una diferencia.

El problema que representa el análisis de la estructura psicótica para poder abordar la psicosis infantil es que se topa con múltiples aspectos a considerar aún aunque se quieran desechar por completo, como por ejemplo el aspecto de que biológicamente un niño es diferente a un adulto, pero también es cierto que “niño” es un nombre al igual que “adulto”. Ambos son significantes, ambos son diferentes porque ocupan un lugar distinto dentro del mundo simbólico, y eso tiene repercusiones importantes, de ahí que al niño se le trate de manera diferente a la de un adulto, pues un niño que biológicamente es pequeño, se le considerará como algo que tiene que ser educado, cuidado, guiado, etc., porque ese es lugar simbólico que tiene, un lugar de consideraciones, un lugar atado a otros, o como también lo menciona Mannoni (1967), “la sociedad le confiere al niño un status puesto que le

encomienda, sin que él lo sepa, la realización del futuro del adulto” (p. 7).

Por lo tanto, si se cuestiona la existencia de la psicosis infantil como una estructura definida en la infancia o niñez y de su existencia como concepto, se hace referencia a que las implicaciones simbólicas y existenciales del niño se encuentran demasiado difusas, demasiado irregulares, no definidas, porque el simple hecho de llamarlo niño lo condiciona a ese peso simbólico que le da el ser niño, lo que impacta de manera significativa el hablar propiamente de la psicosis infantil o de alguna otra estructura.

También a esto se le agrega que la estructuración subjetiva no puede ser evidenciada in situ, es decir, en el momento en que ocurren los cambios, las identificaciones, la castración, etc., sino solamente cuando ya fueron, en sus efectos. Además al estar el niño condicionado a esos lugares tan variados, irregulares, no definidos, no se puede afirmar que en tal momento ya ocurrió la castración, en tal actitud se ve que ya se identificó con el padre, en tal conducta manifiesta una psicosis o una neurosis.

Esto último no se cierra solamente al lugar del niño, sino también al del adulto, pues la labor analítica no versa sobre certezas o hipótesis establecidas, sino ante las diferencias que presenta cada sujeto, por lo que intentar definir con precisión lo que le ocurre a un sujeto se vuelve solamente una interpretación sobre lo que posiblemente ocurre en él, como lo dice Evans (2008), el decir si es psicótico, perverso, neurótico obsesivo o histérico solo sirve de guía, no como diagnóstico o como herramienta de caracterización.

De igual forma y todavía más evidente resulta el intento de localizar y hablar de una psicosis infantil, pues la propia estructura psicótica no permite la interpretación, desde el hecho de que los fenómenos psicóticos son fenómenos reales que escapan a la simbolización

o a la imagen, pues lo que alucina o delira el psicótico es algo que sólo él experimenta, eso que ve o escucha es lo real detrás de la realidad. Literalmente no se puede saber nada con respecto a lo que efectivamente ocurre en un sujeto, ni lo que experimenta, ni lo que vive, ni lo que interpreta.

Cerrando esta serie de argumentos se diría que, desde el psicoanálisis y en términos estructurales la psicosis infantil no existe, porque la psicosis es una estructura que no corresponde a un tiempo cronológico ni de desarrollo específico del ser humano. En términos conceptuales tampoco existe. Desde el aspecto de los fenómenos psicóticos, no se puede asegurar que efectivamente ocurren en la infancia al ser ésta un momento tanto de estructuración, como un momento reconstruido por el sujeto a través de su discurso, es decir, lo que vemos que hace un niño o lo que dice y en general todo lo que se puede observar o decir de ese niño, es inexacto y diferente a lo que efectivamente vive el niño.

Además, no se puede asegurar que ocurrió un desencadenamiento psicótico ya que no se puede afirmar si efectivamente se tiene definido siquiera un sujeto psíquico. También, el desencadenamiento se presenta en referencia a la presencia del padre que fue forcluido, pero que ahora aparece desde el mundo real, y por lo tanto, no se puede tener la certeza de que ha ocurrido la forclusión o de que se trata evidentemente de un desencadenamiento cuando estos no pueden ser localizables en algún evento específico de las experiencias del niño, siendo estas íntimas. Incluso, si se afirma que un niño que se observa como psicótico es tratado y es curado como lo diría Trejo (2012), entonces no se trataba de un psicótico que forcluyó al padre, sino de algo completamente diferente como lo diría Foulkes (1993).

Si el desencadenamiento y la forclusión no son localizables, entonces tampoco son observables en alguna forma de conducta o de actitud tomada por el niño, y si lo único que permitiría saber que efectivamente ocurrió un desencadenamiento son el delirio y la alucinación, entonces se tendría nuevamente el problema de que deben corresponder a un intento de rearmar la realidad del psicótico y de que son fenómenos reales ininterpretables, agregando a esto que ante un niño en estructuración, que es polimorfo como diría Freud, se pueden tener diferentes lugares, los cuales sólo se sabrán en un a posteriori, como un efecto, en una estructura ya definida.

Para concluir, se diría que ante todos los argumentos y puntos mencionados hasta aquí se tiene una postura que apunta hacia la no existencia conceptual y estructural de la psicosis infantil, dadas las condiciones propias de la estructuración subjetiva y de la psicosis como una de sus posibilidades. En parte debido a que los autores parecen tratar de conceptualizar la vida infantil o sostener su teorización únicamente en la aplicación práctica del cuerpo teórico sobre la estructuración del sujeto y los fenómenos psicóticos, pero ésta última tomada desde su parte no estructural. Esto último tiene como contrapeso que el lugar simbólico e imaginario (como objeto) del niño difícilmente le permite definirse a sí mismo como un sujeto con un lugar propio, incluso porque lo que se veía en un niño en el sentido biológico entraría en el terreno de lo real, lo que dificultaría definir y precisar esa estructura y dejando cualquier intento de definición en interpretaciones sin un sustento teórico.

Aunque la amplitud de lo que se puede abarcar en un tema como éste no ha sido incluida en un gran porcentaje, se tienen los suficientes elementos para preliminarmente afirmar que aún dentro de las propuestas de ciertos psicoanalistas existe una confusión entre lo que es biológico, psicológico y psiquiátrico, y lo que es subjetivo, estructural y existencial.

Como tal, la psicosis infantil es cuestionable, inexistente y el trabajo de los autores presentados sólo llega a un intento de extensión y aplicación de la obra lacaniana y freudiana para formular una psicosis en la infancia, sin hacer verdaderamente la labor analítica, argumentativa, rigurosa y epistemológica para poder sostenerla. Se diría entonces que la problemática no se encuentra en el psicoanálisis, sino en la forma en que es tomado o aplicado su corpus teórico.

## VIII. Exposición gráfica de los conceptos: Película *Spider*

### a. Introducción y reseña

La utilización de medios audiovisuales, tales como recursos cinematográficos o películas, permite visualizar de manera gráfica aspectos abstractos o teóricos. Su uso se haya justificado por el tipo de investigación en la que está basado este trabajo, es decir, por tratarse de una investigación documental, pues como lo menciona Moreno Bayardo (1987), la investigación documental incluye recursos bibliográficos, revistas, archivos y películas. Por esta razón, para el caso de las temáticas hasta este momento revisadas y con las conclusiones presentadas en el capítulo sobre psicosis infantil, la película *Spider* resulta ser un filme que contiene varios de los elementos que sustentan ésta tesis.

*Spider* es una película dirigida por David Cronenberg en el 2002 y estelarizada por el actor Ralph Fiennes quien hace el papel de Denisse Clegg o *Spider*. La película trata sobre un hombre (Denisse Clegg o *Spider*) quién llega a un hospicio para enfermos mentales. Es canalizado por las autoridades de salud mental de Petersfield, Reino Unido. La trama cuenta la forma en que *Spider*, al llegar a éste hospicio, comienza a revivir momentos cruciales de su vida, los cuales están enmarcados en lo que parece ser una psicosis paranoica.

Cada momento que parece recordar sobre su vida, es atravesado por confusiones que se revelan dentro de fenómenos delirantes e incluso alucinatorios. Estos momentos de confusión, recuerdo y delirio se encuentran presentes durante toda su estancia en el hospicio. Recorre cada lugar relacionado con algo de su pasado que en realidad se nota demasiado presente por la forma en que revive cada lugar y cada momento, solo que a la orden de su

psicosis. Es así que la trama no es lineal ni clara de principio, resulta más bien, en alusión al título mismo de la película, una telaraña de eventos y confusos trazos de la vida de Spider.

Pese a esto, el aparente enredo en las escenas, los momentos de cambios importantes en los personajes y el final que resulta tanto esclarecedor como enigmático, muestran con cierta claridad una parte de toda la complejidad de la estructura psicótica. La película cuenta con personajes trascendentales e indispensables para entender el caso de Spider; se trata de su madre o la señora Clegg, papel interpretado por Miranda Richardson al igual que el papel de la prostituta Ivonne. También está el lugar que toma su padre o Bill Clegg, interpretado por Gabriel Byrne y el de la enfermera encargada del hospicio, la señora Wilkinson, interpretado por la actriz Lynn Redgrave.

Estos personajes toman un papel trascendental en la historia de Spider, no sólo por su lugar en apariencia real dentro de la película, sino por la manera en que Spider los ve y acopla dentro de su delirio. Spider intenta resolver cada conflicto que revive, cada lugar que visita y cada hecho que transcurre en el contexto del filme a modo de integrar un sentido o una realidad coherente, que no logra la forma lineal o consecutiva como cualquier persona lo haría sobre la historia de su vida, sino que lo concluirá en una forma cerrada y circular que lo deja en la misma forma confusa y amorfa con la que llega al hospicio.

Con estos antecedentes breves, la película de Spider como material de exposición de los aspectos centrales dentro de esta investigación, constituye una herramienta rica de contenido gráfico de los mismos. Por lo tanto, se pasará ahora a mostrar el contenido que ayuda a sostener los planteamientos teóricos revisados. La forma en que será expuesta partirá

de presentar en primer lugar los símbolos o elementos del filme y en segundo lugar su relación o lo que muestra gráficamente de los argumentos teóricos presentes en este trabajo.

La presentación de cada elemento del filme que ayuda a la comprensión de los temas vistos, no será colocada de manera jerárquica, es decir, no irán de mayor a menor importancia ni viceversa. Otro aspecto indispensable a considerar, es que se procurará no hacer interpretaciones demasiado despegadas de lo efectivamente presente en la película. Esto indica entonces que lo que se hable acerca del filme es meramente una posibilidad y una forma gráfica de lo teóricamente expuesto, procurando no hacer suposiciones demasiado extenuantes.

#### **b. Exposición de la película en relación con la teoría. Sobre estructuración subjetiva y psicosis infantil**

Dentro de la película de Spider se muestran elementos tanto objetos como escenas particulares que pueden ser utilizados como ejemplos gráficos de los aspectos teóricos revisados en los capítulos anteriores, tales como la psicosis, la subjetividad, el delirio, la alucinación, infancia, entre otros. También sirven para consolidar de manera más precisa las conclusiones hechas sobre la psicosis infantil.

Como tal, la trama de la película tiene su inicio y su fin en el tiempo de estancia de Spider en el hospicio, durante la cual se muestra la forma en que intenta revivir y reconstruir momentos trascendentales de su vida. Lo que resulta muy notorio es la condición misma de Spider en sus intentos de reconstrucción, pues es evidentemente un sujeto psicótico.

¿A partir de que elementos se puede afirmar la estructura psicótica de Spider? El principio de la película, en la que Spider baja del tren cuando llega a la provincia en donde residirá durante su estancia en el hospicio, muestra a una persona retraída, temerosa y dubitativa. En ese primer momento en que se abre, por decirlo de una forma, el escenario en el que se desarrollara la trama de la película Spider mira a su alrededor y saca de su pantalón, justo en la parte de la entrepierna, un calcetín en donde trae objetos personales y además trae consigo una maleta pequeña.

No es su aspecto o su postura la que de principio abre la posibilidad de pensar que se trata de un sujeto psicótico, ya que la conducta no es diferencial para definir la estructura (Peskin, 2003), sino lo característico de sus palabras, lo que habla en el momento en que comienza su trayectoria hacia el hospicio. Su discurso resalta por ser simplificado, muy recortado; palabras como “calceta”, “calle”, “cerca de...”, “eso creo” son las primeras palabras que logra decir. Estas palabras no llevan a un mensaje preciso, es como si se hablara a sí mismo. Lo particular de su lenguaje se nota cuando llega al hospicio y es recibido por la enfermera que se encarga del lugar, la señora Wilkinon. Spider solo dice el nombre de la señora y le muestra el papel que indica su traslado, ella le habla pero él no responde más que con un “yo soy” cuando la enfermera le dice que él es el señor Clegg, después sólo la mira y no dice más cosas.

Al estar dentro del hospicio es interrogado por uno de los residentes que al abordarlo le pregunta si Spider proviene de África, a lo que este último solo responde que no viene de África; se cierra el discurso, no hay más palabras. Durante toda la película sobresale este tipo de discurso, es decir, un discurso limitado, muy cerrado, sin mensajes específicos hacia nadie,

incluso llega al punto de pasar momentos completamente mudos mientras otros son los que hablan y le dirigen la palabra.

Lo particular de esta forma de discurso y que sirve como primer indicativo de que se trata de una psicosis es que aparenta de inicio un discurso forcluido, es decir, un discurso no sustentado en el universo simbólico que permita una continuidad subjetiva de los mensajes o del discurso propio del sujeto. Si se presta atención a las palabras y discurso de Clegg, se puede notar que sus palabras no representan a un sujeto que esté hablando en función de dirigir un mensaje, de reflejar una subjetividad que lo comprometa con lo que dice. Es como si dijera las palabras por automatismo, por el simple hecho de usarlas sin mostrar un sentido sostenido.

Dice unas cuantas palabras, enmudece en muchos momentos, no responde a ciertos llamados, no genera mensajes que representen algún lugar propio, algún deseo o alguna noción de subjetividad propia. Cuando responde a lo que le preguntan o dice algo más elaborado es como si fuera un círculo, son respuestas simples que no apuntan a más nada. Lo particular del discurso forcluido es la forma cerrada dentro de su significación (Evans, 2008), es decir, no permite más significaciones o posibles asociaciones que muestren el compromiso del sujeto con sus palabras. Es como si literalmente el sujeto fuera arrastrado por el lenguaje, dice las palabras por el simple hecho de su uso, no hay más allá de ese uso, tal cual como lo muestra Clegg.

Pero, si se afirma que el discurso de Clegg es un discurso forcluido, ¿a partir de qué se presenta la forclusión? Primero, la forclusión que demuestra su discurso es el elemento

distintivo de la estructura psicótica, por lo tanto es indicativo de que un significante ha sido forcluido; tratándose del significante del Nombre del Padre.

Ahora bien, revisando lo ocurrido durante la historia de Spider en la película, existen ciertas condiciones que indicarían la existencia de la forclusión, aclarando que se trata de indicativos o posibilidades mas no afirmaciones basadas en empirismos.

Regresando al hecho de que se observaría un discurso forcluido en Spider, todo parte de la relación particular que mantiene con su madre. El primer momento en que ésta aparece es la escena en la que Spider aparentemente sale a caminar de noche y pasa por una casa en la que se asoma y ve a un niño sentado en una mesa y a una mujer que está cortando papas para la cena. El niño dice unas palabras, las cuales son repetidas por Spider e incluso anticipadas por él antes de que ese niño las diga. Durante el progreso de la escena y de otras más adelante que se desarrollan más o menos de la misma forma, se percibe que ese niño y esa mujer son Spider cuando era pequeño y su madre.

Esta primera escena es fundamental en la comprensión de mucho de lo que pasará durante la trama de la película, pues se muestra el momento en que Spider, por órdenes de su madre, va a buscar a su papá a una cantina llamada The Dog and Beggar para que regrese a cenar a casa. Cuando Spider llega a la cantina, observa a su alrededor para ver si esta su padre. Al fondo de la escena se observa a un grupo de mujeres riendo mientras él se acerca. Una de las mujeres les dice a las otras que se trata de un niño muy apuesto y Spider a su vez responde diciendo que está buscando a su papá. La mujer le dice que ahí no está y se quedan un momento en silencio; pasan unos segundos y la mujer que le estaba hablando le enseña un seno.

Spider solo observa, no dice nada mientras las mujeres ríen, se queda petrificado mostrando cierto asombro o fascinación por lo que mira. Retrocede unos pasos y después aparece su padre. Voltea a verlo y le dice “papá”, éste voltea y simplemente lo mira y tampoco le dice nada; Spider vuelve a decirle “papá” y no responde nuevamente nada.

La siguiente escena seguida de ésta última, nuevamente se desarrolla en la casa en donde se encontraban Spider y su madre, pero en ésta ocasión se encuentran cenando con el padre de él. Spider está cortando un pedazo de carne mientras su padre lee el periódico. Clegg hace un movimiento con los cubiertos de tal forma que provoca un chirrido haciendo que su padre voltee con una mirada de enojo hacia él, a la vez que Spider evita mirarlo. Su madre también voltea pero lo hace en dirección al padre del niño y con un movimiento de la cabeza en dirección a Spider le dice al papá “No digas ni una palabra”.

¿En que se relacionan ambas escenas y porque son tan trascendentales para la comprensión de la forclusión y a su vez de la psicosis de Clegg? La primera escena muestra la aparición tanto del primer recuerdo que evoca Spider sobre su madre y también de una prostituta llamada Ivonne Wilkinson, además de ser una escena en la que ésta prostituta le muestra un seno. Como lazo de esa escena y la siguiente es la aparición del padre de Spider, en ambas sale enmudecido, sin palabras de lo que ocurre a su alrededor e incluso es callado por la madre con un mensaje tajante: “No digas ni una palabra”.

La prostituta Ivonne Wilkinson aparecerá de ahí en adelante tomando un papel central. La historia, desde de aquí, muestra la manera en que Ivonne se va involucrando en la vida de Spider a través de la supuesta relación que empieza a mantener con su padre. ¿Por qué supuesta? Eso lo indica el mensaje hecho por la madre en el momento en que calla al

padre de su intención de reprender a Spider. Al decirle “No digas ni una palabra” indica algo más allá que resulta un efecto de algo anterior; dicho en palabras simples la madre calla al padre, pero no solamente al padre real, al hombre sentado en la mesa, sino que impide la palabra del padre y por lo tanto su capacidad de nombramiento y su lugar como función simbólica (Leader & Groves, 2008).

Cuando le dice esto al padre que está sentado en la mesa, Spider voltea a ver a su madre y esta le sonríe al igual que él a ella. Esa mirada, reflejo de la complicidad y cercanía entre madre e hijo, hace también un acto de exclusión, no solo de la persona sentada en la mesa que se hace llamar padre, sino del tercero regulador entre ellos, al padre simbólico, al Nombre del Padre.

El Nombre del padre, en el tercer momento del Edipo requiere ser colocado en una figura real (Dor, 2008), ya sea el padre biológico o la misma madre, ya que previamente a esto tiene que estar presente, como función reguladora y castradora, a través de la madre. Ella tiene que hacer valer la ley del padre, a través de sus actos y palabras, para que en el tercer momento del Edipo pueda ser colocado en un agente localizable que perpetúe al padre como función simbólica.

Al decir “No digas ni una palabra” indica que la madre está haciendo a un lado al padre, le impide su lugar, no al hombre sentado allí, sino a la posibilidad de hacer su función de nombramiento, de presencia reguladora. Pero ese mensaje de la madre no es más que un efecto de lo ya ocurrido. Esto quiere decir que el padre ya no estaba presente previamente a este momento, ya que en la escena de la prostituta que le enseña el seno, Spider no hace nada, no genera ninguna palabra, no intenta voltearse, se paraliza. En cuanto aparece el padre,

Spider solo mira y lo llama, no hace preguntas, no le indica lo que vio, es como si lo llamara y el padre no respondiera, solo voltea a verlo.

Lo particular del silencio de Spider resulta semejante a lo que describe Freud (1914-1918/2012) en el caso del Hombre de los Lobos. En ese caso describe el recuerdo del paciente en el que estando éste en el jardín de su casa, observa a su nodriza inclinada mientras él jugaba. La observa en esa posición y después de esto, al seguir jugando con una navaja sobre la corteza de un árbol, de pronto siente y asegura que se ha cortado el dedo meñique de tajo. Le dice el paciente a Freud que al mirar su dedo lo invade el terror y le dice que en ese momento sentía que se había cortado el dedo y que solo se sostenía por la piel que le permitía tenerlo pegado a la mano.

Freud (1914-1918/2012) comenta que el paciente no le dijo absolutamente a la niñera y prefirió mantenerse sentado sin decir absolutamente nada. Poco tiempo después de permanecer así, observa su dedo y lo nota completamente normal. Freud (1914-1918/2012) indica que este evento alucinatorio refleja un rechazo en la castración por parte del sujeto y que ésta a su vez parece reaparecer desde lo exterior y que parte de lo que propicia la aparición de la alucinación es la forma en que mira a su niñera, pues se trata de un deseo sexual hacia ella.

Cuando surge desde esto exterior aparece como algo real, y eso real es algo alucinatorio como lo indican Leader y Groves (2008). El enmudecimiento ante lo real, como en el caso de Spider ante la escena del seno de la prostituta, hace suponer que Spider no genera ningún sentido de eso que ve, guarda silencio y al ver a su padre sólo lo llama y éste no hace nada.

En apariencia se podría decir que en realidad eso no refleja una forclusión o un momento de encuentro con lo real que no puede ser simbolizado, pero que si provoca una paralización que haría suponer una psicosis. Lo trascendental de esta escena y este momento tiene efectos en dos hechos fundamentales de Spider con su madre en que se puede sustentar lo anterior.

Hay una escena en la que están Spider y su madre sentados en la mesa de comedor, él la está mirando mientras ella comienza a relatarle ciertas cosas sobre su infancia, en las que ella vivía en provincia y caminaba sobre los campos mientras observaba los árboles. Ella narra que al mirar los árboles veía las pequeñas redes sobre ellos, refiriéndose a grandes telarañas que servía de nidos para los huevecillos de las arañas. Durante esta escena, la madre de Spider se mira a un pequeño espejo que coloca sobre la mesa mientras se pone lápiz labial. Spider la observa detenidamente mientras ella hace esto.

Momentos después él se levanta con un peine y comienza a cepillarle el cabello mientras su madre le dice que la araña, después de poner y cuidar los huevecillos, se queda vacía y muere. Seguido de esto, aparece el padre de Spider para llevar a su madre con él. Ambos salen de la casa mientras Spider corre hacia una ventana que le permite mirar hacia la entrada de la misma.

Al asomarse al exterior, ve a sus padres saliendo y justo debajo del marco del pórtico, su madre es detenida por el papá de Spider y la pone contra la pared; comienza a besarla y a tocarla mientras ella le dice “sí”, el responde que la desea y ella le dice “espera” al mismo tiempo en que ríe y parece disfrutar lo que pasa. Spider se agacha bajo el marco de la ventana,

se encoje en sus piernas y sólo se queda escuchando lo que sus padres dicen con un semblante de molestia.

Esta escena en particular muestra un contraste significativo con respecto a la manera en que es vista la madre de Spider. En un principio, la madre muestra un semblante muy pulcro: una mujer recatada, bien peinada, elegante a la hora de maquillarse, cálida al hablar con Spider, una figura materna intachable. Al salir con su padre y en el momento en que él la toma, cambia su imagen; parece disfrutar ese trato, ríe con las palabras y los toqueteos del padre, le indica que quiere tomar un trago y pierde, hasta cierto punto, esa imagen recatada y pulcra.

¿Por qué es trascendental esta acción? Primero, por el contraste que se observa en la madre de Spider, segundo porque divide la trama de la película justo cuando Spider se agacha después de haber visto a sus padres afuera de la casa, ya que esta escena continua con sus padres llegando al bar *The Dog and Beggar*, en donde ambos se sientan en una mesa y él le pregunta que quiere de beber, a lo que la madre de Spider responde que desea ginebra con naranja. Él se acerca a la barra y voltea hacia donde se encuentra la prostituta Ivonne y parecen intercambiar miradas. Durante esta escena, las tomas cambian entre la madre de Spider sentada mientras espera su bebida, al padre de éste mirando hacia el cantinero y hacia las mujeres sentadas al otro extremo y a Ivonne Wilkinson mirando en dirección al padre de Clegg.

Lo particular de este momento, es que ya no aparece el pequeño Spider, sino que, como en las secuencias anteriores, sólo esta Spider adulto viendo como ocurre todo como si

fuera una especie de fantasma. Otro punto es que la persona que caracteriza a la prostituta resulta ser la misma que hace a la madre de Spider.

Ahora bien, la trama a partir de aquí gira en torno a la manera en que Ivonne comienza a acercarse a la vida de Spider, específicamente al papá de él, incluso al final de la escena descrita anteriormente, Clegg se levanta de la mesa en la que supuestamente está sentado y susurra “ella se acercó... él... fue la que dio el primer paso”. Con esto, Spider indica que es en ese momento en particular cuando aparece Ivonne tanto en su vida como en la de sus padres.

A diferencia de la madre de Clegg, Ivonne muestra una faceta más “liberal”; es menos refinada, fuma y bebe, se ríe con mucha soltura, y sobre todo habla de sus experiencias sexuales sin reservas a la par de su forma de coquetear con los hombres.

Estas características se encuentran muy marcadas durante el resto de la película, y se ve la manera en que es contrastada con la madre de Spider, pero ¿se trata en realidad de dos mujeres diferentes? Es decir, ¿Ivonne Wilkinson y la madre de Spider, la señora Clegg son realmente dos personas distintas?

La trama hace pensar que efectivamente son dos personas completamente distintas y que de hecho Ivonne viene a fungir el papel de la villana en la historia, pero analizando un poco la secuencia dramática del filme, vemos que a partir de la escena en que Spider se agacha en su cuarto por debajo del marco de la ventana para no observar lo que hacen sus padres, éste no es testigo presencial de lo que pasa durante gran parte de los supuestos recuerdos de su infancia.

Además, la forma física de Ivonne cambia radicalmente entre la primera escena en la que aparece y en la que ya no está físicamente (como niño). Por lo tanto, lo que aparenta ser una trama con dos mujeres completamente diferentes, en realidad se trata de la misma mujer en dos facetas distintas, ya que lo que supuestamente es un recuerdo de lo ocurrido en la trama del filme, se puede observar en las sucesivas secuencias que se trata de una reconstrucción delirante e incluso alucinatoria de Spider.

Teniendo en cuenta estos dos aspectos fundamentales, entonces hay que partir de explicar a qué se refiere cada uno, ya que para entender ambos puntos, se requiere entrelazarlos ya que ambos crean el escenario de lo que pasa en la historia de la película.

Primero, la madre de Spider y la prostituta Ivonne son la misma mujer. La segunda escena que marca una faceta distinta de la madre de Spider es aquella en la que, nuevamente observándose a sí mismo como un niño, se encuentra jugando en su cuarto y a lo lejos oye a su madre cantando. Se detiene de lo que está haciendo y sigue el sonido de la voz de su madre hasta que la encuentra en su cuarto parada frente a un espejo de cuerpo completo mientras ella “modela” una prenda que parece entre ropa interior y un camisón. Spider la mira por unos segundos, ella se ríe y le pregunta si le gustará a su padre, a lo que Spider no responde nada y sale corriendo.

Hay dos escenas más que muestran estos elementos de tipo erótico. Una de ellas se desarrolla en un momento en que su padre va a ver a Ivonne a su casa para arreglar un problema de plomería. Ella lo recibe semidesnuda y se insinúan mutuamente. En otra, igualmente su padre sale al bar que frecuenta y se encuentra con Ivonne. Ambos salen al mismo tiempo y se van caminando. Ella va hablando mientras él no responde nada. Cuando

pasan por un callejón, él la detiene abruptamente y la pone contra la pared. Ella comienza a seducirlo y le mete la mano al pantalón. Comienza a masturbarlo y cuando termina, ella camina hacia el canal de agua que pasa por ahí y se sacude la mano, a modo de tirar el semen que tiene en ella; cuando se da la vuelta, ya no está el padre de Spider sino él mismo acomodándose el pantalón. Ella comienza a apartarse y Spider se queda perplejo y ya no vuelve a mirarla.

Una escena más se da cuando Spider va a tomar un café y mira una pintura que se encuentra en la pared. Al mirarla, de pronto se encuentra él mismo vestido con un pantalón café y un suéter verde junto con otros dos hombres vestidos de la misma manera. Spider saca del calcetín que guarda en su entrepierna una pequeña caja, de la cual a su vez saca una foto en blanco y negro de dos mujeres desnudas colocadas en los dos extremos de la imagen. Mientras los otros dos hombres hablan entre ellos, él coloca las manos sobre la foto a modo de tapar a ambas mujeres. Cuando las levanta, ambas se convierten en Ivonne Wilkinson desnuda, y cuando Spider mira la foto, hace un gesto de agrado a la vez de parecer asustado.

Estas escenas representan la manera en que es vista Ivonne por parte de Spider, ya que él parece gustar de ella e incluso sentir placer de verla desnuda. Pero lo que permite saber que se trata de la misma mujer que su madre es justamente el final del filme en el que su madre muere intoxicada por gas que sale al abrir Spider las llaves.

Como se indicó más arriba, los encuentros del padre de Clegg con la prostituta se hacen cada vez más frecuentes, al grado en el que supuestamente se ven en las parcelas que eran propiedad de su padre y tienen relaciones sexuales. Esa noche la madre de Clegg sale a buscarlo y lo encuentra con la prostituta en pleno acto sexual. Él se levanta y la golpea con

una pala en la cabeza. Cae al suelo y después es supuestamente enterrada por su padre con la ayuda de Ivonne. A la mañana siguiente Spider los ve juntos en la cama y ve a Ivonne ocupando el lugar de su madre.

A partir de aquí Ivonne sustituye a la madre de Spider. Él reprocha a su padre el asesinato de su madre por la supuesta confesión de Ivonne de haberla matado. Spider, seguro de que ambos la mataron, idea la forma de “vengarse” de ambos. Una noche, cuando los ve salir al bar de siempre, amarra una pequeña cuerda a las llaves del gas y guía la cuerda hasta su cuarto. Cuando regresan, su padre se va a su cuarto mientras Ivonne se queda dormida completamente alcoholizada en un sillón de la casa con una botella en la mano.

Cuando Spider ve que ambos están dormidos, tira de la cuerda para abrir la llave del gas. Se empieza a desprender tanto el aroma que su padre entra rápidamente al cuarto de Clegg y lo saca a la calle. Regresa apresurado por Ivonne y la saca arrastrando de la casa. Cuando sale, Spider la mira, pero justo en ese momento ya no es Ivonne la que yace muerta en el piso, sino su madre. Su padre comienza a llorar con mucho dolor y lo culpa de haber matado a su madre.

Esa escena final manifiesta que ambas mujeres, Ivonne y la madre de Spider son la misma persona. Pero entonces, por qué las ve como dos mujeres diferentes, una prostituta y a su madre. La explicación se encuentra en algo que Freud (1910/2012) comenta en su obra “Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el Hombre”, cuando dice que existen dos posiciones posibles en la mujer, la madre y la prostituta. La madre es entendida desde ese lugar de la mujer en la que es procuradora del niño, reservada sexualmente e intachable, la

mujer que se vuelve objeto de amor. La prostituta corresponde al lugar de la mujer más liberal en el sentido sexual, la mujer que siempre puede ser de otro, la mujer objeto de deseo.

Freud (1910/2012) dice que esta separación de la mujer originalmente no existe. Durante la infancia del niño, prevalece la madre en ese lugar intachable y no sexualizado. Pero existen ciertas experiencias infantiles en las que el niño descubre que su madre puede presentar una faceta sexualizada o más erótica, como llegar a ver en un acto sexual a sus padres, que se comporte más liberal, etc. en las que el niño la observará semejante a la prostituta. El niño deseará esta faceta de la madre, pero ante la angustia que eso representa, reprimirá ese deseo por la madre y lo colocará fuera de ella a modo de hacer la distinción radical entre la mujer prostituta y la madre.

Siguiendo esta línea, a nivel inconsciente se trata entonces de la misma mujer, la madre y la prostituta. Pero también Freud (1912/2012) en su obra “Sobre una degradación general de la vida erótica” indica que si el hombre elige a un tipo de mujer en función de esta diferencia radical, es porque se trata más bien de una degradación de la figura de la madre al de la prostituta, a modo de separar a la mujer objeto de amor de la mujer objeto de deseo, ya que a la prostituta o la mujer de deseo la puede poseer sexualmente como no pudo hacerlo con la madre cuando descubre que ella también puede ser erótica, mientras que la madre significa una posibilidad de amor más allá del erotismo sexual.

Con estas indicaciones, si las trasladamos a la historia de Spider, vemos que existe una relación entre Ivonne Wilkinson y la madre de Clegg. Él concibe a su madre de una forma intachable, amorosa y reservada, pero cuando la descubre afuera de la casa siendo

toqueteada por su padre y después semidesnuda frente al espejo, esa imagen inicial de su madre cambia de pronto al de una mujer erótica, sexualizada, semejante al de una prostituta.

Cuando la prostituta le enseña el seno en la escena en la que va a buscar a su padre, aparentemente no ocurre nada con Spider, pero tanto en la escena del callejón cuando eyacula y en la que saca la foto y las mujeres que estaban en ella se convierten en Ivonne, se observa que en realidad existe una fuerte atracción sexual hacia ella por parte de Clegg. Pero asegurando que en realidad Ivonne y la madre de Spider son la misma mujer, lo que indica que en realidad se trata de una atracción sexual hacia su madre.

Se puede suponer que Spider, cuando ve que su madre puede ser también una mujer “erótica” (cuando se maquilla, siendo tocada afuera de la casa y semidesnuda en el espejo), provoca en él una fuerte atracción, demasiado grande al grado de no poder soportar esa imagen de su madre. Ivonne le muestra el seno, una parte de lo real del cuerpo femenino, lo atrae pero no se consuma la atracción hasta que aparece su madre y refleja algo semejante. No es atraído por la Ivonne “real” sino por la asociación entre ella y su madre. Esta asociación se observa en esa escena final en la que muere su madre, ya que cuando supuestamente estaba tratando de vengarse de Ivonne y su padre, cuando de hecho se trató todo el tiempo de su madre.

Regresando al punto inicial en el que se afirma la forclusión en Spider lo que refleja su estructura psicótica, es en los elementos anteriores en donde se haya el efecto de no haber tenido lugar y efecto la castración, ya que mantiene una relación particular con la madre (la madre como función y fuerza absorbente [Evans, 2008]), en el deseo por ella demasiado presente. Pero lo que permite aún más confirmar lo que se está presentando, es que en realidad

todo lo que ocurre durante esas escenas en las que Spider recuerda lo ocurrido, se trata de formaciones y fenómenos delirantes.

Esta afirmación parte de lo más obvio del filme: la presencia de Spider en las secuencias de recuerdos y su libreta en la que escribe esos recuerdos en su afán de darles sentido. Spider es una figura omnipresente en la trama continua de recuerdos; en las que aparece como niño, él está ahí detrás de su propia figura infantil. Cada cosa que “recuerda” es escrita en su libreta, pero lo particular de esa libreta es que no contiene letras, sino un intento de escritura que en realidad no dice nada.

Si se considera que la característica de la forclusión y del discurso psicótico es que no presenta a un sujeto verdaderamente comprometido con su discurso y más bien refleja un discurso vacío, que no apunta a ser un mensaje dirigido a un Otro, se agrega también que la forclusión hará que el psicótico intente rellenar ese vacío a través del delirio y la alucinación a modo de generar una realidad que contenga un sentido armado y cerrado en el psicótico.

Con esto, vemos que Spider en realidad ordena sus recuerdos en un sentido que le sea consistente. Pero cuando se percibe que no escribe nada coherente o preciso en su libreta y la forma en que esta omnipresente en sus supuestos recuerdos, se hace evidente el hecho de que el asesinato de su madre por parte de su padre y de Ivonne, la suplantación de ésta por el lugar de su madre y la forma en que sedujo a su padre, son en realidad recreaciones delirantes de Spider, ya que él nunca estuvo presente en estos hechos, él se ve a sí mismo como único testigo, pero no aparece ni siquiera como niño más que prácticamente al final del filme.

Pero qué intenta llenar con este delirio. Si suponemos el deseo por su madre, un deseo y una atracción muy fuerte, es porque la presencia de la función del padre no tuvo lugar. Anteriormente se mencionó la forma en que la madre calla al padre y de alguna forma corrobora con esto la relación entre ella y su hijo, reflejando el silencio impuesto a la función del padre al no hacerlo valer a través de ella. Este hecho, efecto de una ya conformada forclusión, posibilita cualquier acercamiento incestuoso por parte de Spider con su madre.

Este acercamiento incestuoso no tiene lugar hasta que aparece la prostituta Ivonne y se concreta cuando ve a su madre bajo condiciones distintas a las de ser madre, semejantes a las de la prostituta. En lugar de que fuera reprimido ese deseo incestuoso, como lo dice Freud (1910/2012) en su obra sobre la elección de objeto, en Spider se presenta con toda su faceta real la posibilidad de poseer sexualmente a su madre. Es a ella a la que responde, a ella es a la que mira y atiende, está para ella. Cuando su padre le dirige la palabra no responde, lo ignora. La mirada hacia él es indiferente.

Por lo tanto, al estar frente a dos facetas simultáneas de la madre, ambas de deseo (amor y erotismo), el llamado al padre no se hace presente, no está ahí para regular y separar, por lo que Spider experimenta ese deseo que le provoca ella y las consecuencias que trae con ello de manera muy vívida. Pero si resulta insoportable esta atracción a la vez que puede llegar a ser una posibilidad de incesto, ¿por qué aparecen como dos mujeres diferentes?

La permanencia de la cercanía con la madre hace que el psicótico no encuentre el sostén de su universo simbólico al estar forcluido el padre. Esto hace que la madre perdure en la vida subjetiva del sujeto psicótico. Cuando existe algún evento que evoque la presencia del padre en la vida subjetiva del psicótico, haciéndose presente como un intento de

castración desde el mundo real, ésta es vivida como algo aterrador y acechante, experimentado por el psicótico como un intento literal de mutilación, persecución y desmembramiento.

Es entonces que el psicótico comienza a delirar, tratar de llenar ese hoyo dejado por la forclusión y generando un sentido posible y coherente para él. Es también una forma de eludir la presencia real del padre, aunque en realidad hace que ese intento de castración perdure de una forma, ya sea como alucinación o como delirio.

Por ende, la presencia de la madre perdura en la vida del psicótico, llegando a conformar parte de sus delirios y alucinaciones. Ahora bien, siguiendo la línea anteriormente presentada sobre el deseo incestuoso de Spider, vemos en ciertos momentos esta forma perpetua de su madre. La escena principal de esta perpetuidad es cuando la enfermera del hospicio, de apellido Wilkinson, se transforma en la imagen de la prostituta Ivonne después de una noche en que Spider la alucina entrando a su cuarto con las manos ensangrentadas.

Es esa transformación la que hace que Spider busque la manera de matar a la enfermera, al igual que como lo hizo en su infancia con la llave de gas. Cuando encuentra la forma de hacerlo, justo en el momento en que intenta consumar el acto de asesinarla se da cuenta de que no es Ivonne, que en realidad se trata de la enfermera.

En otro momento de la película, casi al inicio, Spider va a las parcelas en las que supuestamente está enterrada su madre. Al llegar se recuesta en la tierra y comienza a decir “mamá, mami, solo quiero ir abajo contigo, ¿lo sabes?, ¿lo sabes mami? Tu eres dulce ¿lo sabes? Eres mi mami, mi amor”. Cuando dice estas palabras, comienza a llorar y se queda ahí tendido un rato.

Secuencialmente, esta escena es una de las primeras de la película mientras que la de la muerte de su madre es una de las finales junto con el intento de asesinato de la enfermera de Wilkinson. Por lo tanto, si observamos aquella primera escena y se junta con la parte final de la película, vemos que independientemente de lo que intenta recrear Spider con sus memorias, para él su madre efectivamente está muerta e incluso ha sido asesinada por Ivonne la prostituta.

Toda la trama hace suponer que está intentando generar un sentido concreto de lo ocurrido con su madre. Pero al final, cuando intenta asesinar a la enfermera, en realidad sigue presente en él la idea de que Ivonne es la responsable de la muerte de su madre y más aún que ella vive y se encarga del hospicio, por lo que de alguna forma lo está persiguiendo. Esto se corrobora desde el momento en que ve muerta a su madre en la escena del escape del gas, pues si se piensa en esa escena de manera cronológica, es un momento en la infancia de Spider en la que ve muerta a su madre.

En esta misma secuencia cronológica, Spider ya de adulto sigue suponiendo, pese a que supuestamente ve a su madre muerta afuera de su casa, que en realidad su madre murió mucho antes a manos de su padre y por causa de la prostituta Ivonne. Por lo tanto, si se unen las distintas partes mencionadas, se tienen los siguientes resultados:

Al no estar presente la función paterna que debió castrar a Spider, la cercanía con su madre prevalece a tal punto que permite en él un deseo incestuoso demasiado real. Este deseo incestuoso se manifiesta de manera formal a partir de que Ivonne le muestra un seno. La imagen de Ivonne, la de una prostituta exuberante y sexualmente liberal, se impregna en él de forma muy real que le impide incluso formular algún simbolismo de ello. Al ver que su

madre posee de igual forma cualidades eróticas y sexuales atractivas para él, Spider la asocia o asemeja a la imagen de Ivonne, permitiéndose la posibilidad de desear sexualmente a su madre, emparejando de alguna forma a ambas condiciones de su madre: madre y prostituta.

Pero a su vez, aparece en él un fallo, hay algo que no puede conciliar de esta posibilidad, hay algo que aleja o atenta con entrometerse en esta posibilidad, o más bien contra él por mantener esto incestuoso con su madre. Es cuando aparece su padre, ese hombre que se lleva a su madre al bar y que la toma como podría hacerlo Spider. Pero al no funcionar el padre como castrador, como función simbólica, no puede ser colocado en el padre real, en el señor Clegg. Por lo tanto, el peligro real de separación-castración es colocado en otro lugar, en el único elemento que puede sostener esa condición de forma ficticia, es decir, en la propia madre.

Pero, al ser la madre tanto amorosa e intachable a la vez que puede ser un objeto de deseo sexual, Spider divide subjetivamente esta posición en dos lugares y coloca en la madre el lugar bondadoso y victimizado, mientras que en el lugar de la prostituta, de Ivonne, sitúa la condición del padre que intenta castrarlo desde lo real, intentando matar a Spider y arrebatándole a la madre con la muerte de ella.

Al estar investida Ivonne como la que puede separar y castrar desde lo real a Spider, se vuelve así tanto la manifestación de su atracción sexual hacia la faceta de prostituta de su madre, como aquella responsable tercera de la muerte de su madre y de perseguirlo a él. Pero, en realidad, no hay un padre ni una ley de prohibición del incesto, sino una perpetuidad de la madre, ya que su muerte no significa una verdadera separación, sino que sigue presente en forma de persecución a través de Ivonne, y también en forma de amor y bondad en los lugares

y cosas que asocia con ella, tales como el momento en que recrea la telarañas que hacía en su cuarto, cuando visita las parcelas y asegura que ahí está enterrada y la llama su amor o en la tina de baño en donde permanece recostado al principio de la película, en cierta posición fetal, asemejando un vientre.

Cuando su madre muere por el gas, no genera un sentido de ese evento, más bien permanece en él la idea del asesinato. Al no poder concebir ese acto como algo propio, intenta recrear lo ocurrido a través del delirio del asesinato de su madre a manos de su padre y de Ivonne. Por lo tanto, todo lo que aparenta escribir, todo aquello que intenta recrear de su pasado se trata en sí de la forma delirante que un fragmento de su vida que no se genera como historia, sino como una forma de delirio.

Es así que se puede asegurar que lo visto en el filme, cada elemento de reconstrucción del pasado, es la manifestación de la construcción delirante hecha por Spider para poder llenar la forclusión. Este delirio, cerrado en sí mismo, se corrobora en la escena final cuando Spider es expulsado del hospicio para regresar al hospital psiquiátrico del que venía. En esa escena se sube a un auto en donde lo espera un psiquiatra que parece ser el que ha llevado su caso.

La familiaridad que refleja su encuentro hace suponer que lo ocurrido esa noche, es decir, el intento de matar a la enfermera y lo vivenciado durante su estancia es algo ya frecuente, lo que indicaría una recaída en su condición. Pero además, es una forma indicativa de que lo que representa el delirio es una forma cerrada de discurso y de realidad. Al no poder escribir nada en su libreta, al no poder encajar las piezas en su lugar (como cuando está armando un rompecabezas y llega un momento en que desespera y comienza a decir que una

de las piezas no encaja, que no encajará nunca) sobre lo ocurrido, el sentido que intenta generar sobre su pasado en realidad solo toma coherencia cuando afirma la muerte de su madre y la persecución por parte de la prostituta.

Él intenta estar con su madre, en cada momento, incluso desea ir “abajo con ella” en las parcelas. Permanece esa cercanía, la convierte en el motivo de su persecución, suprime a la madre al lugar de la muerte y la deja como objeto de deseo incestuoso y persecutorio en el lugar de la prostituta. Madre y prostituta son la misma mujer; la madre muerta es objeto de amor y cuidado, ha muerto por la culpa de la prostituta y el padre malvado, pero es también esta prostituta el objeto de su deseo incestuoso, insoportable, persecutorio. Ivonne es así también su madre, la madre persecutoria, la madre perpetua y real más allá de la muerte, y al no haber un padre (quien ha sido forcluido, pues en la lógica de Spider es cómplice y actor de la muerte de la madre, razón de repudio hacia el padre que consolida la forclusión ya efectuada), es ella quién se coloca ahí, en su lugar, lo suplanta pero desde algo real, que no funciona como castración y por lo tanto es asimilada como delirio de persecución.

Ahora bien, ¿Qué representan todas estas interpretaciones? ¿Se pueden considerar correctas o precisas a lo que ocurre en el filme o con más claridad, a la estructura de Spider? La intención de interpretar lo visto en el filme no representa un intento de esclarecimiento del caso, con el fin de determinar las características clínicas exactas de Spider. Tampoco tienen como fin hacer una resolución exacta de la trama de ésta película. Como tal, las interpretaciones que se proponen representan una forma de tomar los temas presentes en los capítulos anteriores y colocarlos en la trama de la película.

Es decir, se utilizó a la película y se interpretó de igual forma para los fines propios de lo que se ha expuesto en esta investigación, lo que significa que cada aspecto resaltado, con cierta prioridad, de este filme se ha hecho en función de su posibilidad de hacer gráfico lo que en la teoría se muestra. Bajo estas premisas, se pueden calificar de precisas o imprecisas las interpretaciones hechas hasta aquí, pero este aspecto no resulta trascendental si se toma en cuenta el verdadero fin de realizarlas.

Con estas aclaraciones, se puede continuar con los planteamientos realizados sobre lo que se puede observar en la película, pero a partir de aquí se condensarán comenzando con los aspectos teóricos que conforman esta investigación.

La estructuración subjetiva parte de una serie de experiencias de carácter íntimo del infante en el que se constituye como un sujeto deseante. Las posibilidades de estructuración como neurosis, psicosis o perversión se tratan de formas de existencia en el universo simbólico, siendo además formas diferentes de tener un lugar en este universo.

En la película de Spider se puede observar la forma en que está presente la estructura psicótica. La psicosis parte del momento estructural en que tuvo lugar la forclusión del Nombre del Padre dentro del complejo de Edipo. Pero como tal, no se puede rastrear ese momento de manera cronológica en la vida del sujeto, ni tampoco bajo la observación de ciertas conductas.

La forclusión sólo puede ser captada a partir de los efectos que muestra en el sujeto. Efectos como los que se observan en Spider: las limitaciones simbólicas que exhibe (que no tiene que ver con aspectos de comunicación o de habla) referidas a la forma cerrada de su discurso, el cual presenta la falta de la función del padre, la ausencia de compromiso subjetivo

con las palabras que dice, los intentos de escriturar en un cierto orden y sentido todo lo que ha ocurrido en su vida, pero principalmente por el armado delirante que genera en toda la trama de la película.

El delirio de Spider le permite generar un sentido y una realidad propia de lo que no se puede conformar como un recuerdo específico de su vida. El delirio se conforma como un discurso, como un circuito cerrado que no permite ninguna asociación ajena a lo que el delirio puede ofrecer. El final de la película lo refleja, ya que Spider, pese a los años que han pasado desde la muerte de su madre, se encuentra seguro del asesinato de su madre por parte de la prostituta Ivonne y de su padre, lo que conforma su delirio.

El delirio permite además suponer que ha tenido lugar un momento de quiebre, que quiere decir que ha ocurrido algo en la vida del sujeto que lo confronta con la ausencia del significante del padre. La película hace suponer que ese momento de quiebre ocurre en el momento de ver muerta a su madre a causa de la fuga de gas. La muerte vendría siendo la manifestación real de la castración, una forma en que aparecería el padre y su ley desde lo real.

Al no haber tenido lugar una castración simbólica, una sustitución de la madre por la posibilidad de poseer un objeto de deseo en el lenguaje, una separación tan radical como la muerte de su madre resulta un momento en que aparece el fallo de la forclusión. Spider lo muestra en sus intentos de estar con su madre, aparece muerta pero también se mantiene en su delirio, en esa parte de su madre sexualizada y erotizada, como un exceso doliente.

Leader y Groves (2008) comentan que el goce es aquello que se vive como un exceso. Ese exceso es experimentado como sufrimiento, como algo que invade el cuerpo y lo hace

sentir doloroso, angustiante, mudo. La castración permite darle palabras a ese goce para cernirlo al lenguaje, ya que la relación imaginaria con la madre representa un momento de goce, de exceso, de una cercanía demasiado cerca al grado de que puede ser motivo de dolor y sufrimiento.

En el caso de la psicosis no ocurre así. Al no separarse de la madre, el psicótico no se desprende de ese goce, no se representa a sí mismo como sujeto y por lo tanto no permite el nombramiento de ese goce. Al no sostenerse en el universo simbólico para este nombramiento, el psicótico atribuye a algo más lo que experimenta como angustia, sufrimiento, exceso. Es así que el delirio y la alucinación también permite localizar fuera de sí mismo ese goce, goce que está atado a la madre.

La representación de esto lo vemos en Spider cuando delira y alucina a Ivonne, siendo esta una forma degradada (Freud, 1912/2012) de su madre. La cercanía incestuosa con ella es demasiado pesada y doliente, es angustiante, ya que la madre al ser una fuerza absorbente es experimentada como invasiva y persecutoria. Es esa mujer la que lo persigue y lo acecha, es ella la que mató a su madre amorosa y tierna, es ella la que lo hace sufrir, la que quiere asesinarlo.

Pero también se puede destacar que si la estructuración subjetiva no puede ser captada de manera cronológica en el sujeto, tampoco la psicosis puede ser captada desde lo que se observa en una persona, ya que como lo menciona Peskin (2004), una persona psicótica se puede comportar de manera neurótica y viceversa. Por lo tanto, lo que permite asegurar el tipo de estructura de Spider parte de observar que todo lo que mira, todo lo que supuestamente es un recuerdo, lo que dice se conforma en función de la forclusión y sus efectos.

Cada efecto es posible de analizar en función de lo que construye y manifiesta Spider en su delirio y en su discurso. La película entera y cada uno de los detalles presentes en ella vendría siendo el discurso de Spider, cada escena y diálogo parte de su mirada, de lo que él intenta armar como una realidad. La trama misma lleva al espectador a través de lo que vive Spider y de sus experiencias.

Si se quitara esa perspectiva personal del transcurso de la película y se viera únicamente a Spider caminado, hablando solo, agarrando cuerdas y entrando y saliendo del hospicio, no se podría saber de qué sujeto se trata o si es un psicótico o un neurótico. Por lo tanto, la posibilidad de entrar en esa perspectiva casi íntima de Spider, de ver como se conforma cada escena y cada diálogo es lo que hace posible suponer alguna estructura. Todo esto refleja la lógica de Spider, su discurso y su delirio.

Pero también permite visualizar una de las propuestas hechas en éste trabajo; la imposibilidad de suponer una estructura específicamente infantil. A partir del primer momento en que aparece Spider como niño junto con su madre, esta figura infantil de sí mismo no aparece independiente a su imagen actual de adulto.

Spider recorre los lugares en donde ocurrieron los hechos de su historia y lo hace a modo de poder rearmar los acontecimientos importantes en cada uno. Al hacerlo, cada hecho transcurre como si él fuera un fantasma omnipresente de los eventos pasados. Al tratarse de un discurso y armado delirante, en realidad lo que vemos en cada escena pasada, es la forma delirante actual de eventos que pudieron haber pasado.

Siguiendo esta línea, cuando se ve a un Spider infantil siendo acompañado de un Spider adulto como un fantasma, en realidad se trata de un fantasma infantil que es acoplado

al delirio de Spider de una forma en que pueda generar una nueva realidad. La infancia de Spider se pierde en el delirio, se hace presente por él, por lo que ya no se trata de eventos reales sino de formas delirantes de su infancia. Los dos Spider, como siendo dos Yo de él mismo, no permiten la separación cronológica que haría una distinción entre pasado infantil y presente adulto.

Literalmente, Spider es un infante y un adulto que recorre cada espacio de la trama del filme. Esto se puede observar en la escena final cuando es recogido por el psiquiatra. En esta parte de la película, Spider sube a un auto en donde lo espera un hombre que al parecer es un psiquiatra que ya lo ha tratado. Se miran mutuamente y Spider sólo le pide un cigarrillo. No hay más diálogo en este momento. Cuando comienza a avanzar el auto, Spider está mirando hacia el exterior por la ventanilla, después hay un cambio de perspectiva que permite ver el auto desde arriba y enseguida regresa la vista hacia la ventanilla en donde ya no está Spider adulto, sino el Spider infantil dentro del vehículo.

Este momento de la película, que es justamente el último cuadro de la misma, serviría para decir que la infancia de Spider pasa a ser algo actual mediante su delirio y por lo mismo un pasado mítico de lo que pudo haber sido su infancia. Como se mencionó en el capítulo tres, definir una estructura psicótica propiamente infantil, se topa con la problemática de que un infante se considera aun en estructuración. Además de esto, cualquier conducta, cualquier palabra que diga o manifestación que exprese puede ser colocado en cualquier estructura o incluso ser atribuido a un tercero como perteneciente a la estructura de alguien más, ya sean los padres o los cuidadores primarios del niño.

Es así que las posibilidades de hablar de una estructura dependen más bien de la posición subjetiva que tenga el sujeto, en este caso, un lugar desde el cual arme un discurso y una condición diferenciada de esos cuidadores primarios. La diferencia simbólica entre un niño y un adulto permite distinguir esas posiciones, lo que genera a su vez los medios para saber de alguna estructura, ya que el sujeto, en su discurso, la manifestará en función de su posición simbólica.

En la película ocurre esto, pues es evidente que no se puede atribuir al niño Spider algún tipo de estructura hasta que la trama del filme es comprendida como el discurso delirante de Spider, desde el cual aparece su infancia como algo no definido y entrelazado a su actualidad. Desde el aspecto estructural, no hay tiempo cronológico que diferencie a Spider en un pasado infantil y un presente adulto, solo está un sujeto psicótico. Lo que permite distinguir que hubo infancia en Spider es la posibilidad de nombrar esa niñez como algo pasado.

De igual forma, al observar directamente al niño Spider no se puede decir que es un infante psicótico. Esto serviría como ejemplo para lo que también se mencionó en el capítulo de psicosis infantil, pues se argumentó que si se observa a un niño, su conducta, sus gestos, etc., se puede estar ante algo real ininterpretable, que no define estructura alguna.

Por lo tanto, la propuesta sobre reconceptualizar la infancia, parte de la condición de que puede ser abordada desde diferentes estratos de conocimiento (biológicos, conductuales, psicológicos, etc.), pero hablando específicamente desde el aspecto estructural psíquico, las vicisitudes que representa la imposibilidad de hablar de tiempo cronológico, la imposibilidad de interpretar lo real que se puede ver en un niño y el hecho de que ese niño puede no estar

diferenciado de los cuidadores primarios, hacen que la infancia tenga que ser reentendida y reestudiada desde el psicoanálisis, partiendo del aspecto discursivo y mítico en la cual se comprende.

Es en el psicoanálisis en donde se tiene el conocimiento de la infancia como algo que se ordena bajo un discurso, que solo es posible saber algo de eso pasado infantil por aquello que el sujeto hable al respecto. La infancia es también un momento de ordenamiento estructural, es el momento de constitución psíquica. Pero es también un terreno ambiguo, histórico y real en el que cualquier noción de biología, de psicología, de conducta o de desarrollo no entra, son tajantemente incompatibles.

No se trata de decir que el psicoanálisis no esclarece lo que se sabe de la infancia. Se trata de una propuesta que se dirige a reconceptualizar la infancia con el conocimiento y la teoría ya presente en el psicoanálisis, con la finalidad de saber si es posible o no efectivamente colocar alguna estructura clínica (psicosis, neurosis, perversión) desde la infancia. Pero sobre todo, generar una propuesta de clínica diferente, de hacer efectivamente un estudio detallado de la infancia, con todo lo que se tiene de ella desde el psicoanálisis, y evitar hacer conjeturas o suposiciones clínicas que son simplemente un vaciado o aplicación de la teoría en la niñez.

Con lo propuesto hasta el momento y lo que se puede ver gráficamente en el filme como recurso de exposición de la teoría, no hay como tal una psicosis infantil, se puede decir que no hay posibilidades de armar un concepto o teoría propia de esta. Es así que lo que continúa por hacer sobre esta línea de investigación, es regresar a cualquier noción de infancia, reestudiarla, reentenderla y con ello tener una clínica diferente.

## **IX. Discusión, conclusiones y limitaciones**

Es a partir de la estructuración subjetiva que se desprende cualquier posible análisis al respecto de la psicosis infantil. Bajo los principios de la estructura es que se discuten diferentes posturas y posibilidades de investigar este tema que es a la vez recurrente como poco abordado en términos de crítica. La estructura se muestra como aquello que se manifiesta, como lo que hace presencia en sus efectos, en aquellos acontecimientos o momentos en que la estructura, sin darle rodeos, existe.

La existencia que se menciona es aquella permitida por los efectos de estructuración, en su acontecer, en las superficies y en las profundidades (Deleuze, 2005). Estos efectos o acontecimientos llevan consigo la lógica de una constitución, de momentos específicos en que esa existencia llega al punto de la particularidad, la cual es definida por el proceso que le es privativo, íntimo y subjetivo.

Como tal, de lo que se habla es de la estructura del lenguaje, aquella que posibilita la existencia, la particularidad, el lugar y la subjetividad. De los efectos y acontecimientos, se está hablando del sujeto, aquel que es determinado por su sujeción al lenguaje. Es del lenguaje en su pura estructura que se presenta el sujeto como particular, como subjetivo y sobre todo, como sujeto psíquico.

Lo psíquico es aquello resultante de la estructuración, es el efecto propio de la sujeción al lenguaje. Lo psíquico, siendo efecto y acontecimiento, superficie y profundidad, es aquello que se menciona como lo constituido por la lógica propia de su estructuración. Esta lógica no puede ser entendida en términos de tiempo cronológico, de momentos

espaciales o específicos. De lo que se trata es entonces de tiempos lógicos, de eventos sucesivos que no están atados a la biología o desarrollo del individuo.

Por lo tanto, cada evento de estructuración lleva su peso y su importancia por la determinación que causa en el psiquismo, y al ser el psiquismo algo propio del sujeto es entonces que el sujeto es un sujeto psíquico, siendo además un sujeto psíquico estructurado y causado por el lenguaje.

Los momentos de los que se está hablando son el estadio del espejo y el complejo de Edipo. El primero de ellos configurando el aspecto imaginario, engañoso, alienante, narcisista, ilusorio y corporal del sujeto y de su psiquismo, es decir, la estructura del Yo. El otro, marcando el paso de lo imaginario a lo simbólico, determinando el punto en que la existencia se vuelve una intersubjetividad, poniendo en escena las posibilidades de esa existencia, haciendo del sujeto un efecto, una aparición.

Esta transición trae consigo el aspecto más importante y determinante de la estructura del sujeto; el de ser causado por la falta que deja su paso por el Edipo, haciéndolo un sujeto con demandas que apuntan a algo más allá de lo que prescriben, es decir, apuntan al deseo, aquello que es el vacío que hace de la existencia del sujeto un imposible de colmar, una forma de ser, de hacerlo un ser hablante.

Pero si se está hablando de las posibilidades de la existencia y del ser en el sujeto, la falta es entonces posible en distintas formas de acuerdo a la lógica propia de cada una de ellas. Es así que en el momento culminante del Edipo, es decir, en el complejo de castración, el sujeto naciente (estructuralmente hablando) optará por alguna de las tres posibilidades de

estructuración: castrarse y reprimir la vivencia Edípica, castrarse pero renegar esa castración tentando a la ley o no castrarse y forcluir a esa ley.

El aspecto más importante de la castración es la ley que se pone en juego, es decir, la ley simbólica que indica al sujeto el lugar que debe tener en su universo subjetivo, en el universo del lenguaje. No se trata de una ley escrita, o de una ley normativa, es la ley de un compromiso subjetivo, es la ley efecto de una función que regula el entramado simbólico en el cual se instala el sujeto, es decir, es la ley del padre que le dice no a la posibilidad de tenerlo todo, que le dice no a la vivencia dolorosa del cuerpo, es aquel que le indica el lugar y el nombre que cargará por el resto de su existencia, es la ley del incesto y la función del padre la que posibilita la sustitución de las cosas por objetos, por significantes diferentes unos de otros, es aquel que posibilita que haya un inconsciente (el inconsciente).

Por lo tanto, si se está hablando de tres posibles existencias en función de la decisión subjetiva que se tome en el momento de la castración, se dirá entonces que la represión es propia de la neurosis, lo que causa al sujeto del inconsciente que busca el objeto de su deseo dentro de los significantes del lenguaje, objeto siempre faltante y deseo siempre insatisfecho; la renegación propia de la perversión en donde es cuestionada la ley paterna, es donde el sujeto intentará ser y no ser el objeto de deseo, en donde siempre cuestionará los límites del símbolo para acercarse a la vivencia inmediata y dolorosa del cuerpo; la forclusión siendo propia de la psicosis en donde el padre y su función son repudiados, se hacen inexistentes, haciendo inexistente a la castración, haciendo que la falta sea de un significante, del sostén de lo simbólico.

Si falta el padre, falta la castración que es simbólica, pero esta se presentará desde lo real en forma de delirio y alucinación. La cualidad de estos fenómenos es su función de restitución de la realidad propia del sujeto psicótico. Son fenómenos cuya lógica es más pura que la de las otras estructuras (Leader y Groves, 2008) ya que no hay sustitutos simbólicos que metaforicen el mundo de las cosas y el propio cuerpo y ser del sujeto. Es por esto que no se consideran ni síntomas clínicos, ni conductas observables, ni anormalidades de una enfermedad.

Con todos estos aspectos y antecedentes mencionados, es que el propósito de esta investigación fue el utilizar estos preceptos para cuestionar a la psicosis infantil, pues es a partir de la estructuración subjetiva que se genera el análisis sobre aquella.

Existen distintas propuestas sobre la psicosis infantil, desde el campo de la psiquiatría y también desde el campo del psicoanálisis. Por su parte, se demostró que las propuestas hechas desde la psiquiatría se muestran carentes de sustentos teóricos que delimiten un campo de conocimiento efectivo para su análisis. El cuadro clínico descrito por distintos autores, es reflejo y herencia de las clasificaciones psiquiátricas tradicionales. Estas clasificaciones, cuyas bases son claramente cuestionables (Braunstein, 2005), son trasladadas a la psicosis infantil, sin hacer una crítica seria de sus aportaciones, ni generando argumentos sólidos al respecto.

Por lo tanto, si de por medio existen irregularidades y cuestionamientos importantes hacia la clasificación en psiquiatría, entonces las habrá para el caso de la psicosis en niños. Estos cuestionamientos se pueden resumir de la siguiente forma:

- La conducta no es un criterio diferencial para la identificación de la psicosis infantil.

- El delirio y la alucinación son inexistentes como fenómenos dentro de este cuadro.
- Los autores que hacen descripciones sobre esta condición, se refieren más al autismo que propiamente a la psicosis.
- Consideran a la psicosis en la infancia como una enfermedad de raíces tanto orgánicas como disfuncionales del núcleo familiar y de la relación con los padres, por lo que descartan toda comprensión de la estructura y sus efectos sin concebir a la psicosis misma como un efecto estructural.
- Por último, las clasificaciones y cuadros clínicos descritos carecen de sustentos teóricos y no reflejan una nueva forma de conocimiento; se tratan de listados vacíos que no dan pie a ningún análisis sobre el tema.

Descartando así la posibilidad de sustentar la existencia teórica, nosológica y conceptual de la psicosis infantil desde la psiquiatría, se cuestionaron estas mismas posibilidades desde el psicoanálisis.

Específicamente no existe como concepto desde el psicoanálisis (Tendlarz, 2007). Bajo esta premisa, los cuestionamientos o críticas que se generaron en torno a la psicosis infantil se centraron en sus posibilidades de existencia estructural y teórica. Dentro de las distintas propuestas revisadas, se tiene que la psicosis infantil ocuparía un lugar dentro de tres posibles, es decir, como objeto del fantasma de la madre siendo las otras dos posibilidades el colocarse como síntoma o como falo.

De acuerdo al lugar que ocupe, los autores afirman que el niño se encontrará estructurado como neurótico (siendo el lugar del síntoma), como perverso (desde el lugar del falo) o como psicótico (desde el lugar del objeto del fantasma de la madre). A partir de estas

propuestas, los autores generan una serie de argumentos que validan la existencia de la psicosis infantil, pero teniendo a su vez una serie de dificultades propias de los sustentos teóricos en los que se basan.

Tales problemas se encuentran desde el principio mismo de la estructura y de la constitución del sujeto psíquico. No por ser autores que escriben desde el psicoanálisis, efectivamente se trata de argumentos sólidamente anclados en su corpus teórico. Tal y como lo demuestra el intento de hacer evidente a la psicosis infantil desde la observación del infante.

Pero sobre todo, el punto más significativo de crítica que se propuso y que de hecho demuestra ser el aporte más trascendental de esta investigación es lo siguiente:

- No se puede equiparar y resulta ser completamente diferente la infancia desde el espectro estructural, a la que un niño posee en el aspecto biológico. La infancia desde la estructura esta armada y es posibilitada por el lenguaje. La relación de la infancia con el lenguaje es que la primera se estructura en forma de discurso y representa un evento que no es captado más que como recuerdo, historia reestructurada y lugar de constitución psíquica. La infancia entendida desde este aspecto, no permite la entrada de consideraciones biológicas o cronológicas.
- La infancia, visto a la luz de esta investigación hace que la psicosis infantil sea un supuesto basado en términos ajenos a la estructuración subjetiva.
- Decir que hay una psicosis infantil sería lo mismo que afirmar una categoría más apegada a aspectos de conducta, cronología, biologismo y clasificación.

- La estructura no permite este tipo de afirmaciones, ya que la infancia en la estructura se plantea por completo desde la experiencia de la reconstrucción, del significante, del efecto y el acontecimiento.
- Por lo tanto, la psicosis infantil se pone en tela de juicio, debido a que las posibilidades estructurales no permiten definirla ni diferenciarla. La estructura es atemporal, siendo la infancia un término separado del desarrollo biológico.
- Siendo que son incompatibles la infancia desde lo estructural e infancia desde el desarrollo, la psicosis infantil es cuestionada como estructura, ya que supone una amalgama de ambos preceptos.

Lo más importante a destacar dentro de las propuestas generadas, es que la afirmación de la psicosis infantil hecha por ciertos autores, no cuenta con el análisis suficiente ni con el cuerpo teórico necesario para sostenerla. Estas propuestas caen en el error de utilizar de forma didáctica conceptos y teorías psicoanalíticas y colocarlas dentro de fenómenos que son observados en los infantes.

Al hacerlo, se toca el hecho de que lo que se percibe en un niño en realidad se trataría de fenómenos reales ininterpretables. Siendo esto real ininterpretable, no da pie a la posibilidad de afirmar una estructura en ese niño, siendo así cuestionable la existencia de la psicosis infantil.

Pero, también es cierto que estas aportaciones y afirmaciones hechas en torno a la psicosis infantil, tienen limitantes que hacen cuestionable su sustento. En primer lugar, esta investigación se centró en los aspectos más elementales de los temas tratados, dejando de lado la oportunidad de hacer una investigación epistemológica de los mismos. Por lo mismo,

esta investigación no toma en cuenta a todo el cuerpo de teorías que sostienen al psicoanálisis, tal como la teoría sobre las pulsiones, sobre la diferencia sexual, la teoría sobre los nudos y la profundidad teórica sobre el goce, entre otros.

También, una limitante es el hecho de que los autores revisados podrían no ser suficientes para generar argumentos más sólidos y mejor definidos. Este último aspecto representa un límite en cuanto a la crítica y el cotejo de las diferentes propuestas que se tengan sobre la psicosis infantil. Como tal, esta investigación podría ser considerada efectivamente como una investigación introductoria a la crítica sobre psicosis infantil.

El propósito de esta investigación no radicó en tratar de hacer una revisión densa y un cambio efectivo a toda la noción sobre psicosis infantil. Más bien, se tuvo como resultado la posibilidad de afirmar que bajo ciertos criterios la psicosis infantil resulta ser poco sólida e inexistente. Por lo tanto, el límite más importante que hay que destacar es que no se trata de una investigación que pretenda abrir un panorama nuevo dentro del psicoanálisis, más bien esta sería la pretensión futura a partir de que se haga un análisis más a fondo, más detallado y crítico abarcando el corpus teórico del psicoanálisis de manera detallada.

Dentro del psicoanálisis se encuentra todo el contenido y material requerido para continuar esta investigación, ya que no es una cuestión que le compete, sino que es menester de los autores e investigadores en psicoanálisis releer y analizar lo que en ella se encuentra y así argumentar y contraargumentar sus propias contribuciones.

Por último se puede también afirmar que dentro de las pretensiones que espera dejar esta investigación, es la búsqueda de la reinención del tratamiento con niños. Esta tiene que ser fundamentada y reivindicada a partir de abrir la investigación en la infancia desde su

aspecto estructural, comprender las posibilidades de estructura específicas en ella y así cambiar los preceptos clínicos en el tratamiento con niños.

La clínica con niños, basada en el psicoanálisis, no puede ser una aplicación de la noción misma de la cura analítica ni de la experiencia del análisis. No puede estar atada (de forma inconsciente, curiosamente) a un intento de restitución o prevención de patologías futuras. Tampoco puede ser una clínica basada en supuestos u observaciones, ya que esto no es psicoanálisis, esto no es estructura, esto no es el sujeto.

La estructuración subjetiva es una teoría, es una existencia, un efecto. El ser humano es un ser hablante, un sujeto atado al lenguaje, determinado por el deseo y sus pulsiones. Es un sujeto inconsciente, deseante y demandante. Por lo tanto, la psicosis infantil debe tratarse desde estos aspectos, debe ser reescrita, debe ser cuestionada, debe hablarse de la infancia desde este sustrato teórico y debe con esto replantearse toda la clínica posible con niños.

## X. Referencias

- Asociación de Psiquiatría de los Estados Unidos, (2002). *Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (4ª ed. Revisada). España: Masson.
- Aussilloux, C. & Grall, C. (2005). *Esquizofrenia infantil: evolución del concepto y descripciones actuales*. En Tomàs, J., Bielse, A., Bassas, N. & Casas M. (Eds.). *Esquizofrenia en la infancia y adolescencia*. España: Leartes.
- Braunstein, N. (2005). *Psiquiatría, Teoría del sujeto, Psicoanálisis (Hacia Lacan)*. México: Siglo XXI.
- Cronenberg, D., Hadida, S. & Bailey, C. (Productores) & Cronenberg, D. (Director). (2002). *Spider*. [Película]. Canada: Sony Pictures Classics / Capitol Films / Artist Independent Network / Grosvenor Park.
- De Villard, R. (1986). *Psicosis y Autismo del niño*. México: Masson.
- Deleuze, G. (2005). *Lógica del Sentido*. España: Paidós Surcos.
- Dor, J. (2008). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. España: Gedisa.
- Dor, J. (2009). *Introducción a la lectura de Lacan. La estructura del sujeto*. España: Gedisa.
- Duche, D.-J. (1973). *Breve tratado de psiquiatría infantil*. Buenos Aires: Paidós.
- Durand, V.M. & Barlow, D.H. (2007). *Psicopatología. Un enfoque integral de la psicología anormal*. México: Cengage Learning.
- Ekstein, R. (1969). *La psicosis infantil*. México: Pax-México.
- Evans, D. (2008). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires: Lexicón.
- Foulkes, E. (1993). *El Saber de lo Real. Una reflexión sobre la clínica de la psicosis y el*

*fenómeno psicossomático*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Freud, S. (2012). El Yo y el Ello. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 3, pp. 2701-2728). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1923).

Freud, S. (2012). Historia de una neurosis infantil (Caso del Hombre de los lobos). En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 1941-2009). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1914-1918).

Freud, S. (2012). La Neuropsicosis de defensa. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 1, pp. 169-177). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1894).

Freud, S. (2012). La pérdida de la realidad en la Neurosis y la Psicosis. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 3, pp. 2745-2747). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1924).

Freud, S. (2012). La teoría de la libido y el narcisismo. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 2379-2391). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1915-1917).

Freud, S. (2012). Neurosis y Psicosis. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 3, pp. 2742-2744). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1923-1924).

Freud, S. (2012). Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) autobiográficamente descrito (Caso "Schreber"). En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 1487-1528). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1910-1911).

Freud, S. (2012). Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el Hombre. En López-

- Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 1625-1630). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1910).
- Freud, S. (2012). Sobre una degradación general de la vida erótica. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 1710-1717). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1912).
- Freud, S. (2012). Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica. En López-Ballesteros y de T, L (Trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas*. (Vol. 2, pp. 2010-2016). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1915).
- Harold, K. (1994). *Compendio de Psiquiatría*. México: Salvat Ciencia y Cultura Latinoamericana.
- Lacan, J. (1999). Las formaciones del inconsciente. En Miller, J. A. (Ed.). *El Seminario de Jaques Lacan*. (Vol. 5). México: Paidós. (Obra original publicada en 1981).
- Lacan, J. (1999). *Las psicosis*. En Miller, J. A. (Ed.). *El Seminario de Jaques Lacan*. (Vol. 3). México: Paidós. (Obra original publicada en 1984).
- Lacan, J. (2009). *Escritos. Vol. II*. México: Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1966).
- Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. España: Paidós.
- Leader, D. & Groves, J. (2008). *Lacan para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- Malval, J.C. (2002). *La Forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Mannoni, M. (1967). *El niño, su "enfermedad" y los otros*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marcelli, D. & De Ajuriaguerra, J. (2005). *Manual de Psicopatología del Niño* (3ª ed.). España: Masson.
- Massie, H. N. & Rosenthal, J. (1986). *Psicosis infantiles en los primeros años de vida*.

- Buenos Aires: Paidós.
- McDougall, J. & Lebovici, S. (1990). *Dialogo con Sammy. Contribución al estudio de la psicosis infantil*. México: Paidós.
- Nissen, G. (1991). *Trastornos psíquicos en la infancia y la juventud*. Barcelona: Herder.
- Organización Mundial de la Salud, (2010). *Clasificación de los trastornos Mentales y del Comportamiento (CIE-10)*. México: Médica Panamericana.
- Organización Mundial de la Salud, (2007). *Clasificación multiaxial de los trastornos psiquiátricos en niños y adolescentes. Clasificación de la CIE-10 de los trastornos mentales y del comportamiento en niños y adolescentes*. México: Médica Panamericana.
- Peskin, L. (2003). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22.<sup>a</sup> ed.). Madrid, España: Autor. Consultado en: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>.
- Santrock, J. W. (2006). *Psicología del desarrollo. El ciclo vital*. (10<sup>a</sup> ed.). España: McGraw-Hill.
- Sue, D., Sue, D.W. & Sue, S. (2010). *Psicopatología. Comprendiendo la conducta anormal*. México: Cengage Learning.
- Tappan Merino, J.E. (2004). *Epistemología y Psicoanálisis. Una mirada al psicoanálisis y a la construcción de su conocimiento*. México: Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Tendlarz, S.E. (2007). *¿De qué sufren los niños? La psicosis en la infancia*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Tustin, F. (1977). *Autismo y Psicosis infantiles*. Buenos Aires: Paidós.

Trejo, G. (2012). *¿Autismo infantil? Clínica de intervenciones subjetivantes*. México: Trillas.

Trimble, M.R. (1984). *Neuropsiquiatría*. México: Limusa.

UNICEF (s. f.). *La infancia. Los primeros años*. Recuperado de

<http://www.unicef.org/mexico/spanish/ninos.html>.